

Fernán Caballero
Cuentos de
Encantamiento



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO

FERNÁN CABALLERO

PUBLICADO: 1861

**FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE
EDICIÓN: TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS",
MADRID, 1911**

151

99007



FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

XIII

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO.
 INFANTILES. - CUENTOS INFANTILES RELIGIOSOS.
 ORACIONES, RELACIONES Y COPLAS
 INFANTILES. — COLECCIÓN DE ARTÍCULOS
 RELIGIOSOS Y MORALES



MADRID
 TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
 Olózaga, núm. 1.
 1911



ÍNDICE

Cubierta

Portada

Preliminares

Cuentos de encantamiento; Infantiles; Cuentos infantiles religiosos; Oraciones, relaciones y coplas infantiles; Colección de artículos religiosos y morales

Cuentos de encantamiento. Infantiles

Prólogo

La hormiguita

El Lobo bobo y la Zorra astuta

Los caballeros del pez

La niña de los tres maridos

Bella-Flor

El Lirio azul (versión valenciana)

El Pájaro de la verdad

Los deseos

El pícaro pajarillo

El Carlanco

Otra versión del Carlanco

Benibaire

La Zorra y la vejeta

El Gallo y el Pato

La joroba

El galleguito

Juan Cigarrón

El zurrón que cantaba

Pico, pico, á ver si me pongo rico

[Cuento de embustes](#)
[El duendecillo fraile](#)
[La Gallina duende](#)
[Cuentos infantiles. Religiosos](#)
[El pan](#)
[Si Dios quiere](#)
[Una promesa](#)
[La tentación](#)
[Los dos caminitos](#)
[Cuento de bruja](#)
[Cómo le gusta al Niño Dios que le pidan](#)
[La Virgen costurera](#)
[San Lorenzo](#)
[San Pedro](#)
[El holgazán](#)
[Desprecio de las advertencias](#)
[Creación de la golondrina](#)
[Ejemplos](#)
[¡Señor, aquí está Juan!](#)
[Adán](#)
[Justicia de Dios y desengaños de España](#)
[Oraciones, relaciones y coplas infantiles](#)
[Máximas que repetía un excelente padre á sus hijos](#)
[Oraciones y relaciones infantiles](#)
[Oración de la mañana](#)
[Al acostarse](#)
[Otra](#)
[Al irse á jugar ante una imagen de la Señora](#)
[Después de comer](#)
[Al ser la oración](#)
[Al oír la campanilla que anuncia el Viático](#)
[Al toque de ánimas](#)
[Al pasar el Viático](#)
[Asuntos religiosos, los Mandamientos](#)
[Jesús al alma](#)
[Conversión de San Agustín](#)
[La oración del simple](#)

La Pasión de Jesucristo explicada con las piezas de que se compone el arado

Al Ecce-Homo

Relaciones religiosas

Acto de amor, compuesto por una monja

Saetas de Semana Santa

Coplas de Nochebuena

Colección de artículos religiosos y morales

Buena vista

La campana del rosario

Sobre el influjo del indiferentismo religioso en las costumbres

Los que creyentes llaman milagros y los descreídos llaman casualidades

Algunas palabras sobre las que en la cruz dijo el Señor á los niños

El Viernes Santo

Un devoto de la Inmaculada

Un llamamiento

La bendicion de las aguas en Sanlúcar de Barrameda

Los angelitos en las procesiones de Sevilla

Consideracion para el día de difuntos dedicada á los niños

La capilla del Carmen de la Alameda de Sevilla

Confirmacion y primera comunión de la Infanta Doña Isabel de Orleans en el día 1.º de Enero de 1861

Ejemplos recogidos de boca del pueblo

Ejemplo primero. La confianza en los santos

Ejemplo segundo. Poder del arrepentimiento

Ejemplo tercero. la buena fama (ejemplo dedicado y escrito para Felicianita de la Puente y...

Ejemplo cuarto. La limosna

No hay buena accion sin premio

Pobre de espíritu y rico de corazón

Leyenda del judío errante. Juan, espera en Dios

Parentesco espiritual. Padrino y ahijado

No hay paso perdido si se da con buena intención

La virgen de las ruinas

La confesión del simple

La meditación de la Virgen

[La caridad más meritoria](#)

[La intención](#)

[Notas](#)

PRÓLOGO

AL comenzar la serie de cuentos infantiles, lo hacemos con el más conocido, generalizado y popular, que saben todos los niños, desde el príncipe hasta el pordiosero. Nada probará más este aserto como referir el que un periódico burlesco, queriendo ponernos en ridículo á causa de un cuento popular que habíamos referido, en otro concluía su diatriba diciendo: «Fernán Caballero acabará por contarnos el *Cuento de la hormiguita*.» Pasado algún tiempo, la persona que esto escribía, que es uno de los jóvenes de más vasta inteligencia y más saber que hemos conocido había modificado en un todo sus ideas; se había casado con una linda y excelente joven, tenía una hija, un serafín, que eran la delicia y encanto de su vida, ambas colocadas á un lado por el ángel de guarda de su superior inteligencia, y era, no ya nuestro contrario, sino nuestro amigo. Si no por justicia, por amistad, sentía sinceramente haber sido lo primero, y quería que olvidásemos su anterior ataque; pero nosotros, lejos de eso. le hemos dicho, y lo cumplimos, que daríamos más publicidad á su agresión, al publicar el cuento infantil de la hormiguita, por ser la auténtica más patente de lo esparcido y conocido de este cuentecito y de los demás.

LA HORMIGUITA

H ABÍA vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí:

—¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina.

Pensólo más, y se fué á una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana. Ya se ve; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro y la dijo:

—Hormiguita: ¿te quieres casar conmigo? —¿Y cómo me enamorarás?—respondió la hormiguita.

El toro se puso á mugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino —le dijo al toro que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacabeó. Todos causaban alejamiento á la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonpérez (l) que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiguita le dió su manita negra. Vivían como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola á misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratonpérez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; pero el ratonpérez hizo,

por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menearla olla, y así fue, que sucedió lo que ella había previsto. Ratonpérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita á su casa, llamó á la puerta. Nadie respondió ni vino á abrir. Entonces se fué á casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuese la hormiguita en derechura á la cocina; miró la olla y allí estaba, ¡qué dolor! el ratonpérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó á llorar amargamente. Vino el pájaro y la dijo:

—¿Por qué lloras? Ella respondió: —Porque ratonpérez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo: —¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar: —¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, me voy á derribar.

Dijo la fuente clara: —¿Por qué, palomar, te vas á derribar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola, y yo, palomar, voime á derribar.

—Pues yo, fuente clara, me pongo á llorar.

Vino la Infanta á llenar la cántara. —¿Por qué, fuente clara, te pones á llorar?

—Porque el ratonpérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola, y que el palomar fuese á derribar, y yo, fuente clara, me pongo á llorar.

—Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo, que lo cuento, acabo en lamento, porque el ratonpérez se cayó en la olla, ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

EL LOBO BOBO Y LA ZORRA ASTUTA

Había una vez una zorra que tenía dos zorritas de corta edad. Cerca de su casa, que era una chocita, vivía un lobo, su compadre. Un día que pasaba por allí, vió que éste había hecho mucha obra en su casa, y la había puesto que parecía un palacio. Díjole el compadre que entrase á verla, y vió que tenía su sala, su alcoba, su cocina y hasta su despensa, que estaba muy bien provista.

—Compadre — le dijo la zorra: — veo que aquí lo que falta es un tarrito de miel.

—Verdad es—contestó el lobo. Y como acertaba á la sazón á pasar por la calle un hombre pregonando:

Miel de abejas,
zumo de flores,

compróla el lobo, y llenó con ella un tarrito, diciéndole á su comadre que estando rematada la obra de su casa, la convidaría á un banquete y se comerían la miel.

Pero la obra no se acababa nunca, y la zorra, que se chupaba las patas por la miel, estaba deshaciéndose por zampársela.

Un día le dijo al lobo: —Compadre: me han convidado para madrina de un bautizo, y quisiera que me hiciese usted el favor de venirse á mi casa á cuidar de mis zorritas, entre tanto que estoy fuera.

Accedió el lobo, y la zorra, en lugar de ir al bautismo, se metió en casa del lobo, se comió una buena parte de la miel, cogió nueces, avellanas, higos, peras, almendras y cuanto pudo rapiñar, y se fué al campo á comérselos alegremente con unos pastores, que en cambio le dieron leche y queso.

Cuando volvió á su casa, dijo el lobo:

—Vaya, comadre, ¿qué tal ha estado su bautizo?

—Muy bueno—contestó la zorra.

—Y el niño ¿cómo se llama?

—*Empezili* — respondió la supuesta madrina.

—¡Ay, qué nombre! — dijo su compadre.

—Ese no reza en el Almanaque. Es un santo de poca nombradía — respondió la zorra.

—¿Y los dulces? — preguntó el compadre.

—Ni un dulce ha habido—respondió la zorra.

—¡Ay, Jesús, y qué bautismo! — dijo engestado el lobo; — ¡no he visto otro! Yo me he quedado aquí todo el día como una ama de cría con las zorritas por tal de comerlos, y se viene usted con las patas vacías. ¡Pues está bueno!

Y se fué enfurruñado.

A poco, tuvo la zorra grandes ganas de volver á comer miel, y se valió de la misma treta para sacar al lobo de su casa, prometiéndole que le traería dulces del bautismo. Con esas buenas palabras convenció al lobo, y cuando volvió á la noche después de haberse pasado un buen día de campo, y haberse comido la mitad de la miel, le preguntó su compadre que cómo le habían puesto al niño. A lo que ella contestó:

—*Mitadili*.

—¡Vaya un nombre! —dijo el compadre, que, por lo visto, era un poco bobo;—no he oído semejante nombre en mi vida de Dios.

—Es un santo moro — le respondió su comadre.

Y el lobo quedó muy convencido de este marmajo y le preguntó por los dulces.

—Me eché un rato á dormir bajo un olivo, vinieron los estorninos y se llevaron uno en cada pata y otro en el pico, — respondió la zorra.

El lobo se fué enfurruñado y renegando de los estorninos.

Al cabo de algún tiempo, fué la zorra con la misma pretensión á su compadre.

—¡Que no voy!—dijo éste; —que tengo que cantarle la nana á sus zorrillas para dormirlas, y no me da gana de meterme al cabo de mis años á niñera, sin que llegue el caso que traiga usted un dulce siquiera de tanto bautizo á que la convidan.

Pero tanta parola le metió la comadre y tantas promesas le hizo de que le traería dulces, que al fin convenció al lobo á que se quedase en su choza.

Cuando volvió la zorra, que se había comido toda la miel que quedaba, le preguntó el lobo que cómo le habían puesto al niño, á lo que contestó:

—*Acabili*

—¡Qué nombre! ¡Nunca lo he oído!— dijo el lobo.

—A ese santo no le gusta que suene su nombre—respondió la zorra.

—Pero ¿y los dulces? — preguntó el compadre.

—Se hundió el horno del confitero y todos se quemaron— respondió la zorra.

El lobo se fue muy enfadado, diciendo:

—Comadre, ojalá que á sus dichosos ahijados *Empezili*, *Mitadili* y *Acabili*, se les vuelvan cuantos dulces se metan en la boca, guijarros.

Pasado algún tiempo, le dijo la zorra al lobo:

—Compadre, lo prometido es deuda; su casa de usted está rematada, y tiene usted que darme el banquete que me prometió. .

El lobo, que tenía todavía coraje, no quería: pero al fin se dejó engatusar, y se dió el convite á la zorra.

Cuando llegó la hora de los postres, trajo, como había prometido, la orza de miel, y venía diciendo al traerla:

—¡Qué ligera que está la orcita! ¡Qué poco pesa la miel!

Pero cuando la destapó se quedó cuajado al verla vacía.

—¿Qué es esto?—dijo.

—¡Qué ha de ser! —respondió la zorra;— ¡que usted se la ha comido toda para no darme parte.

—Ni la he probado siquiera—dijo el lobo.

—¡Qué! es preciso, sino que usted no se acuerda.

—Digo á usted que no, ¡canario! Lo que es que usted me la ha robado, y que sus tres ahijados, *Empezili* *Mitadili* y *Acabili*, han sido empezar, mediar y acabar con mi miel.

—¿Con que tras que usted se comió la miel por no dármela, encima me levanta un falso testimonio? Goloso y maldiciente, ¿no se le cae á usted el hocico de vergüenza?

—¡Que no me la he comido, dale! Quien se la ha comido es usted, que es una ladina y ladrona, y ahora mismo voy al león á dar mi queja;

—Oiga usted, compadre, y no sea tan súbito—dijo la zorra.— El que comió miel, en poniéndose á dormir al sol, la suda; ¿no sabía usted eso?

— Yo no—dijo el lobo.

—Pues mucha verdad que es — prosiguió la zorra;—vamos á dormir la siesta al sol, y cuando nos despertemos, aquel que le sude la barriga miel, no hay más sino que es el que se la ha comido.

Convino al cabo y se echaron á dormir al sol.

Apenas oyó la zorra roncar á su compadre, cuando se levantó, arrebañó la orza y le untó la barriga con la miel que recogió. Se lamió la pata y se echó á dormir.

Cuando el lobo se despertó y se vió con la barriga llena de miel, dijo:

—¡Ay, sudo miel! Verdad es; pues yo me la comí. Pero puedo jurar á usted, comadre, que no me acordaba. Usted perdone. Hagamos las paces, y váyase el demonio al infierno.

LOS CABALLEROS DEL PEZ

ERASE vez y vez un pobre zapatero remendón que no ganaba nada en su oficio, y así determinó comprar una red y meterse á pescador. Muchos días estuvo pescando y no sacó más que cangrejos y zapatos viejos que, cuando era remendón, no veía nunca. Al fin pensó:

—Hoy es el último día que pesco. Si nada saco, me voy y me ahorco.

Echó las redes, y esta vez sacó en ellas á un pez de San Pedro (1). Conforme tuvo en su mano el remendón al hermoso pez, le dijo éste (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie):

—Llévame á tu casa, córtame en ocho pedazos y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y hierbabuena. Dale á comer dos pedazos á tu mujer, dos á tu yegua, dos á tu perra y los otros dos los sembrarás en tu jardín.

El remendón hizo al pie de la letra cuanto le dijo el pescado; tal fué la fe que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran más fe y confianza en sus palabras que los que hablan mucho.

A los nueve meses parió su mujer dos niños; su yegua dos potros; su perra dos cachorros, y en el jardín nacieron dos lanzas que por flor llevaban dos escudos, en los que se veía un pez de plata en campo azul.

Medró todo esto en amor y compañía maravillosamente, de manera que, andando el tiempo, salieron de casa del remendón dos

gallardos jinetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos.

Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamarlos *El Caballero Doble*; y queriendo cada cual, como era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cada uno por su respeto, por lo que, después de abrazarse estrechamente, dirigieron el uno al Poniente y el otro á Levante.

Después de unos días de marcha, llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolación, y supo que todos los años un fiero Dragón, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella joven, y que aquel año infausto había tocado la suerte á la Princesa, buena y bella sin segunda, hija del Rey.

Preguntó en seguida el Caballero que dónde se hallaba la Princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecía al caer las doce, para llevarse su presa.

Fue el Caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló á la Princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de pies á cabeza.

—¡Huid!—gritó la Princesa al Caballero del Pez cuando lo vió llegar;—¡huid, temerario, que va á venir el monstruo, y si os ve, pobre de vos!

—No me iré—contestó el bizarro Caballero,—porque he venido á salvaros.

—¿Salvarme? ¿Cómo, si esto no es posible?

—Allá veremos—contestó el valiente campeón.—¿Hay aquí alemanes?

—Sí, señor—respondió con extrañeza la Princesa.—¿A qué es esa pregunta?

—Ya lo sabréis. Y echando á escape su caballo partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que había comprado en una tienda de alemán. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la Princesa, puso á ésta delante, advirtiéndole que cuando estuviese cerca la fiera

descorriese el velo y se escondiese tras el espejo; dicho lo cual, hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero Dragón y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que sólo le faltaba el lente para igualar á otros culebrones menos temibles que él. Cuando ya estaba cerca, la Princesa, según le había prescrito el Caballero del Pez, descorrió el velo y, pasando detrás del espejo, desapareció á los enamorados ojos del fiero Dragón, que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas á un Dragón como él. Frunció el gesto; su igual hizo lo mismo. Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubís; no se quedaron en zaga los de su contrario, que se pusieron como dos carbuncos. Aumentóse con esto su furor, y erizó sus escamas como un puerco-espín sus púas; las del otro Dragón hicieron otro tanto. Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie á no haber sido porque el amenazado, lejos de intimidarse, abrió otra idéntica. Furioso se abalanzó el Dragón contra su intrépido contrario, dándose tal calamocho en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido; y como había roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se había hecho él mismo pedazos.

Aprovechó el Caballero este momento de mareo y asombro, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza, le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al Caballero del Pez trayendo á ancas á la Princesa, más contenta que unas Pascuas, y al Dragón atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso como si hubiese sido la cola del manto de una Orden de Caballería.

Colegiráse también que tal hazaña no se podía pagar al Caballero del Pez sino con la blanca mano de la Princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas, y que yo fui y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos días después de casados, que quería ver todo el Palacio, que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. Hízose así, y echaron

tres días en verlo. Al cuarto subieron á las azoteas. El Caballero se quedó admirado; ¡qué vista, amigo! Jamás has visto tú una igual ni yo tampoco. Se veía toda España y hasta los moros, y al Emperador de Marruecos, que estaba llorando por el Dragón su amigo.

—¿Qué castillo es aquel—preguntó el Caballero del Pez—que se ve allá á lo lejos tan solo y tan sombrío?

—Ese es—respondió la Princesa—el castillo de Albatroz, el que está encantado, si n que nadie pueda deshacer el hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El Caballero calló al oír estas razones; pero como era valiente y emprendedor, á la mañanita siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su sabueso y se encaminó hacia el castillo.

Estaba el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. Más sombrío que una noche de truenos, más engestado que un facineroso y más callado que un difunto. Pero el Caballero del Pez no conocía el miedo sino de oídas, y no volvía la espalda sino á los enemigos vencidos; así, pues, tomó su corneta ó clarín y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya más cerca, ya más lejos, ya más suave, ya más hueco, los sonidos de la sonata. Pero en el castillo nadie se movió.

—¡Ah del castillo!—gritó el Caballero.— ¿No hay quien atienda á un Caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero anciano ni paje mozalbete?

—¡Vete! ¡vete! ¡vete!—clamaron los ecos.

—¿Que me vaya?—dijo el Caballero del Pez.—¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—gimieron los ecos. El Caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entonces el rastrillo y asomóse la punta de una larga nariz que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja más fea que el Mengue.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador?—preguntó con voz cascada.

—Entrar—contestó el Caballero. — ¿No puedo acaso gozar aquí algún descanso en esta tarde de estío? ¿Sí ó no?

—No, no, no—dijeron los ecos. Había levantado el Caballero su visera porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que seréis atendido y bien cuidado.

—¡Cuidado! ¡cuidado! —advirtieron los ecos.

Pero el Caballero entró diciendo: —Yo no temo sino á Dios. — ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós! — suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana... —Me llamo doña Berberisca— interrumpió la vieja, muy amostazada, al Caballero;—y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! ¡atroz!—le gritaron los ecos.

—¿Queréis callar, malditos vocingleros? —exclamó con coraje doña Berberisca.—Soy vuestra servidora — prosiguió, haciendo una cortesía á la francesa al Caballero;—y si queréis, seré vuestra esposa y viviréis conmigo aquí como un bajá.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!—rieron los ecos. —¿Que me case con vos, que tenéis cien años? Estáis loca, y tonta también.

—Bien, bien—dijeron los ecos. —Lo que quiero—prosiguió el Caballero,— es registrar el castillo, é irme después que haga ese examen.

—¡Amen! ¡amen! —suspiraron en latín los ecos.

Doña Berberisca, picada hasta el corazón, echó una torva mirada al Caballero del Pez, é intimándole que la siguiese, le enseñó todo el castillo, en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir, porque la picara Berberisca lo llevó por un callejón oscuro, en que había una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos caballeros, que la picara Berberisca había castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro Caballero del Pez, que había seguido viajando y que vino á parar á Madrid. Al entrar por las puertas de ésta, los soldados se formaron, los tambares batieron marcha real, y muchos criados de Palacio le rodearon, diciéndole que la Princesa se deshacía en lágrimas al ver lo que se había prolongado su

ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

—Preciso es—pensó el Caballero— que me tengáis por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha cabido. Callemos, y veamos en qué vienen á parar estas misas.

Llevaronlo casi en triunfo al Palacio, y fácil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fué objeto por parte del Rey y de la Princesa.

—¿Conque fuiste al castillo?— preguntaba éste.

—Sí, sí—contestaba. —¿Y qué viste? —No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

—¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tú único y solo que jamás haya vuelto de él?

—¡Me precisa! Cuando se fueron á acostar puso el Caballero su espada en la cama.

—¿Por qué haces eso?—preguntó la Princesa.

—Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz.

Y al día siguiente montó su bridón y se encaminó hacia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido á su hermano.

Llamó al castillo, y se asomaron luego al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecía un pez-espada. Pero apenas hubo visto la vieja al Caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque le pareció que los muertos resucitaban, y huyó invocando al objeto de su devoción, Belcebú, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella visión de carne y hueso salida de la mansión de los muertos.

—Señora senectud—le gritaba el recién llegado,—¿no ha venido por acá un Caballero que viste así?

—Sí, sí, sí—respondieron los ecos. —Y ¿qué habéis hecho con ese Caballero tan cumplido, tan rematado?

—¡Matado! ¡matado! — gimieron los ecos.

Al oír esto y al ver á la vieja que huía, el Caballero del Pez no fué dueño de sí; corrió tras ella y la atravesó con su espada; y como hacía mucho viento y era la vieja muy delgada y ligera, se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un volador.

—¿Dónde está mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo?—preguntaba el Caballero.

—Yo os lo diré—respondió la bruja;—pero como voy á morir y estoy, mareada de las vueltas que doy mal de mi grado, no lo diré, hasta que me hayáis resucitado.

—Y ¿cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

—Id al jardín — respondió la vieja.— Cortad siempre-vivas, eternas, moco de pavo y sangre de dragón; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, y preparad con él un baño en el que me meteréis.

Y diciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesús.

Hizo el Caballero todo como se lo había prescrito la vieja, la que efectivamente resucitó, y más fea que antes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas, que parecían un colmillo de elefante.

Díjole entonces al Caballero dónde estaba su hermano.

Bajó al abismo, en que halló á éste y á otras muchas víctimas de la picara Berberisca, y las fue metiendo una tras otra en el caldero, y todas iban resucitando; y conforme resucitaban venía alegre el eco que era su voz, tomando posesión de sus gargantas, y lo primero que decían era:

—¡Maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡Malvada sin entrañas!

Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el Caballero con muchas bellas jóvenes que se había llevado el dragón, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al Caballero del Pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados, y la picara Berberisca, al ver esto, se volvió á morir de envidia y de coraje.

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

HABÍA un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios, á cuál más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían su beneplácito, y que preguntaría á su hija á cuál de ellos prefería.

Así lo hizo, y la niña le contestó que á los tres.

—Pero, hija, si eso no puede ser. —Elijo á los tres,—contestó la niña. —Habla en razón, mujer,—volvió á decir el padre;—¿á cuál de ellos doy el sí?

—A los tres—volvió á contestar la niña, y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fue mohino, y les dijo á los tres pretendientes que su hija los quería á los tres; pero que como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen por esos mundos de Dios á buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara, sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron á reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie. Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado, con un viejecito, que le dijo si le quería comprar un espejito.

Contestó que no, pues que para nada le podía servir aquel espejo tan chico y tan feo.

Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las personas que su dueño deseaba ver, y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle, se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si quería comprarle un botecito con bálsamo.

—¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? —preguntó al viejecito.— Dios sabe—respondió éste,—pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar á los muertos.

En aquel momento acertó á pasar por allí un entierro; se fue á la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fué á su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vió llegar sobre las olas una arca muy grande, y acercándose á la playa se abrió y salieron saltando en tierra infinidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó á él, y le dijo si le quería comprar aquella arca. ,

—¿Para qué la quiero yo,— respondió el pretendiente—si no puede servir sino para hacer una hoguera?

—No, señor,—repuso el viejecito,— que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva á su dueño y á los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen: ello, es cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las playas de España.

Cercioróse el caballero, y compró el arca, por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba y que iba, pues, á regresar á España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con sólo desearlo, A persona ausente que se quería ver; y para probarlo, presentó su espejo, deseando verá la niña que todos tres pretendían.

¡Pero cuál sería su asombró cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

—Yo tengo,—exclamó el que había comprado el bote,—un bálsamo que la resucitaría; pero de aquí á que lleguemos, ya estará

enterrada y comida de gusanos.

—Pues yo tengo,—dijo á su vez el que había comprado el arca,— un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces á embarcarse en el arca, y á las pocas horas saltaron en tierra y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron á éste en el mayor desconsuelo por la muerte de su hija, que aún se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase á verla, y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd, y volviéndose á su padre, le dijo:

—¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba á los tres?

BELLA-FLOR

HABÍA una vez un padre que tenía dos hijos; al mayor le tocó la suerte de soldado y fué á América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre había muerto y su hermano disfrutaba del caudal y se había puesto muy rico. Fuese á casa de éste y le encontró bajando la escalera.

—¿No me conoces?—le preguntó. El hermano le contestó con mala manera que no.

Entonces se dió á conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, que allí hallaría »un arca, que era la herencia que le había dejado su padre, y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero y halló un arca muy vieja, y dijo para sí:

—Para qué me puede á mí servir este desvencijado arcón? ¡Pero, anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frío.

Cargó con él y se fué á su mesón, donde cogió un hacha y se puso á hacer pedazos el arcón, y de un secreto que tenía cayó un papel. Cogiólo, y vió que era la escritura de una crecida cantidad que adeudaban á su padre. La cobró y se puso muy rico.

Un día que iba por la calle encontró á una. mujer que estaba llorando amargamente; la preguntó qué tenía, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que, no sólo no tenía para curarlo, sino que se lo quería llevar á la cárcel un acreedor, al que no podía, pagar lo que le debía.

—No se apure usted—le dijo José;— no llevarán á su marido á la cárcel ni venderán lo que tiene, que yo salgo á todo; le pagaré sus deudas, le costearé su enfermedad y su entierro si muere, y así lo hizo todo; pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto,

después de pagado el entierro no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra.

—Y ahora, ¿qué hago?—se preguntó á sí mismo;—¿ahora que no tengo que comerá Me iré á una corte y me pondré á servir.

Así lo hizo, y entró de mozo en el Palacio del Rey.

Se portó tan bien y el Rey le quería tanto, que le fue ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentilhombre.

Entre tanto su descastado hermano había empobrecido, y le escribió pidiéndole que lo amparase; y como José era tan bueno, le amparó, pidiendo al Rey le diese á su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sentir gratitud hacia su buen hermano, lo que sentía era envidia al verlo privada del Rey, y se propuso perderlo. Para eso se puso á inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor. y que ésta, como que era el Rey viejo y feo, no le quería, y se había ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabía dónde. El hermano fué y le dijo al Rey que José sabía dónde estaba la Bella-Flor, y correspondía con ella. Entonces el Rey muy airado mandó venir á José, y le dijo que fuese al momento á traerle la Princesa Bella-Flor, y que si se venía sin ella lo mandaba ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fué á la cuadra para coger un caballo é irse por esos mundos sin saber por dónde tirar para encontrar á Bella-Flor. Vio entonces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

—Tómame á mí y no tengas cuidado. José se quedó asombrado de oír hablar á un caballo; pero montó en él y echaron á andar, llevando tres panes de munición que le dijo el caballo que cogiese.

Después que hubieron andado un buen trecho se encontraron un hormigal, y el caballo le dijo:

—Tira ahí esos tres panes para que coman las hormiguitas.

—Pero ¿para qué—dijo José,—si nosotros los necesitamos?

—Tíraselos—repuso el caballo,—y no. te canses nunca de hacer bien. .

Anduvieron otro trecho y encontraron á un águila que se había enredado en las redes de un cazador.

—Apéate—le dijo el caballo—y corta las mallas de esa red y libra á ese pobre animal.

—¿Pero vamos á perder el tiempo en eso? —respondió José.

—No le hace; haz lo que te digo y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho y llegaron á un río, y vieron á un pececito que se había quedado en seco en la orilla, y por más que se movía con ansias de muerte, no podía volver á la corriente.

—Apéate—dijo á José el caballo blanco,— coge ese pobre pececito y échalo al agua.

—Pero si no tenemos tiempo de entretenernos—contestó José.

—Siempre hay tiempo para hacer una buena obra—respondió el caballo blanco,—y nunca te canses de hacer bien.

A poco llegaron á un castillo, metido en una selva sombría, y vieron á la Princesa Bella-Flor que estaba echando afrecho á sus gallinas.

—Atiende—le dijo á José el caballo blanco;—ahora voy á dar muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le hará gracia á Bella-Flor; te dirá que quiere montar un rato, y tú la dejarás que monte; entonces yo me pondré á dar coces y relinchos, se asustará, y tú le dirás entonces que eso es porque no estoy hecho á que me monten las mujeres, y montándome tú me amansaré; te montarás, y saldré á escape hasta llegar al Palacio del Rey.

Todo sucedió cual lo había dicho el caballo, y sólo cuando salieron á escape conoció Bella-Flor la intención de robarla que había traído aquel jinete.

Entonces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó, y le dijo á su compañero que se le había derramado el afrecho y que se lo recogiese.

—Allí donde vamos—respondió José—hay mucho afrecho.

Entonces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó prendido en una de las ramas más altas, y dijo á José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo; pero José le respondió:

—Allá donde vamos hay muchos pañuelos.

Pasaron entonces por un río y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió á José que se apease para cogérsela; pero José le respondió que allí donde iban había muchas sortijas.

Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver á su amada Bella-Flor; pero ésta se metió en un aposento en el que se encerró, sin querer abrir á nadie. El Rey la suplicó que abriese, pero ella dijo que no abriría hasta que le trajesen las cosas que había perdido por el camino.

—No hay más remedio, José—le dijo el Rey,—sino que tú que sabes las que son, vayas por ellas; y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fué muy afligido á contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

—No te apures; monta sobre mí, y vamos á buscarlas.

Pusiéronse en camino, y llegaron al hormigal.

—¿Quisieras tener el afrecho? preguntó el caballo.

—¿No había de querer?—contestó José.

—Pues llama á las hormiguitas y diles que te lo traigan, que si aquél se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de munición, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas á él, acudieron, y le pusieron delante un montón de afrecho.

—¿Lo ves—dijo el caballito—cómo el que hace bien, tarde ó temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que había echado Bella-Flor su pañuelo, el que ondeaba como un banderín en una de las ramas más altas.

—¿Cómo he de coger yo ese pañuelo—diga José—si para eso se necesitaría la escala de Jacob!

—No te apures—respondió el caballito blanco,—llama al águila que libertaste de las redes y ella te le cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó á José.

Llegaron al río, que venía muy turbio.

—¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este hondo río, cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echó?—dijo José.

—No te apures—respondió el caballito;— llama al pececito que salvaste, que él te la sacará.

Y así sucedió; y el pececito se zambulló y salió tan contento meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas á Bella-Flor, dijo que no abriría ni saldría de su encierro, mientras no friesen en aceite al pícaro que la había robado de su palacio.

El Rey fué tan cruel que se lo prometió, y dijo á José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fué muy afligido á la cuadra, y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

—No te apures—le dijo el caballito,—móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada.

Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera, salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entonces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le había sucedido á José, creyendo que á él le sucediese otro tanto, y que entonces se enamoraría de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharrón.

Todos entonces proclamaron por Rey al Chambelán, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fué á darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debía, al caballito blanco, éste le dijo:

—Yo soy el alma de aquel infeliz en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenías; y al verte tan apurado y en peligro,, he pedido á Dios permiso para poder á mi vez acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho, y te lo vuelvo á decir, que nunca te canses de hacer bien.

EL LIRIO AZUL

VERSIÓN VALENCIANA

HABÍA vez y vez un Rey que tenía tres hijos, á los que dijo que daría la corona á aquel de los tres que le trajese el lirio azul.

Echáronse los hijos cada cual por distinto rumbo á buscarlo por esos mundos.

El más chico encontró la flor y se la metió muy contento dentro de la media, por si encontraba á sus hermanos que no la vieran. En medio de un arroyo seco se lo encontraron, y conocieron ellos que llevaba la flor, y se dijo uno á otro:

—¿Qué haremos para quitársela y ganarnos la corona?

El otro respondió: —Matarle. Y así lo hicieron, enterrándolo después en la arena.

Cómo eran dos, y una sola flor, echaron suertes á ver quién la ganaba, y le favoreció al mayor. Se fue muy contento á su casa, y cuando llegó y le dió á su padre la flor, el Rey le declaró heredero de la corona.

En esto pasó un pastor por el sitio en que estaba enterrado el hermano más chico, y vió que salía de la tierra una cañita blanca,, la que arrancó é hizo con ella una flauta. La tocó, y decía:

Toca, toca, bon pastor,
y no ennamenés;
per la flor del lliri blau
man mort en riu de arenes.

Fue tocando esto hasta pasar delante del palacio del Rey, y éste, habiendo oído la flauta, salió á llamar al pastor, y le dijo:

—Sube á tocarme esa flauta, que quiero oírla.

Entró el pastor y se puso á tocarla, y repitió su canción. Mandó llamar el Rey á sus hijos y le dijo al pastor que le dijera de dónde había sacado aquella flauta. El pastor los llevó al sitio donde había encontrado su flauta, y el Rey dijo á sus hijos:

—¿Sois vosotros los que habéis muerto á vuestro hermano?

Pero ellos dijeron que no. Su padre mandó que levantaran la arena en aquel lugar, y encontraron al niño vivo y sano, sólo faltándole un dedo que había quedado fuera cuando lo enterraron, y era el que había servido para hacer la flauta, y el padre dió la corona al niño y castigó á sus hermanos.

Vivió y reinó muchos años, pero siempre sin un dedo.

Cuento contado, ya se ha acabado, y por la chimenea se fué al terrado.

EL PAJARO DE LA VERDAD

ERASE vez y vez un pescador muy pobre, que vivía en una chocita en la orilla de un río, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que huyendo del sol y de la bulla, se entraba por entre árboles, zarzas y cañaverales, á escuchar á los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un día que, metido en su lanchita, iba el pescador á echar sus redes, vió bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Vogóle al encuentro, y ¡cuál no sería su asombro al ver en ella acostados sobre algodones á dos criaturas recién nacidas, niño y niña, al parecer mellizos!

—Al pobre pescador le dió mucha lástima de ellos, los recogió y se los llevó á su mujer, que á la sazón estaba criando.

—¡Eso es!—dijo ésta cuando se los presentó;—tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

—Mujer,—repuso el pescador,—y ¿qué hacía?... ¿dejaba ir sin proximidad ni caridad ninguna á estos angelitos río abajo á que se muriesen de hambre ó á que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios que nos envía estos dos hijos más, cuidará de ayudarnos á criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y robustos á la par de sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querían mucho, y de continuo se los ponían por ejemplo á sus otros hijos, por lo cual éstos, envidiosos y enrabiados, les hacían mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo de estos vejámenes, se iban los huérfanos á refugiar entre las arboledas y cañaverales de las orillas del río. Divertíanse con los pajaritos, á los que llevaban migajas de

pan, y éstos, agradecidos, volaban á su encuentro y les enseñaban la lengua de los pájaros, que aprendieron pronto; y así se entretenían con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas el levantarse temprano, y otra el cantar. Un día que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron á los mellizos:—Nosotros somos bien nacidos é hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el río, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto, los huérfanos, que tenían vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que determinaron irse por esos mundos de Dios á buscar á sus padres.

A la madrugada siguiente salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron á caminar... á caminar á la ventura por esos campos. A mediodía no habían vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron á ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entonces, descorazonados, se sentaron á descansar en un poyo que tenía la puerta. A poco rato notaron que se reunían una porción de golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoterías, se ponían á charlar unas con otras. Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendían lo que decían.

—¡Hola!, comadre de la ciudad,— decía una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, á otra que lo tenía muy fino y distinguido; — ¡dichosos los ojos que la ven á usted! Pensé que tenía usted á sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡Como vive usted en un palacio!..

—Heredé el nido de mis padres— contestó la otra,—y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo como usted el suyo. Pero dígame ante todo,—prosiguió con fina política:— ¿cómo le va á usted y á toda su familia?

—Bien, á Dios gracias, porque aunque he tenido á mi Beatricilla con una fluxión de ojos, que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fui por nuestro remedio, el *pito-real* y se mejoró como por ensalmo.

—Pero, ¿qué novedades me cuenta usted, comadre Beatriz?
¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra?
¿Se engalana el jilguero?

—Hermana—contestó la interrogada:—no tengo que contar á usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que antes era tan inocente y morigerada, está perdida, y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

—¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo, ni entre los pájaros? ¡Comadre!, ¿qué me dice usted?

La verdad pura, y no más; figúrese usted, que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando viene la primavera, los días largos y las flores, buscando el frío y los temporales. Al ver esa insensatez, por compasión, las quisimos disuadir, á lo que nos contestaron con la mayor insolencia.

—¿Cómo fue eso? —Las dijimos:

— ¿Adonde vais, locas?

—¿De dónde venís, disolutas,
que fuisteis pocas
y venís muchas?

Esta fué la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores á la cara.

—¡Qué oigo!—exclamó su interlocutora.— ¿Quién ha osado nunca tacharnos á nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

—¿Y qué pensará usted si le digo— prosiguió la primera—que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona y que

La cogujada en su trajín,
pica el garbanzo, pica el maíz,
y al sembrador que se enfada
al ver el daño que hace,
le dice muy descarada:

—«Siembra más, que éste no nace.»

—¡Estoy atónita! —Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él muy arrellanado á un desvergonzado gorrión.—Este nido es mío—le dije.— ¿Tuyo?—me contestó el muy grosero, echándose á reir.—

Mío y muy mío. — La propiedad es un robo—me pitó con coraje. — Señor... ¿está usted en sí? le dije; —ese nido lo labraron mis abuelos, en él me criaron mis padres, y en él criaré á mis hijos. —No hay familia —me dijo aquél, emberrenchinado. — Al ver esto, me desmayé, y todas mis compañeras se pusieron á llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habían echado á aquel pícaro ladrón. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

—¡Veo otros!.. ¡Ay! ¡Si usted supiera!..

—¡Cuenta usted! ¡Cuenta usted!— exclamaron todas las golondrinas, á un tiempo y precipitadamente;—y después que el silencio se hubo restablecido, merced á un recio y prolongado *oiid*, que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos:

—Han de saber ustedes que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivía cerca de palacio, y se casó con ella, y la niña se lo merecía, porque era tan buena como hermosa, y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey á una guerra, y la Reina quedó embarazada y con el sentimiento de separarse en aquellas circunstancias de su marido. ¡Con razón lo sentía! Porque los ministros y cortesanos, que no la querían por Reina, por ser hija de un sastre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasión, dando á luz unos hermosos mellizos, los muy picaros escribieron al Rey que lo que la Reina había parido era un gato y una culebra.

Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado, expidió una Real orden que mandaba que lo que la Reina hubiese parido fuese echado al río, y que fuese ella emparedada, y así se hizo. La buena Reina fué emparedada, y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al río.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron á lamentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrían ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió: —Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fué emparedada, pero su ama, que la quería mucho, logró hacer un agujero en la pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras á nuestros polluelos, y esta señora vive, aunque una vida

de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador que los ha criado, según me ha contado un amigo mío, *Martín-pescador*, que está establecido á orillas del río.

Los mellizos que esto oían, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con la cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando menos se piensa, puede sernos de gran utilidad lo aprendido.

—De manera es,—dijeron con alegría las golondrinas, —que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre, y libertar á su madre.

—Esto no es tan fácil,—repuso la narradora;—porque no podrán identificar su persona, ni probar así la inocencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podían desengañar al Rey.—¿Y cuál es? ¿cuál es? — preguntaron á una voz todas las golondrinas; — ¿cómo lo sabe usted?

—Lo sé—contestó la interrogada,— porque pasando un día por el jardín de palacio, medí de patas á pico con un cucú que, como saben ustedes, es pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurrendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiente:

(Los niños y las golondrinas se pusieron á_ escuchar con redoblada atención, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos, sin que lo notasen sus madres, que á haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo.)

— El solo que puede persuadir al Rey —prosiguió la palaciega— es el *Pájaro de la Verdad*, que habla la lengua de los hombres, aunque ellos las más veces no saben, ó *no* quieren entenderle.

—Y ese pájaro, ¿dónde está? —pregunté yo al cucú.

—Ese pájaro está—contestó—en el castillo de *Irás y no volverás*; ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en las veinticuatro. Si al despertar alcanza á alguno fuera ó dentro del castillo con su tremendo brazo, le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras á un mosquito.

—Y ¿dónde está ese castillo?— preguntó la curiosa comadre Beatriz.

—Eso es lo que yo no sé — contestó su amiga;—lo único que sé es que no lejos hay una torre en la que vive una picara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí, *el agua de muchos colores* que sirve para sus encantos; pero que no dirá aunque la maten dónde está el *Pájaro de la Verdad*, al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como á ese pájaro nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado sin dejarle respirar.

—Pero ¿nadie más le podrá dar razón al pobre niño, si llegase á ir, de dónde tienen escondido al *Pájaro de la Verdad*? — preguntaron las campesinas.

—Nadie — respondió la ciudadana, — sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra ¡*cruz!* que tan impresa se le quedó cuando presenció en el Calvario la crucifixión del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, aun dado el imposible caso de que por allí fuese. Pero, amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar, y yo voy á buscar el mío; que mis hijitos me estarán echando de menos. Con Dios.... ¡comadre *Beatriiiiiz!*

Diciendo esto la golondrina tomó su vuelo,, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron y siguieron su camino en la dirección del vuelo que había tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron á una ciudad que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron á una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció,, cuando ya estaba la niña barriendo la casa,, y el niño sacando agua y regando el jardín; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta, que propuso á los niños que se quedasen á vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haría; pero que en cuanto á él, precisaba concluir un negocio para el que había venido allí. Despidióse, pues, y siguió su

camino á la buena ventura, pidiendo á Dios guiase sus .pasos para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

Tres días anduvo por esos andurriales, sin encontrar ni vestigio de torre; y al cuarto se sentó triste y desesperanzado á la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vió llegar á una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Díjole el niño en su lenguaje:

—Tortolita del negro collar,
¿decirme querrás
(¡así goces tu amor por un siglo!)
dónde está el castillo de *Irás*
y *no volverás*?

—¡Pobre niño!—responde la tórtola.
¿Quién tan mal te quiere
que te envía allá?

—¡Es mi buena ó mi mala fortuna!
contesta el rapaz.

—Pues saberlo quieres—replícale el ave,—
¡sigue al viento, que hoy sopla hacia allá!

El niño le dió las gracias, y se puso en seguida en camino, temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anocheecer divisó entre sombras y desnudas rocas una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto un buen propósito, siguió impávido, y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes á la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrepita y tan horrenda, que el pobre niño dió horrorizado tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamanquesas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

—¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante—exclamó,—á venir á alborotar á mis puertas y á despertarme? ¿Qué quieres? Habla presto.

—Señora—dijo el niño:—sabiendo que sólo vos conocéis el camino que lleva al castillo de *Irás y no volverás*, vengo á que me lo indiquéis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

—Bien; pero ahora es tarde: mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

—No me puedo detener—repuso el niño;— me precisa ir ahora mismo, para regresar antes que sea de día al punto de donde vengo.

—¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz!—gruñó rabiosa la vieja.—Si te lo digo—añadió—ha de ser con la condición de que me traigas este jarro lleno del *agua de muchos colores* que brota de la fuente que está en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

—¡Convenidos! respondió el niño. Entonces la vieja llamó á un pobre perro muy flaco y muy doliente que tenía, y le dijo:

—Ea, ¡upa! conduce á ese gurrupato al castillo de *Irás y no volverás*, y cuidado que avises á mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió, y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente á un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida parecían más pálidos. El perro se puso á aullar, y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era ó no la hora en que dormía el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y *frondio* acebuche, que era el solo árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

—¡Valme mi buen Jesús!—clamó el niño.

—¡Cruz! ¡cruz!—le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al ermitaño de que había hecho mención la golondrina, y le dijo en la lengua de los pájaros:

—Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampares y que me guíes, puesto que vengo en busca del *Pájaro de la Verdad*, y antes tengo que llevar á la bruja de la torre el *agua de los muchos colores*.

—No hagas eso—contestó el mochuelo,— sino llena el jarro del agua clara y pura que brota de un manantial al pie de la fuente del *agua de muchos colores*; en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta; no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos á la par, que ellos son el *Pájaro de la Verdad*, sino coge á un pajarito blanco á quien los otros tienen arrinconado, y á quien persiguen sin descanso sin poderle matar, porque no puede morir. Pero... ¡apresúrate! porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto de hora.

El niño echó á correr, entró en el patio, donde halló la fuente que tenía muchos caños, por los que vertía agua de distintos colores; pero no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pie de la fuente, y se encaminó á la pajarera. Apenas entró cuando se vió rodeado de una bandada de pájaros, los unos cuervos negros; otros, pavos reales; otros, chorlitos, y todos le aseguraban ser ellos el *Pájaro de la Verdad*; pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco á quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del *Pájaro de la Verdad*.

El niño se encaminó sin dejar de correr hacia la torre de la bruja. Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño toda el agua que contenía, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiría en un loro; pero como era agua pura y clara, el niño al recibirla se puso mucho más hermoso. Acudieron en seguida á empaparse en ella todas las sabandijas, que eran las personas que habían ido allí con el mismo intento que había llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas, y los gorgojos, niños. Cuando la bruja vió aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó á volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias á su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cuál sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el *Pájaro de la Verdad*, fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil, y era hacer penetrar al *Pájaro de la Verdad* hasta el Rey, sin que lo impidiesen todos aquellos cortesanos que estaban interesados en que no llegase á saberla ni á descubrir el gran delito que habían cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la Corte que en ella se encontraba el *Pájaro de la Verdad*, fué tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormían tranquilos. Se prepararon contra él toda clase de armas, á cuál más afiladas, á cuál más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difama diciendo que su blancura era hipócrita afeite con que encubría su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin tanto se habló del *Pájaro de la Verdad*, que llegó esta nueva á los oídos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la corte lo quisieron impedir, S. M. mandó terminantemente que se echase un pregón que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al *Pájaro de la Verdad*, le presentase sin detención al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió á palacio llevando en su pecho al *Pájaro de la Verdad*; pero, como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entonces el pajarito se echó á volar, se entró en las estancias Reales por un balcón, se presentó al Rey, y le dijo:

—Señor: yo soy el *Pájaro de la Verdad*; al niño que me trae en su pecho no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luego que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita, á quien había llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia les preguntó el Rey quiénes eran.

—Que se lo diga á Vuestra Real Majestad el *Pájaro de la Verdad* — contestó el niño.

E interrogado éste por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto había sucedido. Apenas se enteró el Rey de tan inicua trama, cuando estrechó con lágrimas de

gozo á los niños en sus brazos; mandó venir á .albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años había estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca, que parecía una Reina de mármol; pero apenas vió á sus hijos, cuando brotó á sus mejillas la sangre de su corazón y se puso más hermosa que nunca lo había estado. El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y á su lado los Príncipes sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; á la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillón de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró *Duquesa de la Huelga*. Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fui y vine y no me dieron nada.

LOS DESEOS



HABÍA un matrimonio anciano que, yfêjà aunque pobre, toda su vida la había pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer á la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compañía, y en lugar de dar gracias á Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerándolos bienes de mayor cuantía que lograban otros y deseando gozarlos también.

—¡Si yo, en lugar de mi hacecilla— decía el viejo,—que es de mal terruño y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tío Polainas!

—¡Y si yo—añadía su mujer,—en lugar de ésta, que está en pie porque no le han dado un empujón, tuviese la casa de nuestra vecina que está en primera vida!

—¡Si yo—proseguía el marido,—en lugar de la burra, que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tío Polainas!

—¡Si yo —añadió la mujer— pudiese matar Un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente para tener las cosas no tienen sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba á media vara; traía, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrían eran diáfanos y

formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traía un cetro chiquito de oro, que remataba en un carbunco deslumbrador.

—Soy el Hada Fortunata—les dijo;— pasaba por aquí y he oído vuestras quejas; y ya que tanto ansiáis por que se cumplan vuestros deseos, vengo á concederos la realización de tres: uno á ti—dijo á la mujer; — otro á ti—dijo al marido,—y el tercero ha de ser mutuo y en él habéis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana á estas horas que volveré; hasta allá tenéis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella hechicera desapareció.

Dejo á la consideración de ustedes la alegría del buen matrimonio y la cantidad de deseos que, como pretendientes á la puerta de un Ministro, les asediaron á ellos. Fueron tantos que, no acertando á cuál atender, determinaron dejar la elección definitiva para la mañana siguiente y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron á hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversación sobre sus afortunados vecinos.

—Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas—dijo el marido; —¡pero qué morcillas!, daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí— repuso la mujer—para asarla sobre las brasas y cenárnosla! Apenas lo había dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado y, dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

—Por ti, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡más tonta que un habar! Esto es para desesperarse; ¡reniego de ti y de la morcilla, y no quisiese más sino que se te pegase á las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora tocó el asombrarse al viejo y desesperarse á la vieja.

—Te luciste, mal hablado — exclamaba ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices;—si yo empleé mal mi deseo, al menos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia, pues nada deseo ni nada desearé, sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios; ¿y el rancho? —Nada.—Mujer, por Dios; ¿y la casa?

—Nada. —Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—Ni que lo pienses. —Pues qué ¿nos vamos á quedar como estábamos?

—Este es todo mi deseo. Por más que siguió rogando el marido,, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con su doble nariz, y apartando á duras penas al perro y al: gato que se querían abalanzar á ella.

Cuando á la noche siguiente se apareció el Hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres creyendo que la satisfacción de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

EL PICARO PAJARILLO

HABÍA vez y vez un pajarito que se fue á un sastre y le mandó que le hiciese un vestido de lana. El sastre le tomó la medida y le dijo que á los tres días lo tendría acabado. Fue en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito y sucedió lo mismo que con el sastre, y, por último, fué á un zapatero, y el zapatero le tomó medida y le dijo como los otros, que volviese por ellos al tercer día. Cuando llega el plazo señalado, se fué al sastre, que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:

—Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fue al jardín del Rey, se posó sobre un árbol que había delante del balcón del comedor, y se puso á cantar mientras el Rey comía:

Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana, .que no el Rey con su manto de grana. Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana, que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito. Así sucedió. Después de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vió el pajarito en el estómago del Rey, que parecía una cueva más oscura que medianoche, empezó sin parar á dar sendos picotazos á derecha é izquierda.

El Rey se puso á quejarse y á decir que le había sentado mal la comida y que le dolía el estómago.

Vinieron los médicos y le dieron á su Real Majestad un mejuenge de la botica para que vomitase, y conforme empezó á vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuese después á todos los pájaros y les contó lo que le había pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando: como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso á dar voleteos por el árbol que estaba delante del balcón del Rey, cantando que se las pelaba.

¿A quién pasó lo que á mí?

En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo:

—¡Que cojan á ese pícaro pajarito! Pero él, que estaba sobreaviso, echó á volar que bebía los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

EL CARLANCO



Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama y la avispa se subió en ella y se salvó.

—¡Dios te lo pague!, que has hecho una buena obra de caridad,— le dijo la avispa á la cabra.—Si alguna vez me necesitas, ve ¿ aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:

—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie, porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abriréis cuando yo os diga:

¡Abrid, hijitas, abrid!

Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco
Que montes y peñas arranco!

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Ábrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar..

A la mañana siguiente fué y se escondió,, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y remedando la voz de la cabra, se puso á decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta, y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el Carlanco.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó la tornera. —Madre: soy una cabrita para servir á usted.

— ¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, —dijo la tornera.

—Llame usted á la madre abadesa, que traigo prisa—dijo la cabrita;—si no voy por el abejaruco, que le vi al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazón—le dijo;—vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare aquesto.

OTRA VERSIÓN DEL CARLANCO

HABÍA tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita: hiciéronlo así con muchas ramitas y yerbecitas y después de concluida, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó á las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluida que fué, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta y dejó á la más chica fuera, sola y abandonada. Echóse ésta á llorar, cuando acertó á pasar un albañil, y le preguntó que qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entonces el albañil le labró una casa muy buena, con sus paredes de cantos y su techo de teja; además revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando á la casita de la oveja mayor dijo:

Abre la puerta al Carlanco,

Si no, te mato.

La ovejita contestó:

—Ábrela, guapo.

Entonces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y seda comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó á la casa de la tercera, dijo:

Abre la puerta al Carlanco,

Si no, te mato.

La ovejita contestó;

—Ábrela, guapo.

Entonces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

BENIBAIRE

HABÍA una vez tres cabritas muy pobrechas, y la mayor dijo:

—¿Qué haremos?

La segunda contestó:

—No lo sé.

Y la tercera dijo:

—Yo sí que lo sé. Vamos á casa de Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

—Bien lo has pensado,—contestaron las otras. —Vamos allá.

Después de andar una legua, sintieron una voz que decía:

—Bé, bé.

Vieron un gran carnero, se asustaron, y echaron á huir.

Huir, huir,

Que nos va á embestir.

Pero el carnero les gritó:

—No os asustéis; ¿adónde vais?

Ellas le contestaron:

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?—dijo el carnero.

Le respondieron:

—Ven.

Anduvieron una legua, y oyeron una voz que dijo:

—Miau, miau.

Y vieron un gato negro muy grande, se asustaron y echaron á huir, diciendo:

Huir, huir,

Que nos va á arañar.

Pero el gato les gritó:

—No os asustéis: no os arañaré; ¿adonde vais?

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y oyeron una voz que gritaba:

—Quiquiriquí.

Y vieron á un gallo muy fiero, se asustaron, y echaron á correr, diciendo:

Huir, huir,

Que nos picará.

Díjoles el gallo:

—No os asustéis: no os picaré.

¿Dónde vais?

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y se encontraron un montón de estiércol; se asustaron, y echaron á huir diciendo:

Huir, huir,

Que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

—No tengáis miedo: no os ensuciaré; ¿adonde vais?

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantarnos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua y se encontraron una aguja capotera; se asustaron y dijeron:

Huir, huir,

Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

—No tengáis miedo, que no os pincharé; ¿dónde vais?

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Queréis que vaya?

Ven.

Anduvieron otra legua, y llegaron á casa de Benibaire; y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

—¿Cómo entraremos?—dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

—Yo, gallo gallaso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Así lo hizo y les abrió la puerta. Entraron en la casa y dijeron:

—¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

—Yo ya tengo puesto, me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la toalla, y el carnero se metió detrás de la puerta; entonces se fueron las cabritas á las tinajas á sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benibaire, que dijo:

—¡Ay, Señor! Ladrones han entrado en mi casa.

Se levantó y fué al humero, y miró por el cañón de la chimenea á ver si era de día. Estando mirando, le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fué á tientas á buscar las pajuelas para encender luz, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

—¡Ay, Señor!—dijo — ¡qué manos tenga tan sucias!

Y fué á buscar la toalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fué á encender luz en el ojo del gato, y éste se abalanzó y lo arañó todo; fué huyendo para salir á la calle, y cuando llegó á la puerta, salió el carnero y le dió una topada por detrás, que lo echó á rodar; se fué al molino huyendo, se cayó en el río y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fui y vine y no me dieron nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y otros de cordobán: éstos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para ti.

LA ZORRA Y LA VEJETA

HABÍASE una zorra y una vejeta que y eran muy amigas. La vejeta que, como se sabe, es un pájaro muy honrado y buscavida, sin ser ladrón, le dijo á la zorra:

—Comadre zorra: ahí tengo una hacecilla de tierra, y si usted quisiera, la sembraríamos á parceria.

—Sí que me place—contestó la zorra. —Pues ya es preciso ararla, pues el tiempo se nos viene encima—dijo la vejeta .

— Bien está—repuso la zorra. Poco después le volvió á decir la vejeta:

—Es preciso sembrar. —Corra usted con eso, que yo salgo á todo —contestó la zorra.

Pasados unos meses, le dijo la vejeta á la zorra:

—Comadre: la hierba se está comiendo al trigo; es preciso escardar el pegujal.

—Bien está—contestó la zorra;— corra usted con eso, que yo salgo á todo.

Pasado otro poco de tiempo, le volvió á decir la vejeta á la zorra:

—Comadre: el trigo está en sazón, y es preciso segarlo.

—Eh buen hora sea—contestó la zorra;— corra usted con eso, que yo salgo á todo.

La vejeta, por bonachona que fuese, empezó á entrar en desconfianza, y le contó á un galgo, amigo suyo, lo que le pasaba.

El galgo, que era listo, estuvo al punto al cabo de que la zorra le iba á jugar una de sus pasadas á la bonachona de la vejeta, y le dijo:

—Siegue usted el trigo, métalo en la era, y escóndame usted á mí en una gavilla, sin dejar más descubierto que un ojo, para que

pueda ver lo que pase.

La vejeta hizo todo como se lo había encargado el galgo, y á poco llegó la zorra, que al ver la era y el hermoso trigo ya trillado, se puso muy contenta dando vueltas y cantando:

Lío, lío,

La paja y el trigo son míos.

Lío, lío,

La paja y el trigo son míos.

Habiéndose en esto acercado á la gavilla en que estaba escondido el galgo, al ver entre la paja el ojo que tenía descubierto, dijo:

—¡Ay, qué uva! —Pero no está madura—respondió el galgo, saltando afuera de su escondite, y mató á la zorra.

EL GALLO Y EL PATO

REINABA un gallo en un corral. Hízose ê amigo suyo un pato que tenía buena pluma, había navegado y patullado en la fuente del saber; su andar no era garboso, pero firme; su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Este le aconsejó á su amigo el gallo que se cortase la cresta, que era chocante, y los espolones, que eran inútiles. El gallo condescendió, y se fué á dar un paseo con su amigo.

Este, que era muy confiado, dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fué el gallo á su hogar á encender, y vió en él dos luces.

—¡Qué luces tan raras son estas! — dijo el gallo.

Y acercándose vió que eran los ojos de un gato que se le abalanzó.

Pusiéronse á pelear.

El pato, que esto veía, no paraba de repetir:

—Paz, caballeros; paz, paz, caballeros; paz, paz, paz, paz.

LA JOROBA

HABÍA una vez un Rey que tenía una hija única que deseaba mucho casar para tener herederos de su reino; pero la niña, que había sido mimada, era voluntariosa y no quería casarse; si su padre no lo hubiera querido, habría rabiado por casarse.

Un día que salió á misa se encontró á un pordiosero, tan viejo, jorobado, feo y porfiado, que le empachó y no le quiso dar limosna. El pobre para vengarse le tiró un piojo; la Princesa, que nunca había visto tan asquerosa sabandija, se lo llevó á palacio, lo metió en una redoma, y lo crió con sopitas en leche, con lo que se puso tan gordo que no cabía en la redoma. Entonces la Princesa lo mandó matar, curtir su piel, y con ésta que le hiciesen una pandereta y ponerla el aro de hinojo.

Un día que su padre la volvía á instar á que se casase, le respondió que se casaría con aquel que le acertase de qué era hecha su pandereta.

—Bien — dijo el padre, — sea; pero á fe de Rey y de cristiano viejo, que te has de casar con el que lo acierte, sea quien sea.

Cundida que fué la voz de que la Princesa se casaría con el que acertase de qué era hecha su pandereta, vinieron de las cuatro partes del mundo Reyes, Príncipes, Duques, Marqueses, Condes y caballeros muy bien portados, y todos por su escalafón fueron viendo la pandereta, y ninguno acertó de qué estaba hecha. Lo más extraño era que cuando se tocaba, el sonido que daba semejaba todo al que usan los pobres para pedir una limosnita por Dios, Entonces dispuso el Rey que acudiese todo el que quisiese á ver si acertaba de qué era hecha aquella pandereta.

Era el caso, que entre los Príncipes había venido uno muy hermoso, del que se había prendado la hija del Rey, y estando ésta en el balcón, lo vió pasar y le gritó:

El pellejo de piojo,
y el aro de hinojo.

Pero el Príncipe no oyó sus voces, y quien las oyó fué el horroroso jorobado á quien ella había negado la limosna. Comprendió el viejo, que era muy ladino, lo que las palabras que había dicho la Princesa al hermoso Príncipe significaban, y entrándose en seguida en palacio, dijo que venía á acertar de lo que era hecha la pandereta de la hija del Rey; y apenas se la presentaron, cuando dijo:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

¡Amigo! como que acertó, no hubo escape; y la Princesa, que quiso que no, fué entregada por su padre al asqueroso mendigo que había ganado el premio que ella misma había puesto al adivinador.

—Vete ahora mismo con tu marido— le dijo .el Rey, — y no te vuelvas á acordar en tu vida que tienes padre.

Fuése avergonzada y llorosa la Princesa con su jorobado, y andando y más andando llegaron á un río que tenían que vadear.

—Tómame á cuestras y pásame el río, que para eso eres mi mujer,—le dijo el viejo.

La princesa hizo lo que le mandaba su marido; pero cuando estuvo en medio de la corriente empezó á sacudirse para que se cayese el pordiosero al río, y éste se fué cayendo á pedazos, primero la cabeza, después los brazos y piernas, en fin, todo menos la joroba, que se le quedó á la Princesa pegada á la espalda como con cola. Pasado que hubo el río, preguntó por su camino, y se encontró con que su joroba iba remedando su voz y repitiendo cuanto decía, como si en lugar de joroba hubiese llevado á la espalda una peña con un eco. Las gentes, unas se reían y otras se enfadaban, pensando que hacía burla de ellas; de manera que no le quedó más remedio que fingirse muda, y así, alargando la mano para pedir una limosna, fué caminando hasta que llegó á una ciudad que acertó á ser la tierra de aquel Príncipe de quien ella se había

prendado tanto. Fuese á palacio para que le tomasen de moza, y la admitieron. Viola el Príncipe y la halló tan bonita, que decía:

—Si no fuese muda y jorobada me casaba con la moza, porque tiene una cara peregrina.

Trataron de casar al Príncipe, y aquí de la pena y de los celos de la Princesa, que cada día se había prendado más del heredero de aquel reino.

Arreglados que fueron los contratos matrimoniales con otra Princesa más derecha que un huso y más parlera que una cotorra, salió el Príncipe con una gran comitiva para traerla, y se hicieron en palacio grandes aprestos para la cena; á la muda la pusieron á freir unas tortas. Estándolas friendo, le dijo á su joroba:

—Jorobita: ¿quieres una tortita? La joroba, que como fué de un viejo era muy golosa, contestó que sí,

—Pues ponte en mi hombrito,—le dijo la Princesa.

Y le dio una torta. En seguida le volvió á preguntar: —Jorobita: ¿quieres otra tortita? La joroba respondió que sí. Y ella le dijo: — Pues ponte en mi faldita. La joroba dió un saltito y se puso en las faldas de la Princesa, que ya estaba prevenida y con las tenazas en la mano, cogió la joroba y la echó en el aceite hirviendo, en el que se hizo un chicharrón.

No bien se vió libre de su joroba, se fué á su cuarto, se aseó, peinó y engalanó, y se puso un vestido verde y oro.

Al llegar el Príncipe se quedó extático de verá la muda sin su joroba, tan bien pergeñada y bien parecida.

La novia, que lo notó, dijo entonces:

Miren la muda mudarra
lo verde qué bien la arma.

A lo que respondió muy engolletada la Princesa:

Pues miren la gran deshonesto,
que aún no ha entrado, y ya se muestra.

Apenas vió el Príncipe que la muda hablaba y que de la joroba no quedaba ni señal, cuando se casó con ella, tuvieron muchos hijos, fueron muy felices, y yo fui y volví con un palmo de nariz.

EL GALLEGUITO

HABÍA en Cádiz un galleguito muy pobre, que quería ir al Puerto para ver á un hermano suyo que era allí mandadero, pero quería ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle á ver si algún patrón que fuese al Puerto le quería llevar. Pasó un patrón que le dijo:

—Galleguiño, ¿te vienes al Puerto? —Eu non tengu dineriñu; si me llevara de balde, patrón, iría.

—Yo no,—contestó éste;—pero estáte ahí, que detrás de mí viene el patrón Lechuga que lleva la gente de balde.

A poco pasó el patrón Lechuga, y el galleguito le dijo que si le quería llevar al Puerto de balde, y el patrón le dijo que no.

—Patrón Lechuga,—dijo el galleguito,—¿y si le canto á usted una copliña que le juste, me llevará?

—Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje.

A lo que se convino el galleguito, y se hicieron á la vela.

Cuando llegaron á la barra, esto es, á la entrada del río, empezó el patrón á cobrar el pasaje á los que venían en el barco, y cuando llegó al galleguito, le dijo éste:

—Patrón Lechuga, allá va una copliña.

Y empezó á cantar:

Si foras á miña terra
y preguntaren por mí,
eu dices que estoy en Cádiz
vendiendo ajua é anís.

—¿Ha justado, patrón?—preguntó en seguida.

—No,—respondió el patrón.

—Pues, patrón, allá va otra:
Patrón Lechuga, por Dios,
jústele alguna copliña,
purque á lus quartus míos
hanle entrado la murriña.

—¿Ha justado, patrón?

—No.

—Pues allá va otra:
Jaiieguino, jaileguino,
nun seas más retraectreiro,
mete á mano en á bossa,
é paja al patrón su dineiro.

—¿Ha justado, patrón?

—Esa sí.

—Pues non paju,—dijo alegre el gallegüito.
Y se fué sin pagar.

JUAN CIGARRON

HABÍA un hombre que se llamaba Juan Cigarrón, que discurrió ganar dinero haciéndose pasar por zahorí. Hizo su papel á la perfección; se dio tal importancia, gastó tanta fantasía, que alucinó á todo el mundo; porque habéis de saber, niños míos, que los hombres tienen una desgraciada propensión á creer lo que no deben creer y á dudar de lo que deben creer.

Así fué que Juan Cigarrón cobró por entonces una fama parecida á la que en nuestros días alcanzan otros engañabobos como él.

Sucedió que en el Palacio del Rey fué extraída una gran cantidad de plata labrada, y por más diligencias que se hicieron no se pudo averiguar quiénes habían sido los perpetradores del robo.

Por último recurso le aconsejaron al Rey que mandase venir al famoso zahorí, para el que nada había oculto, advirtiéndole que este portento no siempre contestaba, sino que sólo lo hacía cuando estaba de humor de hacerlo.

El Rey mandó venir á su presencia al zahorí, que, como pueden ustedes figurarse, se quedó muerto y más muerto cuando el Rey le dijo que le iba á encerrar en un calabozo, y que si á los tres días no le había descubierto los autores del robo, le mandaba ahorcar por embrollón y embustero.

—¡Ya puedo prepararme á bien morir! —pensó Juan Cigarrón cuando se halló en el calabozo. — ¡Nunca me hubiera metido á zahorí, que me cuesta la torta un pan! Tres días de vida me quedan; ni uno más ni uno menos. ¡Bien empleado te está, Juan Cigarrón!

Era el caso que la plata había sido robada por tres pajes del Rey, y que éstos estaban encargados de llevarle al preso la comida.

Cuando el primero de ellos se la llevó, exclamó Juan Cigarrón aludiendo á los tres días de término que le había señalado el Rey:

—¡Ay, señor San Bruno,
que de los tres ya vi uno!

Como el paje tenía mala conciencia y había oído decir que para aquel zahorí no había nada oculto, se sobrecogió y dijo á sus compañeros:

—¡Perdidos estamos! El zahorí sabe que somos nosotros los ladrones.

Los otros no le quisieron creer; pero al segundo día, cuando otro de los pajes entró en el calabozo á llevarle la comida y oyó á Juan Cigarrón exclamar con dolor:

—¡Ay, San Juan de Dios,
que de los tres he visto dos!

salió más alarmado que el primero. —Razón tenías—le dijo á su compañero; nos conoce y somos perdidos.

Así es que cuando al día siguiente fué el tercero con la comida y oyó á Juan Cigarrón que decía con desconsuelo:

—¡Ay, San Andrés,
que ya los he visto á los tres!

se echó á sus pies, le confesó el delito, le ofreció devolver toda la plata robada y darle una gran regalía si no los delataba.

Pasados los tres días, el Rey mandó que trajesen al zahorí á su presencia, el que se presentó tan orondo y tan erguido.

—Con que—preguntó el Rey—¿me traes las noticias que te he pedido?

—Señor — respondió Juan Cigarrón con mucha prosopopeya,— soy muy noble y muy filántropo para que pueda delatar á nadie; pero confío en que Vuestra Majestad se contentará con que por mi arte y poder se le devuelva la plata robada.

—Sí, sí—respondió el Rey,—con que parezca y vuelva á mi poder me contento. ¿Dónde está?

Juan Cigarrón se irguió y respondió haciendo un gesto majestuoso:

—Que vayan al calabozo en que he estado encerrado y allí se encontrará.

Así se hizo, y se encontró la plata que allí habían llevado los pajes.

El Rey se quedó absorto y admirado y se prendó de tal suerte de Juan Cigarrón, que le nombró zahorí mayor, adivino de cámara y acertador particular.

Pero todo esto no le hacía gracia al agraciado, que estaba temblando que se presentase otra ocasión en que recurriese S. M. á su ciencia, de la que temía no salir tan airoso como de la pasada.

Y no fueron vanos sus temores, porque un día que paseaba con el Rey por sus jardines, deseoso S. M. de tener otra prueba más del saber de su zahorí mayor, le presentó de repente su mano cerrada, preguntándole qué era lo que en ella tenía.

Al oír esta apremiante pregunta, el pobre hombre perdió la cabeza y exclamó:

¡De esta hecha,
Juan Cigarrón cayó en la percha!

El Rey abrió la boca, de la que se escapó un grito de admiración, y la mano, de la que se escapó un cigarrón, que era lo que en ella tenía. El Rey en su entusiasmo, le dijo al feliz adivino que pidiera lo que quisiese, y fuese lo que fuese, le daba su palabra Real de que se lo concedería; á lo que contestó en seguida:

—Pido, señor, que
No me volváis á preguntar en la vida,
no sea que la tercera sea la vencida.

EL ZURRON QUE CANTABA

ERASE una madre que no tenía más que una niña, á la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua á la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña, y cuando llegó á la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón á tiempo de llenar el cántaro.

Junto á la fuente estaba sentado un pordiosero viejo muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba á la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó á correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de menos, y se volvió apresurada á la fuente para buscarla, y cuando llegó estaba todavía allí el viejo, que cogió á la niña y la zampó en el zurrón. En seguida se fué á pedir limosna á una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse á cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fui á la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.

Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!

Volvime luego á la fuente,
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada estará!
No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que á las gentes les gustaba mucho oirla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero por que cantase el zurrón.

Yendo así, de casa en casa, llegó á la de la madre de la niña, y conforme ésta oyó el canto conoció la voz de su hija y le dijo al pobre:

—Tío: el tiempo está muy malo; el viento arrecia y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que después de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón á su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió á un perro y á un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no, te doy con esta lanza!
Al punto dijo el perro:
Pícaro viejo, uau, uau.
Y el gato:
Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato,, y el gato se le abalanzó á la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y...

aunque testigo no he sido,
así me lo han referido.

PICO, PICO, Á VER SI ME PONGO RICO

HABÍA una vez un molinero que tenía mucho afán por ser rico; así era que cuando se ponía á picar la piedra de su molino, repetía sin cesar al dar los golpes:

—Pico, pico,
á ver si me pongo rico.

Acertó á pasar por allí el Rey, y le preguntó S. M. qué era lo que estaba diciendo. A lo cual le contestó que con su afán de salir de pobre decía:

—Pico, pico, á ver si
me pongo rico.

Al punto regresó el Rey á su palacio y mandó hacer una torta muy grande que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero.

Cuando el molinero la vió, le dijo á su mujer:

—Mira, mandaremos esta torta á nuestro compadre, que nos favorece mucho y podrá favorecernos en adelante.

Y así lo hicieron. Al cabo de unos días volvió el Rey á pasar por allí, y se encontró todo tan pobre y en el mismo estado en que lo halló la primera vez. El molinero estaba picando la piedra y diciendo:

—Pico, pico, á ver si
me pongo rico.

—¿No recibiste—le preguntó el Rey—una torta que te mandé?

—Sí, señor—contestó el molinero;— pero ha de saber Su Real Majestad que tengo un compadre que me favorece, y á fin de

aumentarle la buena voluntad se la mandé para que se la comiese á mi salud.

—Está visto—dijo el Rey—que el que nació para pobre por más que pique no ha de salir de su estado. Sabrás, hombre, como que la torta que te mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero se desesperó y se arrancaba los cabellos.

—No te aflijas—le dijo el Rey,—que te he de ver rico ó poco he de poder.

Dicho lo cual se volvió a su Palacio real y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de algún tiempo volvió el Rey á pasar por el molino y se alegró mucho al ver que estaba todo allí muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó á la hermosa casa oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche había muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podía arrancar. Entró el Rey en la estancia en que estaba el difunto; el pobre estaba tendido en su féretro, y con la rigidez de la muerte tenía asido aquel papel que nadie había podido arrancarle, pero el cual, al acercarse el Rey, soltó inmediatamente. El Rey lo recogió y leyó estas palabras escritas en él:

«Yo pobre lo quise;
tú rico lo quieres,
resucítalo si puedes (¡).»

CUENTO DE EMBUSTES

HABÍA vez y vez una Princesa muy estafalaria, que dijo á su padre, el cual deseaba que tomase estado, que no se casaría sino con aquel que supiese mentir más que ella, y ella lo hacía de manera que nadie podía sobrepujarla. Llegó esto á oídos de un pastorcillo que andaba por el campo —Yo me presentaré — dijo para sus adentros,— que de seguro le gano en mentir la palma á la Princesa; que mentir me lo ha enseñado una culebra descendiente de la del Paraíso.

Y se fué á palacio.

—¿Qué traes?—le preguntó al verle llegar la Princesa.

—Sepa V. A. R. — respondió el pastorcillo,—que he viajado mucho, y que le vengo á relatar mis viajes.

— Bien está — dijo la Princesa; — pero si .dices una palabra de verdad te mando echar .á la calle con cajas destempladas.

—Mi primer viaje fue largo — dijo el pastorcillo, — porque estando sembrando una palma, creció tan de pronto y tan alta, que me levantó consigo hasta el cielo. Llegué allí en tan buena ocasión, que me hallé en la boda de las once mil vírgenes; y porque á una de ellas eché un requiebro, me alargó San Pedro un puntapié que me botó fuera. Atravesé en mi caída el mar, y me encontré con la luna, en la que me entré por un ojo, y me hallé que tenía los sesos de plata y los cabellos de oro; me descolgué por uno de ellos; la luna volvió la cara, y al verme se cortó el cabello de un bocado; éste se desprendió, y caí en una calabaza, donde lo pasé muy bien, hasta que llevaron mi casa á la plaza, donde la compraron para un convento de monjas. Las monjas creyeron que era yo un gusano, y me tiraron con la basura á la huerta del convento; habiendo caído un

aguacero, me nació allí. Cortéme las raíces con mi navaja, y eché á andar por esos mundos. Llegué á un río, eché las redes, y pesqué un borrico; me monté en él, y seguí caminando. A los dos días vi que tenía el animal una matadura; se la enseñé á un albéitar, que me mandó que le pusiera habas; se las puse, y nació un habar que parecía un bosque; cogí una escopeta y me puse á cazar en él, y maté á un jabalí; era hembra, y después de muerta parió una vieja, que bauticé, y le puse *Naci-tarde*. La tía *Naci-tarde* se enamoró de mí, y por verme libre de ella me subí en una tortuga que corría más que el viento, y en un santiamén me llevó á los más profundos centros de los mares. Allí me encontré un convento de sardinas, de que era priora una ballena, que al verme abrió su boca y me tragó; pero con un chorro de agua que echó por las narices me lanzó á la orilla. Allí me encontraron tendido unos marineros, y como la sal del mar se había cuajado, y estaba yo todo blanco y agarrotado, me vendieron á unos *santi-barati*, que á su vez me vendieron á un sevillano, que me puso en el patio de su casa, rodeado de tiestos con matas. La primera noche llovió, y con eso se me derritió la sal y pude echar á correr. Supe que S. A. R. buscaba para premiarlo á uno que fuese más embustero que ella, y dije: Allá voy á probarle que yo lo soy.

—Pues ya dijiste una verdad, pues mientes más que yo —dijo la Princesa, — por lo cual no te puedes casar conmigo; pero como has mentido tan bien, y mejor que otro alguno, es justo que te premie y te dé un buen destino. — ¿Qué destino hay vacante?— preguntó S; A. R. al Ministro.

—Señora—respondió el Ministro,— no hay otro alguno que el de Director de la *Gaceta*, por haber muerto esta mañana el que lo era.

—Pues que sea inmediatamente dado dicho destino á este pastor, por los méritos que ha contraído—repuso la Princesa.

Y así sucedió, y el pastorcillo siguió mintiendo en la *Gaceta*, por lo cual las gentes dieron en decir: *mientes más que la Gaceta*; dicho que se hizo refrán, y dura hasta el día.

EL DUENDECILLO FRAILE

HABÍA una vez tres hermanitas que se mantenían amasando de noche una faneguita de harina. Un día se levantaron de madrugada para hacer su faena, y se la hallaron hecha, y los panes prontos para meterlos en el horno, y así sucedió por muchos días. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacía, se escondieron una noche, y vieron venir á un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos. Agradecidas, le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso, y en seguida se fué diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos,

Ni quiere amasar, ni ser panadero.

Esto prueba, niños míos, que como el duendecito hay muchos, que son complacientes y oficiosos hasta que logran un beneficio, y que una vez recibido, no se vuelven á acordar de quien se lo hizo.

LA GALLINA DUENDE

Una mujer vio entrar en su corral una hermosa gallina negra, la que á poco puso un huevo que parecía de pava, y más blanco que la cal. Estaba la mujer loca con su gallina, que todos los días ponía su hermosísimo huevo. Pero hubo de acabársele la overa, y la gallina dejó de poner, y su ama se incomodó tanto, que dejó de darla trigo, diciendo;

—Gallina que no pone, trigo no come.

A lo que la gallina, abriendo horrorosamente el pico, contestó;

—Poner huevo y no comer trigo, eso no es conmigo.

Y abriendo las alas dio un voleteo, se salió por la ventana y desapareció, por lo que la mujer se cercioró que la tal gallina era un duende que se fué sentido por la avaricia de la dueña.

CUENTOS INFANTILES

RELIGIOSOS

EL PAN

HABÍA una vez tres hermanos mozos, que no hallando en qué acomodarse, determinaron irse por esos mundos á buscar acomodo.

Llegaron á un lugar en el que se separaba el camino en tres, y convinieron en seguir cada cual uno de ellos, quedando emplazados para volver á reunirse allí mismo á los tres años, para participarse mutuamente el cómo les había ido, y lo que habían agenciado en ese tiempo.

Por aquel entonces habéis de saber que andaba Nuestro Señor por el mundo, así como sus discípulos, y el mayor de los hermanos se encontró con San Pedro, que le preguntó si quería servirlo, á lo que estuvo él muy dispuesto.

—¿Y por qué me quieres servir,—le preguntó el Santo,—por la gloria de hacerlo, ó por dinero?

—Por el dinero,—contestó el hermano mayor.

Y quedaron conformes. Lo propio en todo punto que sucedió al hermano mayor con San Pedro, le pasó al segundo, que se encontró con San Juan, á cuyo servicio quedó por el dinero, como el mayor quedó al de San Pedro; pero no así al más chico, que se encontró con Nuestro Señor, y le dijo que no quería retribución, sino que lo haría por la gloria de servirle.

Sirvieron los hermanos por tres años á sus amos; entonces se despidieron, por precisarles cumplir la palabra que se habían dado de encontrárselos tres el día señalado en el lugar donde se habían separado.

Cuando se reunieron, sacaron los dos hermanos mayores el mucho dinero que habían ganado durante el tiempo transcurrido, y

preguntaron al menor qué era lo que él había ganado; éste contestó que nada traía, porque sólo había servido á su amo por la gloria de servirlo.

Los hermanos se burlaron de él, y cada cual se fué por su lado. Los dos mayores se casaron con mujeres ricas, se pusieron á traficar con sus dineros, y se hicieron unos señorones de los más encopetados, gastando mucho lujo y mucha fantasía. El chico, como que era pobre, se casó con otra pobre, tuvo un celemín de hijos, y llegó á tanto atraso, que se fué á vivir á una chocita al campo.

Al cabo de muchos años pasaron el Señor y sus discípulos por aquella tierra, y el Señor les propuso que fuesen cada cual á ver al criado que le había servido. Llegó, pues, San Pedro en casa del hermano mayor y le dijo á uno de los muchos criados que tenía:

—Anda, y dile á tu señor que aquí está su amo, que si lo quiere hospedar.

Al oír aquel recado el señorón, se puso hecho un toro de fuego.

—¡Yo servir! — contestó; —¡yo un amo! Mis caudales son de herencia; yo nunca he servido; ese hombre está loco: dile que se vaya, y que si no, le echo los perros.

Y otro tanto, punto por punto, le sucedió á San Juan con el hermano segundo.

Entre tanto, el Señor se había llegado á la choza del hermano menor. Este había ido al monte por una carguita de leña, y su mujer, cuando llegó el Señor, le dijo que pasase adelante y se sentase mientras volvía su marido. Cuando lo vió venir le salió al encuentro, y le dijo que en la choza estaba su amo.

—¡Mi amo!, ¡mi amo! —gritó el pobre fuera de sí de alegría;—¡mi amo!,—repetía llorando y besando las manos de Jesús.— Poco tengo, Señor; pero eso poco es de su merced. Mujer: dale al amo lo que hay en casa; ¡todo!, ¡y pronto, pronto!

La mujer le dijo que nada había sino pan.

— ¡Qué pena!—dijo afligido el marido; —pero si otra cosa no hay, tráelo.

El Señor se sentó en la mesa del pobre, y comió el pan que de tan buen corazón se le ofrecía, y le bendijo, y por eso, niños míos, es el pan bendito sustento; por eso los cristianos nunca le niegan un pedazo de pan al pobre que en nombre de Dios lo pide; por eso no

se tira, y cuando cae al suelo se le besa en desagravio; por eso hay tanto pan en el mundo y alcanza para mantener á todos, y es de tanto alimento, que sólo con él vive el hombre sano y robusto; por eso gusta á todos, y es el solo bien terreno que nos prescribió el Señor pedirle; por eso cría el campo las mieses tan hermosas, y tan ricas las espigas; por eso cuando el tiempo que hace les es contrario, hace nuestra bendita madre la Iglesia santas rogativas, que es rara la vez que deja el Señor de atender; por eso, en fin, le nombra el hombre con reverencia y gratitud el pan de Dios.

Después que hubo comido, le dijo el Señor al pobre:—No te recompenso tu buena acogida haciéndote rico, que las riquezas no dan la felicidad en la tierra y dificultan mucho la del cielo; pero te prometo que no te faltará el pan que me has dado, pues cuando ganar no lo puedas, la caridad te lo dará. Sé agradecido á quien contigo la ejerza, que el agradecer es tan obligación como el dar.

SI DIOS QUIERE



HABÍA una vez un gallego que se volvía á Galicia después de haber juntado unos cuartos en Sevilla. Ya muy cerca de su pueblo se encontró á uno que le preguntó dónde iba.

—A la mina terra—contestó el gallego.

—Si Dios quiere—repuso el primero. —He de llegar, quiera Dios ó no— contestó muy en sí el gallego, viendo ya de lejos su aldea, de cuyo territorio sólo lo separaba un arroyo.

No bien lo hubo dicho, cuando al pasar el arroyo se cayó en él y se volvió rana.

Así vivió tres años, huyendo siempre el pobre de los picaros muchachos, de las sanguijuelas y de las cigüeñas, sus encarnizados enemigos. Al cabo de los tres años, acertó á pasar por allí otro gallego que se volvía á su casa, y preguntándole un caminante dónde iba, le contestó:

—A la miña terra. —Si Dios quiere—gritó una rana que sacó su cabeza del agua.

Y cuando lo hubo dicho, la rana, que era el gallego primero, se halló de repente otra vez hombre.

Siguió su camino más alegre que unas Pascuas, y habiéndose encontrado á otro viajero, que le preguntó dónde iba, le contestó:

—A la tierra, si Dios quiere; á ver á mi mujer, si Dios quiere; á ver á mis hijos, si Dios quiere; á ver á mi vaquita, si Dios quiere; á

sembrar mi campito, si Dios quiere, para que me dé una buena cosecha, si Dios quiere.

Y como á todo había añadido religiosamente el *si Dios quiere*, quiso el Señor que se viesen sus deseos cumplidos. Encontró buena á su mujer y á sus hijos; á la vaquita, parida; sembró su campo, y cogió una buena cosecha, porque... Dios quiso.

UNA PROMESA

HABÍA una vez una mujer que no tenía hijos, y tantos deseos de tenerlos, que no consiguiendo con sus oraciones á Dios el obtenerlo, se ofreció al diablo darle á los catorce años el niño que pariese, si por su medio lograba tenerlo.

A los nueve meses parió un niño, y vivió contentísima al principio de tenerlo; pero mientras más crecía el niño y se acercaba su edad á los catorce años, más se inquietaba y entristecía la madre. Viéndola un día llorar, le preguntó su hijo qué era lo que tenía, y ella se lo dijo.

—¡Cómo ha de ser, madre!—dijo el niño cuando hubo oído la relación de su madre;— ya no tiene remedio, y si no le cumple lo prometido, vendrá por usted el diablo; y así, yo me voy al Infierno.

Echó á andar, pero no sabía el camino. Encontró á unos arrieros, á los que preguntó si sabían el camino del Infierno.

—¡Jesús!—contestaron ellos;—no lo permita Dios. Pero por esa vereda abajo hay una cueva en que hemos visto á un monstruo; ese puede que lo sepa.

Encaminóse el mozo hacia la cueva y vió al monstruo, que era un hombre muy deforme y espantoso, y cuando supo el intento del muchacho, le dió lástima, y con las señas del camino que debía seguir le dió una carta para la hija del diablo mayor.

—No la querrá tomar—le dijo;—pero dile que es de su compadre, y si se niega á tomarla, á ninguno más le guío para su morada.

Cuando llegó al Infierno dió la carta y el recado á la hija del diablo mayor, la que rabió mucho con la carta y con su compadre, pero que no tuvo más remedio sino hacer lo que su compadre le pedía en aquel papel.

—Tú eres inocente—le dijo al muchacho;— y para apoderarse de ti tiene mi padre que hacerte pecar. Ahora te llevará á un jardín de flores hermosas en apariencia, pero que son flores del Infierno, flores envenenadas; y así, ninguna cojas ni huelas ninguna, sino dile que no te gustan.

Y así sucedió. Cuando el diablo mayor llevó al muchacho á un jardín hermosísimo en que había las flores más bellas, por más que le instó á que las cogiese ó las diese siquiera, no hubo forma. Al diablo grande se lo llevó Barrabás, y pensó:

—No tengas cuidado, que mañana no te escaparás.

Al día siguiente, como la hija del diablo sabía los pensamientos de su padre, le dijo al muchacho:

—Hoy te dirá mi padre que pases por una cueva de la que saldrá un oso espantoso para destrozarte; cuando le veas venir dirás por tres veces: *María, Marta, María*, y no se atreverá á tocarle, sino que se echará á huir.

Y así sucedió. El diablo mayor estaba que bramaba, y dijo para sí:

— Mañana no te escaparás, porque he de ir en persona á matarte.

La hija del diablo mayor le dijo al muchacho:

—Mañana vendrá mi padre en persona á matarte; escóndete detrás de la puerta de tu calabozo, y cuando venga le das con estos dos palos que pondrás en cruz, y caerá al suelo, la cara en tierra como muerto; entonces huye volando y no pares de correr hasta llegar á una iglesia.

Así lo hizo el muchacho y quedó libre de las garras del demonio, como quedará todo el que resista á las tentaciones, invoque el nombre de *María* y se ampare de la Cruz.

LA TENTACIÓN

HABÍA un Obispo que era muy amante y devoto de San Andrés, y más que á otra virtud alguna, afecto á la castidad.

El demonio, á quien Dios le quitó el poder, pero no el saber, por tal de perder aquella alma justa y pura, tomó el cuerpo de una hermosa Princesa mora, que se fué hecha un mar de lágrimas á buscar al piadoso Obispo, y le contó cómo quería ser cristiana y tomar hábito en un convento, y que sus padres no querían, teniéndola avasallada, y queriéndola casar con otro moro fiero.

El buen Obispo se compadeció mucho de ella, la hospedó en su palacio, llamó á otros sacerdotes sabios, para que, instruida cuanto antes en la doctrina cristiana, entrase cual deseaba en un convento. Guando le tocaba al Obispo la plática, aquella mujer se ponía cada vez más hermosa, y resplandecía como un sol, tratando de mudar el tema, y de hablar de cosas mundanas y de amores, con tal maña y liviandad, que el pobre Obispo sentía su corazón rebelde y su virtud flaquear.

Un día que ya lo traía confundido con la mucha palabrería que le gastaba, le dijo:

—Ya que sabéis tanto, ¿á que no me podréis contestar á tres preguntas que os voy á hacer? Y si no halla S. E. la solución, tendrá que confesar que yo sé más que S, E.

Entró en eso un criado, y dijo á S. E. qué á la puerta estaba un pobrecito viejo que pedía limosna.

—Que se vaya—dijo la mora. —No—repuso el Obispo; — dile que suba, que le socorreré.

Entró el pobrecito, y se sentó á un lado.

—Vamos—dijo el Obispo á la mora,—haz las preguntas para que te las conteste.

—Dígame, pues — preguntó la mora: — ¿cuál fué el primer milagro que hizo Dios?

El Obispo se quedó parado; pero el pobrecito, alzando gravemente la voz, contestó:

—Hacer el hombre á su semejanza. Nada pudo oponer la mora; y así pasó á la segunda pregunta, que fué:

—¿Me podréis decir dónde está la tierra más alta que el cielo? Si la primera pregunta dejó al Obispo parado, la segunda lo dejó confundido.

—En el trono celestial—dijo el viejecito,— pues allá está María en cuerpo y alma.

La mora, á su vez, se quedó confundida con aquella respuesta, y pasó á la tercera:

—Pues ya que tanto sabéis — dijo al viejecito,—¿me podréis decir cuántas leguas hay del cielo al infierno?

—Eso sólo vos podéis saberlo— contestó el viejecito;—pues sólo vos, Satanás, ángel rebelde, las habéis andado.

Al verse descubierto por aquel viejecito, que era San Andrés, Satanás dió un rugido y desapareció.

LOS DOS CAMINITOS

HABÍA una vez un hombre que tenía f una mujer muy buena y dos hijitos, un niño y una niña. Murió su mujer, y se volvió á casar con otra que era muy mala, y aborrecía á sus pobrecitos entenados. Estos, que le tenían mucho miedo á su madrastra, siempre estaban juntos recordando y llorando á su madre... Un día la dijo la madrastra á la niña que fuera á la tienda por un adarme de seda, y al niño que fuese por un cuarto de especia, y que le daría un confite al que volviese el primero. El primero que volvió fue el niño. La madrastra lo cogió, lo puso sobre la mesa, lo mató y cortó en pedazos, que metió en una orza y guardó en la alacena.

Cuando volvió la niña había salido su madrastra, y se puso á buscar á su hermanito; pero por más que buscaba, no lo encontraba, hasta que abrió la alacena y lo vió cortado á pedazos. Entonces se puso á llorar amargamente, diciendo;

— ¡Ay hermanito de mi alma! que me lo han matado y cortado á pedazos, para no enterrarlo en tierra en que descanse.

Y cogiendo uno de los huesecitos, fue al corral y lo enterró.

Al punto vió nacer una azucena, y de ella vió salir á su hermanito, sólo que estaba mucho más hermoso que antes y tenía resplandores.

— ¡Hay hermanito!—le dijo,—¿no te había matado la madrastra?

— Si—dijo el niño;—pero he resucitado y vengo por ti.

—Y ¿por qué? —Para recompensarte de que me enterraste y me lloraste.

—Y ¿dónde vamos?—preguntó la niña.

A lo que su hermano respondió: —*Por un caminito muy clavito, muy clarito, muy clarito, á la gloria.*

—Y la madrastra, ¿dónde iré?— volvió á preguntar la niña.

Y el niño contestó: —*Por un caminito muy oscurito, muy oscurito, muy oscurito*, al infierno.

CUENTO DE BRUJA

HABÍA un padre y una madre que tenían una hija de quince años, y se la llevó una bruja; la llevó donde había otras, y la metieron en un baño de aromas, y le dijeron que la iban á llevar con ellas, y que vería cosas muy hermosas y tendría mucho poder; pero para eso era preciso que dijese lo mismo que decían ellas:

En vida, en vida,
Sin Dios ni Santa María.

Pero la niña, que era buena cristiana, no quiso decirlo. Entonces empezaron á pegarle y pellizcarle para que dijese lo que ellas querían, pero la niña no cesaba de repetir:

En vida, en vida,
Con Dios y Santa María.

Y tanto lo repitió, que tuvieron que huir todas, y la niña se volvió en paz y gracia de Dios á su casa.

No tiene poder la tentación con quien persevera firme en el bien y en el deber.

CÓMO LE GUSTA AL NIÑO DIOS QUE LE PIDAN

HABÍA dos pobrecitas niñas que tenían un padre muy bueno, pero una madrastra muy mala. Como no las podía ver ante sus ojos, pasaban las pobres niñas su vida encerradas en su cuarto. Tenían en él un precioso Niño Jesús de bulto, del que eran muy devotas, y siempre le estaban rezando, trayendo flores y encendiendo lucecitas; tanto que el Niño Jesús, cuando las veía afligidas por su encierro, bajaba de su peana y se ponía á jugar con ellas. Pero por más que se lo pedían, por más que hacían para que fuese con ellas á visitar á su padre que estaba enfermo, el Niño Dios no les otorgaba las súplicas que por la mejoría de su buen padre le hacían.

Un día que hablaban con el Niño Jesús, vieron entrar á la Virgen, y como no la conocían, se asombraron de verla tan hermosa y llena de resplandor. La Virgen le dijo al Niño:

—Hijo y Señor mío, te pido que vengas conmigo á la cabecera de un enfermo que nos llama.

Las niñas entonces se asieron á la túnica del Niño, diciendo:

— ¿Vas, Señor, á asistir á un enfermo y á nosotras que tanto te queremos y hemos pedido que asistas á nuestro padre, no lo has querido hacer?

Entonces el Niño les contestó: —Pedídselo á mi Madre, porque yo me gozo en que mis gracias pasen por su bendita mano.

LA VIRGEN COSTURERA

UN lego de convento, de corazón muy sencillo y sano, tenía un entrañable amor á la Virgen y vivía con el pesar de no tener en su celda ninguna imagen de la Señora á la que dirigir sus oraciones, dar culto y cuidar. Encontróse un día en un zaquizamí del convento una efigie de la Señora; pero tan deteriorada y estropeada por el tiempo y polvo, que daba pena verla. Fuera de sí de gozo, se la llevó á su celda, la limpió muy bien, y conoció que si un buen pintor la restauraba, quedaría hermosa y como nueva. Entonces cayó de rodillas, y le dijo:

—¡Madre mía! bien sabéis cuánto deseo que esta vuestra santa imagen sea restaurada y que en ella se os rinda culto; pero soy tan pobre, que si vos no me ayudáis, no podré hacerlo; así, os suplico que trabajéis conmigo para que esto pueda hacerse.

En seguida se fue á casa de una señora muy caritativa y le pidió que le diese costura para que una pobrecita, con lo que ganase cosiendo, pudiese vestirse decentemente. La señora se la dió. Compró en seguida hilo, agujas, dedal y tijeras, lo llevó todo á su celda y lo presentó á la señora, diciéndole:

—Señora, habéis sido muy buena costurera, y es preciso que me ayudéis con vuestras benditas manos para reunirlo que necesito para restaurar vuestra efigie.

La Virgen se sonrió, y el lego se fué á sus quehaceres. Cuando volvió se encontró la costura hecha, tan bien cosida y tan olorosa, que la señora quedó muy satisfecha y se la pagó muy bien.

La costura que corría por mano del pobre lego tomó tal fama, que pronto pudo restaurar á la santa efigie.

Al guardián y demás religiosos llamó la atención el cómo un pobre lego podía sufragar esos crecidos gastos, y un día se escondieron para ver lo que en la celda hacía. Entonces vieron que se hincó de rodillas ante la Señora, y le presentó unas ropas sin hacer, y que la Señora alargó sus benditas manos y las tomó con un semblante dulce y complacido.

Entonces el guardián y los religiosos, asombrados, se postraron de rodillas, exclamando:

— Bienaventurados los sencillos y pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

SAN LORENZO

SAN Lorenzo andaba conviniendo herejes, y éstos le prendieron, y su Rey, que era muy fiero, mandó que lo quemasen sobre unas parrillas. Con este motivo encendieron los verdugos una hoguera, y cuando estaba ardiendo arrojaron al Santo en ella. Ya que estaba quemado por un lado, dijo San Lorenzo que lo volviesen del otro. El Rey hereje que lo oyó, dijo entonces:

—¡Vaya una arrogancia de español! Y al decir esto, y por castigo de Dios, cayó en la hoguera y se quemó. Mientras se quemaba, decía:

¡Santo y más santo,
Tú vigilia tendrás;
Yo seré condenado,
Y tú te salvarás!

SAN PEDRO

CUANDO el Señor y San Pedro andaban por el mundo, llegaron á una choza, en la que hallaron á un hombre, al que se había muerto su mujer, dejándole tres criaturitas chicas, que estaba muy afligido, tanto más cuanto que era anciano, y estaba con un mal sin cura.

Cuando salieron de allí le dijo San Pedro al Señor que cómo no se compadecía de aquella desdicha, y que si moría el padre, qué iba á ser de aquellos niños. El Señor le dijo entonces que levantase una piedra muy grande que había á la vera del camino. Hízolo así San Pedro, y vió que había debajo una gran cantidad de animales, culebras, salamanquesas, tiñosas, lagartijas, ranas, sapos, erizos, gálapagos, alimañas, y el Señor le dijo; —Quien mantiene á esos animales cuidará de esos niños. Su padre se íes morirá, y serán recogidos por gentes piadosas; uno será Obispo, otro Cardenal y otro Virrey.

Siguieron andando, y vieron venir unos ladrones; como San Pedro era tan medroso, se echó á correr hacia la choza, y se metió en la alcuza; y cuando llegaron los ladrones, dijeron los niños:

San Pedro vino huyendo
De los ladrones;
Se ha metido en la alcuza,
Ya no lo cogen.

EL HOLGAZÁN

HABÍA una vez un hombre que le huía mucho al trabajo. Pasóse el verano holgando, no hizo su agosto, y cuando llegó el invierno se encontró sin polainas y sin tener con qué mercarlas. En este apuro se fué á un compadre suyo, y le preguntó qué le parecía que hiciese. El compadre le respondió que se las fuese á pedir al *Cristo del gran poder*, que era un Señor muy milagroso. Así lo hizo el holgazán; fuese á la iglesia, y le dijo á la efigie del Salvador:

¡Oh Señor del gran poder
Que todo el mundo gobiernas,
Dame, dame unas polainas
Para cubrirme las piernas!
Pero la efigie le respondió:
Soy Señor del gran poder
Que todo el mundo gobierno;
Compra polaina en verano,
Y las tendrás en invierno.

DESPRECIO DE LAS ADVERTENCIAS

HABÍA una vez un hombre que siempre que salía de oír predicar un sermón se ponía á murmurar de los predicadores, diciendo que no hacían más que angustiar el ánimo y entristecer á las gentes hablándoles de peligros, males y castigos, y que tal no era su cometido, sino el de hablar de virtudes y recompensas, y otras cosas por el estilo que dicen muchos, creyendo quizás que á un sermón se va como á una comedia á divertirse.

Acaeció que tuvo este señor que hacer un viaje llevando una suma considerable de dinero. Llegó con su criado á una posada, donde descansó.

Mientras le servían la cena en su cuarto, el criado, que se había quedado en la cocina, oyó que decían aquellas gentes que para llegar al punto donde quería ir el viajero aquel había dos caminos, uno largo, malo y penoso de pasar, pero seguro, y otro llano, corto y hermoso, pero que no era seguro, porque había en él ladrones y malhechores.

El criado, como sabía que á su amo no le gustaban advertencias ni nada que lo perturbase, no le dijo una palabra de lo que había oído, cuando vió que al día siguiente, sin más preguntar, cogió el camino ancho y llano.

No habían andado mucho cuando les salieron al encuentro unos malhechores, que después de robarles los maltrataron y dejaron desnudos, atados á unos árboles sobre un precipicio.

—¡Ay!—dijo el criado,—¡bien sabía yo los peligros y el desastroso fin que nos aguardaba por este camino!

—Pues si lo sabías,—repuso su amo,— ¿cómo fué, malvado, que no me preveniste y diste aviso de los peligros que iba á correr?

—Ha sido, señor,—respondió el criado,— porque siempre he oído decir á usted que los que hablaban de peligros, males y castigos no hacían más que angustiar los ánimos y entristecer á las gentes.

CREACION DE LA GOLONDRINA

EN un día de sabat, que era el domingo de los judíos, fué el Niño Dios, que entonces era muy chiquito, con otros niños á jugar al campo cercano; cogieron barro blanco, y se pusieron á hacer pajaritas, con las alas abiertas, que ponían al sol para que se secasen.

Acertó á pasar por allí un pícaro fariseo que, conforme vió lo que hacían, se enfadó, y les dijo que estaban pecando, pues en día de sabat no se podía hacer nada, y se acercó para con su gran pie pisar y aplastar las pajaritas; pero el Niño Dios dió una palmadita, y todas las pajaritas echaron á volar.

Entonces en la casa en la que vivía el Niño Dios y sus santos padres, pegadas al alero del tejado, cogiendo del mismo barro con el que ellas habían sido formadas, se pusieron á labrar sus nidos, y desde entonces han seguido labrándolos en pobres y humildes casas, á las que llevan paz y ventura.

Cuando los malvados judíos llevaron á crucificar al Calvario á Cristo, nuestro bien, ellas, desconsoladas, le siguieron con las santas mujeres, afligidas y compadecidas cual ellas, y le sacaron las espinas de la corona que por cruel escarnio le habían puesto, y se clavaban en su sagrada frente. Cuando murió su y nuestro Criador, vistieron luto, y se pusieron el manto negro que no se han quitado nunca.

EJEMPLOS

AL frente de una pequeña colección de *Ejemplos* que insertamos en un tomo de artículos religiosos que dimos á luz, pusimos esta advertencia:

«Un ejemplo no es un caso que ha sucedido; pero que se ha transmitido de unos en otros desde muchísimos años, porque el espíritu que lo produjo y la enseñanza que contiene son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime no sólo en la memoria, sino en el espíritu y el corazón, estos ejemplos, aunque son confiados en su mayor parte sólo á la tradición verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial.»

¡SEÑOR, AQUÍ ESTÁ JUAN!

HABÍA un hombre buenísimo, pero muy desgraciado. Cuanto emprendía le salía mal, y mientras con más fervor le rogaba á Dios todos los días cuando iba á misa para el logro de sus peticiones, más adversa le era la fortuna. S a mujer, y después sus hijos, enfermaron, rogó al Señor con sumo fervor los sanara, y se murieron; tuvo un pleito de que pendía toda su fortuna, pidió al Señor con angustia el ganarlo, y lo perdió. Pero, lejos de agriarse ni que decayese su devoción, se dijo:

—Está visto que el Señor no quiere que yo le pida nada; cúmplase su santa voluntad; no volveré á pedirle nada de cosas terrenas.

Y así fué, porque siempre que acababa de oír misa se postraba ante la imagen del Señor á adorarle, sin decir más que:

—*¡Señor: aquí está Juan!* Así siguió mientras duró su santa y desgraciada vida, repitiendo todos los días postrado ante el altar:

—*¡Señor: aquí está Juan!* Murió tranquilamente, y al llegar su alma al cielo repitió su humilde jaculatoria:

—*¡Señor: aquí está Juan!* Y al momento las puertas se abrieron de par en par.

ADAN

LLORABA Adán con tal desconsuelo la muerte de Abel, que el Señor, compadecido, le dijo:

—Consuélate, Adán, pues serás la estirpe de numerosísimas generaciones; van á descorrer la cortina que á tus ojos humanos abre el porvenir y á mostrártelo cual será andando el tiempo.

Entonces, desapareciendo el tiempo y las distancias, Adán, asombrado, percibió el orbe entero poblado de diversos pueblos y naciones. Mucho tiempo las estuvo observando, y después, volviéndose con aumentado desconsuelo al Señor, le dijo:

—¡Señor, Señor: dejadme llorar á Abel! todos son hijos de Caín.

Y era que á todas las naciones las había visto en guerra unas con otras.

Así como cuando la guerra de África incluimos en el *Cuadro* que sobre este asunto escribimos, con el título de *Deudas pagadas*, las canciones que componía el verdadero soldado español, que es el campesino, incluimos aquí este romance, compuesto é impreso por un soldado, natural de Almonte, cuya patrona es la reputada Virgen del Rocío. Ensancha el alma notar el entusiasmo y simpatía con que el pueblo sencillo acoge y lee estos versos, que serían burlados en una Academia; pero cuyo espíritu es el genuino del pueblo, que aún no está corrompido por los perversos ó necios enemigos del catolicismo.

JUSTICIA DE DIOS Y DESENGAÑOS DE ESPAÑA

PRIMERA PARTE

*Salve en verso, compuesta por un soldado andaluz, en las
provincias del Norte, á Nuestra Señora del Rocío.*

¡Dios te salve, bella aurora,
placer de los afligidos,
Madre de Dios verdadera,
Sacra Virgen del Rocío!
Dios te salve, estrella clara,
luminante luz del día,
á quien le debo las gracias,
pues me ha salvado la vida.
Eres patrona de Almonte,
paloma y cándida flor;
siempre te tengo en memoria
el día que entro en acción.
En el triste campamento,
entre la nieve y el frío,
¡cuántas veces te he llamado,
Virgen Santa del Rocío!
Vuelve á nosotros tus ojos,
viéndonos tan fatigados.

Frente de San Pedro Avanto.

Portugalete y Bilbao,
al silbido de las balas
y al ver tantos heridos,
dije: Sacarme con bien,
Madre mía del Rocío!

Uno, por Dios, pide agua
y llevarme al hospital; y otros
dicen: Compañeros,
acabarme de matar.

Revolcándose en su sangre
decían los pobrecitos:

¿Dónde está mi padre y madre
y también mis hermanitos?

Al cabo de algunos días
al fin ganamos la plaza,
que en la Reina de los cielos
teníamos la esperanza.

Una salve te recé
en la acción de Somorrostro,
de lágrimas era un valle,
lo que había entre nosotros.

Era el combate tan grande
que se formó una mañana,
que imploramos el auxilio
á la Virgen soberana.

Tal disparo de metralla
hizo nuestra artillería,
que ganamos la batalla
con la ayuda de María.

Eres la esperanza nuestra
del ejército español,
y por eso en las batallas
le ayuda Nuestro Señor.

En la Seo de Urgel,
viéndonos tan abatidos,
á ti todos suspiramos,

Virgen Santa del Rocío.
Los carlistas levantaron
bandera de parlamento:
les dijo Martínez Campos:
Entregaos vivos ó muertos,
al fin os entregaréis
en cuanto el agua os corte,
porque traigo en mi defensa
á la Patrona de Almonte.
Tomamos la ciudadela
y el castillo en aquel día;
al momento dimos gracias
á nuestra Madre María.
He entrado en catorce acciones
con vuestra estampa en mi pecho;
las balas y proyectiles
no le han tocado á mi cuerpo.
Eres abogada nuestra,
dulcísima medianera,
te suplico se concluya
esta guerra carnicera,
por las gotitas de sangre
que derramó Jesucristo,
y también por tanta madre
que llora por sus hijitos.
Nunca olvides. Madre mía,
al pobrecito soldado,
que bastantes fatiguitas
y trabajo hemos pasado.
Cúbrenos con vuestro manto,
María, llena de gracia,
que yo y mis compañeritos
volvamos á nuestras casas.
Ruego por el sin pecado
de la hermandad de la Palma,
que no muera yo sin ver
á mi madre de mi alma.

Y por aquel sin pecado
de la hermandad de Triana,
que vea á mi padre y madre,
á mis hermanos y hermanas.

Una misita te ofrezco
y dos velas encendidas:
Soy bautizado en Almonte
y es mi nombre Manuel Díaz.

¡Oh, Madre piadosa,
Virgen del Rocío,
máندانos las lluvias que
estamos perdidos!

SEGUNDA PARTE

Españoles, abrir los ojos,
vivir con mucho cuidado,
al cabo de siete años
cuánto, cuánto hemos pasado.

La guerra nunca se acaba,
el hambre y la carestía,
desgracias y mortandades
aumentando cada día.

La flor de la juventud
toda se la están llevando;
padres, madres y hermanitos
cuántos tenemos llorando.

Causa lástima y dolor
tanta plaza ametrallada.
Los comerciantes perdidos,

los artes paralizados,
los pobres trabajadores
cayéndose desmayados.
Castigando está á España
el alto Dios soberano,
pues andamos peleando
primos, parientes y hermanos.
No queremos creer en Dios
ni conocer los castigos;
el lector perdonará
si le ofendo en lo que digo.
Tres años de sequedades
llevamos á la presente,
y si no continúa el agua,
padecerá mucha gente.
Tanto lujo y vanidad,
toros, comedias, funciones,
Dios quiera no llegue el día
que no tengamos camisa.
Las cosechas son escasas,
muchas las calamidades;
Dios nos mire con piedad
si siguen las sequedades.
La Divina Majestad
se encuentra muy ofendido,
y es la causa que se ve
el mundo muy pervertido.
Tenemos las criaturas
hoy un hablar tan grosero,
siempre tenemos á Dios
rodando por ese suelo.
Si tenemos un disgusto
ó alguna desesperación,
lo primero que ultrajamos
el santo nombre de Dios.
Un hablar tan deshonesto
tenemos en este siglo,

hombres, mujeres y niños,
que da vergüenza el oírlo.
Si un hombre ofende á un niño,
aunque pueda ser su abuelo,
la Divina Majestad
rodando por esos suelos.
Ya no se usa oír misa,
ni confesar, ni casarse;
lo que se usa es el lujo
para salir á pasearse.
Hijos del tiempo enviciados,
sin rienda ni sujeción,
sin obediencia á los padres,
sin tener amor á Dios.
Los niños se están criando
que algunos pueden casarse,
sin saberse la doctrina
ni tampoco persignarse.
Poca educación dará
el que no tenga ninguna;
así creerá que Dios
es el sol ó es la luna.
Algunos hombres no creen
de que hay Dios en el cielo;
entonces ¿á qué lo ultrajan
para que ruede en el suelo?
No debía de ser cristiano
aquel que no cree en Dios,
ni tener el santo Bautismo,
porque no es merecedor.
Mira el moro siendo infiel
cuál entra con atención
descalzo por su mezquita
y adora á un zancarrón.
El cristiano es al contrario,
te digo, lector amigo,
por eso Nuestro Señor nos

manda tantos castigos.
Con que, amigos, á la enmienda,
fe, esperanza y caridad,
y se acabará la guerra,
el hambre y la sequedad.

ORACIONES, RELACIONES Y COPLAS INFANTILES

L'ignorance manque de foi.
M. RAYMOND.

Los hombres disipados y groseramente corrompidos se hallan
menos apartados del reino de Dios que los filósofos soberbios y
cuestionadores.

LEGNS.—(*Examen del Cristianismo.*)

La revelación ha sido dada para los sencillos de espíritu y de
corazón, que creen porque *sienten* y no porque *saben*.

CARLOS NODIER.

Ce sont les choses simples qui éroeuvent le plus les coeurs
profonds et les esprits intéllegents.

ALEXANDRE DUMAS.

MAXIMAS QUE REPETIA UN EXCELENTE PADRE Á SUS HIJOS

Presencia de Dios.

Haz lo que hagas.

Busca á Dios en todas las cosas.

Los ojos en el cielo (al acostarte).

Aprende la mortificación, ahora que e inocente.

No seas curioso sino para ser caritativo.

No disputes ni contigo mismo.

Huye de la distracción como de un grande enemigo.

Ociosidad... ni para descansar.

Busca los amigos entre los de tu estado.

Levántate temprano y tendrás buen humor.

El primer pensamiento para Dios (al levantarte).

Aprende á comer lo que no te gusta, y no busques con afán lo que te gusta.

Deja al mundo detrás de la puerta (al entrar en la iglesia).

Las revoluciones son la cobertera de la impiedad.

Todo lo que te sobra es de los pobres.

Piensa que todo lo que tienes de malo es tuyo, y lo que tienes de bueno es de Dios.

No maltrates á los animales, que no pueden pedir consuelo para lo que sufren.

No digas jamás haré, sino hago; ni iré, .sino voy.

No observes las faltas del prójimo, sino sus buenas obras.

No mires lo que has andado, sino lo que te falta que andar.

No mires á los que están más alto, sino á los que están más abajo.

En verano piensa en los herreros, y en invierno, en los que recogen la nieve.

No quieras nada y lo tendrás todo.

No dispongas del día de mañana.

La cera se derrite, y cada gota ¡quién sabe lo que vale! (Cuando tardaba en vestirse para ir al templo.)

El callar es azúcar.

Aprovechar el tiempo, que vale el cielo.

No te afanes por gozar.

ORACIONES Y RELACIONES

INFANTILES

La más corta y primitiva es la que en Valencia enseñan las madres á sus niños al levantarlos por la mañana de su cama, y llevándolos 'medio desnudos y aun medio dormidos, y arrodillándolos ante una imagen de la Señora del Amparo, y haciéndoles balbucear estas palabras:

¡Madre, pan!

ORACION DE LA MAÑANA

Bendita sea la luz del día y
el Señor que nos la envía;
tenga usted muy buenos días.

AL ACOSTARSE

A acostarme voy, sola y sin compañía;
la Virgen María está junto á mi cama:
Me dice de quedo: "Mi niña, reposa, y
no tengas miedo de ninguna cosa."

OTRA

Señora Santa Ana,
de Cristo abuelita,
duérmeme en tus faldas,
que soy chiquitita.
Custodia mi sueño,
no dejes me aflija
ni mal, ni desvelo,
ni la pesadilla.

AL IRSE A JUGAR ANTE UNA IMAGEN DE LA SEÑOR

Madre mía querida,
vuestra esclava soy,
con vuestra licencia
á jugar me voy.
Con vuestra mano bendita,
madre de mi corazón,
aunque soy peccadorcita,
echadme la bendición.

DESPUES DE COMER

Bendito sea el Señor,
que nos ha dado de comer
sin merecerlo.
Todos: Amén.
Como nos da sus dones
nos dé su gracia.
Amén.
Dios se lo dé
al pobrecito que no lo tiene.
Amén.

AL SER LA ORACION

El Angel del Señor anunció á María
(Se reza un Avemaria.)
Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra.
(Se reza otra Avemaria.)
El hijo de Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros.
(Tercer Avemaria.)
Recibid, Virgen María,
estas tres Avemarías
que esta tu esclava te envía.
La primera, por los que están en la agonía.
La segunda, por los que están en pecado mortal.
La tercera, por los que están en la mar ó en peligros de la tierra.
Las pongo en las manos vuestras,
para que nos sean perdonados
nuestras culpas y pecados.
Amén.

AL OIR LA CAMPANILLA QUE ANUNCIA EL VIÁTICO

(Un Padrenuestro.)
En gracia te reciba el alma que te desea.

AL TOQUE DE ANIMAS

Animas benditas fieles,
que en el Purgatorio estáis,
que amargas penas pasais
y tormentos mil crueles,
el Señor que os redimió
tenga por bien el llevaros
á la gloria que os ganó.

AL PASAR EL VIATICO

Jesucristo va á salir,
yo por Dios quiero morir,
porque Dios murió por mí.
Los ángeles cantan,
la Virgen lo adora,
bendito el Señor
que sale á estas horas.

Antes de haber, cual existen hoy, colegios para las niñas, había *amigas*, en las que sólo se enseñaba la doctrina cumplidamente, coser y bordar con perfección, leer y escribir.

Como la enseñanza era sencilla, así lo eran también las arenguitas que en los exámenes (á los que sólo asistían contadas personas) decían las niñas, en las que no brillaba el arte por cierto, sino la más completa sencillez.

Vamos á trasladar aquí algunas, aunque insignificantes, pero graciosas.

Téngase presente que las que hablan son oradoras de cuatro á seis años.

Aquí vengo, no sé á qué,
con mi barba de conejo;

¡ay!, ¡quién se comiera á un viejo
que fuese de mazapán!
¡Ahá!, ¡ahá
como soy tan chiquitita, ya no sé más.
Aquí vengo, no sé á qué,
por darle gusto á mi abuela,
y que me digan las gentes,
anda, niña, que eres fea.
No digo que soy bonita,
ni que tengo garabato,
pero tengo un no sé qué
que engatusa á más de cuatro.
Aunque me dicen mocosa
tengo mi pelo peinado
y lavadita mi cara;
tengo mi guiñar de ojos (los guiña),
tengo mi sacar de pata (saca el pie).
¿Y esta posturita es buena?
¿Y esta posturita es mala?
Pues más de cuatro quisieran
darme un besito en la cara.
Yo soy doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes,
murieron en las milicias
donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros;
beso á usted las suyas, señor caballero.
Aquí vengo no sé á qué,
la maestra lo ha mandado;
¡ay, Jesús! que me ha costado,
¿no se lo dije yo á usted?
un granito de pimienta.
También hace su papel,
perdone vuestra merced,

que como soy tan chiquita
mi relación también lo es.

ASUNTOS RELIGIOSOS

LOS MANDAMIENTOS

Alma, atiende y escucha
estos cantares,
por que corrección tengas
en tus maldades.

Observar diez preceptos
Dios ha mandado,
aquel que los guardare
será premiado.

I

Sobre todas las cosas
has de quererlo,
ni por el mundo entero
has de ofenderlo.

II

Su santo nombre en vano
jurar prohíbe.
Con verdad y justicia,
sí lo permite.

III

Santifica las fiestas
oyendo misa,
sin trabajar en cosa
por muy precisa.

IV

Honrar á padre y madre
también previene,
y ensalza á quien á todo
respeto tiene.

V

Si á alguno mal deseas,
ó bien la muerte,
contra Dios has pecado
y gravemente.

VI

Que seas puro y casto
te manda el sexto,
en palabras, en obras
y en pensamientos.

VII

No quites nada á nadie,
porque lo hurtado
nunca luce, y lo mismo
lo mal ganado.

VIII

Al prójimo no trates
con falsedades,
mentiras, testimonios,
mas con verdades.

IX

El que en mujer ajena
pone el deseo,
al cielo y á su prójimo
ofende á un tiempo.

X

Ten siempre los sentidos
muy vigilantes,
para que el enemigo
no los contraste.
Caridad, fe, esperanza,
son los motivos

que hacen á Dios
y al hombre finos amigos.

JESUS AL ALMA

Si dejarte yo tu cruz
es prueba de amor muy clara,
¿por qué llegas á afligirte,
como si yo no te amara?
Aunque quieras tú dejarla
esa cruz, juzgo que no,
pues á ayudarte á llevarla
¿cuándo me he negado yo?
Pues si á todos favorezco
y sus gemidos me inflaman,
¡cuánto más yo compadezco
á aquellos que á mí me aman!
Si luego que el ser te di,
quise al cielo destinarte,
¿cómo he de dejar de amarte,
si te crié para mí?
Si no dejé de llamarte
cuando de mí te apartabas,
ya que me buscas y alabas,
¿por qué no he de perdonarte?
De que estás á mi cuidado
y no quiero condenarte, —
la mayor prueba te he dado,
que fué morir por salvarte,

CONVERSION DE SAN AGUSTIN

Por las orillas del mar,
según lo afirman diversos,
se paseaba Agustín,
confuso su entendimiento
por la disputa de Ambrosio
sostenida en aquel tiempo.
Va imaginando entre sí,
y estas palabras diciendo:
"¿Es posible el creer yo,
es posible creer esto?
Tres personas, sólo un Dios,
sólo uno y verdadero ?
Que así lo diga mi madre
no me maravillo de eso,
que palabras de mujer
las más se las lleva el viento;
pero que lo diga Ambrosio,
hombre de tanto talento,
eso causa admiración
y en gran confusión me ha puesto."
Estando en estas razones
vió cerca á un niño muy bello,
el que con una conchita
sacaba del mar soberbio
agua, con la que llenaba
un hoyito que había hecho.
"Cómo te estás regalando,
y te estás entreteniendo !
¡Quién fuera como tú eres,
quién de tu edad y tu tiempo!
¡Qué pensamientos me angustian

y turban mi entendimiento!
Di, niño, ¿qué hacer pretendes?"
"Agotar el mar pretendo",
respondió el niño. "Muy arduo
es, hijo mío, tu empeño,
mas te disculpa la edad
y no es mucho digas eso.
Pero, niño, no te canses,
es el hoyo muy pequeño,
las aguas del mar son muchas
y no lograrás tu intento."
Entonces respondió el niño:
"Más fácil es encerrarlas
en aqueste hoyito estrecho,
que no de Dios las grandezas
en humano entendimiento."
Y aquel niño se ausentó
tales palabras diciendo.
Entonces dijo Agustín:
"No te vayas, niño bello,
que me salvas con lo dicho,
que basta para el discreto."

LA ORACION DEL SIMPLE

Había una mujer muy buena y muy devota que tenía un hijo
buenísimo, pero tan simple y falto de memoria, que nunca había
podido aprender sino esta oración:

Señor mío Jesucristo
dueño de mi corazón,

perdóname mis pecados,
que vos sabéis los que son.
Todos á vos los confieso
con dolor y contrición;
oídme en penitencia,
leed en mi corazón,
y pues lo veis traspasado,
echadme la absolución.

Siendo ya casi hombre, su madre le llevó á confesar; pero examinado que fue por el confesor, éste le dijo á la pobre que no podía confesarlo por ignorante y simple.

Madre é hijo se echaron á llorar amargamente, al ver al segundo excluido del Santo Sacramento de la Eucaristía.

Mientras el sacerdote se había revestido para decir misa vio sobre el altar un letrero que desapareció tan luego que lo hubo leído, y que decía:

Absuelve á ese penitente, cuyo confesor he sido yo cada noche.

LA PASION DE JESUCRISTO

EXPLICADA CON LAS PIEZAS DE QUE SE COMPONE EL ARADO (!)

Del arado cantaré,
de piezas le iré formando,

y de la Pasión de Cristo
misterios iré explicando.
La cama será la Cruz, la
que Dios tuvo por cama.
El truhero que atraviesa
por el dental y la cama,
es el clavo que atraviesa
aquellas divinas palmas.
La telera y la chaveta
ambas á dos forman cruz;
consideremos, cristianos,
que en ella murió Jesús.
El timón que hace derecho,
que así lo pide el arado,
significa la lanzada
que le atravesó el costado.
Las belortas son de hierro,
donde está todo el gobierno,
significan la corona
de Jesús el Nazareno.
El yugo será el madero
donde á Cristo le amarraron
y las sogas y cordeles
con que le ataron las manos..
El barreno que atraviesa
la clavija del timón,
significa el que traspasa
los pies de Nuestro Señor.
Los collares son las fajas
con que le tienen fajado;
los cencerros, los clamores
cuando lo están enterrando.
Las toparras que se encuentra
el gañán cuando va arando,
nos significa las caídas
que dió Cristo hasta el Calvario.
El surco que el gañán lleva

por medio de aquel terreno,
nos significa el camino
del Divino Nazareno.
El gañán es Cirineo,
el que á Cristo le ayudaba
á llevar la Santa Cruz
de madera tan pesada.
La semilla que derrama
el gañán por aquel suelo,
significará la sangre
de aquel Divino Cordero.
Casados que tenéis hijos
y habéis oído al arado,
atended á su crianza
y procurad enseñarlos.

AL ECCE-HOMO

El más lisonjero juez
que para su rey ha habido
por interés de su gracia
y por no perder su oficio,
en un balcón de su casa,
azotado y escupido,
para que el pueblo lo vea
puso al inocente Cristo.
Después de noche tan fiera,
amanece el sol teñido
de sangre, y en vez de rayos
puntas de juncos y espinos.

A las llagas de su cuerpo
pegado un rojo vestido,
que también lo hicieran rojo
si fuesen blancos armiños.
Veis aquí, les dice, el hombre
á quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre Eterno:
"Este es mi hijo querido,
aquí lo traigo enmendado."
¡ Oh!, ¡ qué extraño desatino!
enmendar su hijo á Dios
tan bueno y tan infinito.
"Quita, quita —le responden
viejos, mancebos y niños—:
Muera, muera, muerte infame,
pues hijo de Dios se hizo."
¡Ay! ¡Jesús! Hijo de Dios, que
este nombre y apellido
no lo tenéis vos hurtado,
pues sois igual con Dios mismo.
Virgen santa, decid vos
lo que el ángel os ha dicho
y de Cristo los profetas
dijeron por tantos siglos.
Y que ese preso azotado
es aquel que cuando niño
adoraron los tres reyes
y lo llevasteis á Egipto.
Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es hijo,
que puesto que sois su madre
bien valéis para testigo.
Abonada sois, Señora,
todo el bien de Vos nos vino;
bienaventurada os llaman
cuantos son, serán y han sido.
Decid Vos que es el cordero,

Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere
bien merece ser creído.
Decid, ángeles hermosos,
que este es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado,
aunque temblando de frío.
Decid Pedro, Juan y Diego
que á su padre habéis oído,
que es su hijo, en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.
Llegad presto, que dan voces
en aquel falso concilio
para que la vida muera,
que es Dios sin fin y principio.
¡Ay! Virgen, mirad que quitan
á un fiero ladrón los grillos,
y á Jesús ponen al cuello
la soga de mis delitos.
Paréceme que decir,
gloria de los ojos míos,
más quiere el mundo un ladrón
que á Vos, cordero divino.
Mientras le dan sentencia,
almas, con tristes suspiros,
decid á su Eterno Padre
que se duela de su hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
yo soy de la muerte digno;
pero está cerrado el cielo,
no querrá su padre oiros.
Y más que si Vos causáis
su muerte, estará ofendido
de que habléis por su inocencia
siendo el dueño del delito.
Volved á la Virgen Santa,
y acompañad su martirio,

que también mata el dolor
donde no llega el cuchillo.

RELACIONES RELIGIOSAS

A la sombra de un olivo
está la Virgen María
dándole el pecho á su niño,
y el niño no lo quería.
Dime, ¿por qué lloras, niño,
por qué lloras, alma mía ?
—No lloro por los azotes,
ni por lo que me dolía,
lloro por los pecadores
que mueren todos los días,
que el infierno ya está lleno,
y la gloria está vacía.
La Virgen se está peinando
al pie de Sierra Morena,
los cabellos son de oro,
la cinta de primavera.
Por allí pasó San Juan
diciendo de esta manera:
—¿Cómo no canta la blanca,
cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante
si me hallo en tierra ajena,
y un hijo que yo parí
más blanco que una azucena,
me lo están crucificando

en una cruz de madera?
Si me lo queréis bajar
aprisa, en una carrera,
á Nicomedes, á Juan
y á María Magdalena,
también las otras Marías,
la Verónica con ellas,
y los dos santos varones
suban por una escalera,
y bajen á mi Jesús,
mi norte, guía y estrella.
Santa Ana. parió á María,
y María parió á Dios:
diga usted, ¿cuál de las dos
parió con más alegría?
Unos dicen que Santa
Ana, y otros dicen que
María.

ACTO DE AMOR COMPUESTO POR UNA MONJA

Crucificado Amor
en quien mi amor descansa
cuando de amar las penas
me tienen más penada;
crucificado dueño
de aquesta vil esclava,
que á honor de fiel esposa

tu inmenso amor exalta;
mansísimo Cordero,
que cuando más te ultrajan,
sufriendo con silencio,
más tu inocencia clama;
Jesús, amado mío,
vida y bien de mi alma,
á quien mi amor redujo
á ser blanco de infamias;
cuando en la cruz te miro
entre mortales ansias,
de tres clavos pendiente
vertiendo sangre tanta;
la que ofreces amante
en cinco fuentes claras
para regar la tierra
estéril de mi alma;
cuando miro tu frente
de espinas taladrada,
y que tus ojos ciega
la sangre que los baña;
cuando miro tus labios
en quien la esposa santa
quiso imprimir los suyos
á fuer de enamorada,
cárdenos, desunidos,
la sed que te aquejaba
de padecer, explican,
¡ oh, Piedad Soberana!
Cuando así te contemplo
lleno de angustias tantas
y tu sagrado cuerpo
hecho todo una llaga;
si heridas te penetran
tus piadosas entrañas,
á mí herida me dejan
el corazón y el alma.

Herida de tu amor,
herida y traspasada
de un ardiente deseo
de estar crucificada
en la cruz con mi Cristo
mi bien y mi esperanza,
mi amor, mi rey y esposo
y centro de mis ansias.
¡Oh, mi Jesús benigno,
quién se viese engolfada
en ese mar amargo
y dulce á quien te ama!

SAETAS DE SEMANA SANTA

Viendo Cristo que su muerte
se venía tan cercana,
llamó á su Madre prudente,
y con discretas palabras
se despidió de esta suerte:
"Quedad con Dios, madre mía,
vuestra bendición espero,
porque ya es llegado el día
que enclavado en un madero
se cumplan las profecías.
También de mi padre espero
que me dé su bendición,
que voy á Jerusalem
á padecer mi Pasión."
"Hijo, si te fuere grato,

por ti padeciera yo
tu Pasión para aliviarte."
"No, Madre; quedad con Dios,
que no puedo consolar
tal sentimiento y dolor."
Llegó al huerto, hizo oración
por todos los que vivían,
y en santa contemplación
gotas de sangre corrían
para nuestra Redención.
Por el pecador pedía,
entre angustias anegado
en mortales agonías;
un ángel le ha confortado
que el Padre Eterno le envía.
Nuestro amado Redentor
en quien se halla todo bien,
por el hombre pecador
se acercó á Jerusalén
conducido por su amor.
Con una pompa imperial
va el humilde caminante;
para librarnos del mal
á Jerusalem triunfante
entró el pastor celestial.
Puesto Jesús en la mesa,
el pan bendice diciendo:
Este es mi cuerpo, promesa
y gran milagro estupendo
que al Serafín embelesa.
Con el cáliz en la mano
hizo igual ofrecimiento,
y sus labios soberanos
han dejado al Sacramento
para el bien de los cristianos.
Ya lo llevan al Calvario
al són de ronca trompeta,

y el inicuo Pilatos
le ha leído la sentencia.
La cruz le pone por cama
aquella gente maligna,
y luego por cabecera
una corona de espinas.
El sol se vistió de luto
y la lima se eclipsó,
los elementos temblaron
cuando murió el Redentor.
Una corona le ponen
de espinas setenta y dos,
que le traspasan las sienes
y á su madre el corazón.
De tal manera lo vio
que á San Juan le preguntó:
Cuál de los tres es mi hijo
que no lo conozco yo?

COPLAS DE NOCHEBUENA

De frío tiritando
Jesús niño está,
demostrando al mundo
su santa humildad.
Su tierna cabeza
quiere recostar
en un vil pesebre
do pajas están.
Los palacios deja,

porque quiere dar
al género humano
lección de humildad.
A grandes ciudades
ved cómo no va,
prefiriendo á ellas
un pobre portal.
Almas puras, ¿qué os detiene
para venir con fervor
á los campos de Belén
á ver nacer esta flor ?
Todos le llevan al niño,
yo no tengo que llevarle,
le llevo mi corazón
que le sirva de pañales.
Entre pajas nació Dios
que tanto amó la pobreza,
pues si el mismo Dios la amó,
¿quién de ser pobre se queja?
La Virgen Maria
su pelo tendió,
hizo una cadena
que al cielo llegó.
La Virgen Maria
va pisando nieve,
pudiendo pisar
rosas y claveles.
¡Viva la Virgen pura,
viva la Nazarena,
viva nuestra alegría,
viva la Nochebuena!
Los reyes magos vinieron
guiados por una estrella,
y yo, Señora, he venido
guiado por tu luz bella.
La Virgen va caminando
por los montes de Judea,

Santa Isabel la recibe
en su casa, placentera,
y San Juan Bautista
que en su vientre estaba,
se hincó de rodillas
y á Dios adoraba.

**COLECCIÓN DE ARTÍCULOS
RELIGIOSOS Y MORALES**

COLECCION DE ARTICULOS RELIGIOSOS Y MORALES

Á LOS SERMOS. SRES. INFANTES DUQUES DE
MONTPENSIER

SERENÍSIMOS señores: Habiendo oído á varias personas preguntar cuáles eran el objeto, el destino y la ocasión de la obra que por mandato de Vuestras Altezas Reales se está ejecutando en Buena-Vista, y convencido de que son pocas las que puedan satisfacer cumplidamente estas preguntas, me he sentido impulsado á intentarlo, puesto que tuve la suerte de ser yo quien sacase del olvido en que estaba el objeto que promueve esta obra, que conozco su destino, y sé y celebro la causa que la impulsa y activa.

Aunque mi inteligencia, mis facultades y mis pensamientos estén absorbidos y entumecidos por el más acerbo pesar y no puedan auxiliarme en mi intento, el corazón» cuyo sentir no embota sino aviva el dolor, será el que, al ver alzarse este monumento religioso é histórico de entre sus ruinas, movido por su amor á la Religión y al país y por la gratitud que siente hacia sus augustos reedificadores, referirá sin la cooperación de aquéllos, y con la sinceridad y espontaneidad que le son propias, el objeto, el destino y la ocasión de esta obra, aunque carezca lo escrito de todo mérito literario.

En vista de lo cual, suplico á Vuestras Altezas Reales, y ruego á todo el que lea este corto relato, que disimulen su mala redacción en favor de los buenos sentimientos que lo han dictado, que son el amor á la Religión y glorias del país y la ardiente gratitud hacia los augustos príncipes que tanto las aman, atienden y honran.

Ahora que cediendo al deseo de varias personas, sobre todo al de las madres de familia, se reúnen los artículos religiosos que en varias épocas he escrito en un tomo, me permito dedicarlo á Vuestras Altezas Reales, siendo el asunto de que trata lo solo que le hace acreedor á tan alta honra. Al mismo tiempo deseo que esto sea un testimonio, no tanto del respeto que me inspiran las altas jerarquías, no tanto de la admiración que siento por las altas y nunca desmentidas virtudes de Vuestras Altezas Reales, sino de mi tierna gratitud por los caritativos, dulces y delicados consuelos con que la santa piedad de Vuestras Altezas Reales me sostuvo en mi desgarrador infortunio, hasta llegar la admirable hermana de nuestra Soberana á mezclar sus santas lágrimas de compasión con las amargas mías de dolor. La gratitud por tan sublime beneficio de corazón arde cual viva hoguera en mi corazón, sostenida de continuo por el recuerdo, y ansia por hacerse luz para que otros corazones nobles y compasivos bendigan á Vuestras Altezas, como lo hago yo cada vez que respiro.

A los pies de V V. AA. RR.,

FERNÁN CABALLERO.

BUENA VISTA

HACE un siglo que siguiendo, el destino de las naciones, España, que había llegado á ser la primera del mundo, empezó á descender, como desciende á nuestra vista el sol desde el cénit. Pero así como el rey de los astros renace pasada la triste y oscura noche, así las naciones se recobran y levantan de su postración cuando cesan las causas que la originaron.

España, con más glorias que jamás alcanzará pueblo alguno, madre de conquistadores insignes que llevaron la luz á desconocidas y remotas regiones; de artistas eminentes que solemnizaron el culto y dotaron su patria de las maravillas del arte puro y cristiano; España, madre de poetas y escritores que glorificaron su religión y ennoblecieron aún más el espíritu caballeroso de esta nación, haciendo noble hasta al pueblo; España, madre de santos, de guerreros y de sabios sin cuento, subió al cénit, y su destino le dijo: «desciende». Guerras con el extranjero; desleal desunión de las colonias que crió á sus pechos; traidoras invasiones, epidemias, hambres, guerra civil, todas las calamidades se sucedieron unas á otras sin interrupción. ¡Qué extraño, pues, que arruinado el país, empobrecidas las arcas del Estado, talados sus campos, desunidos sus hijos, frío y poco compacto el espíritu público, desatendiese sus grandezas y perdiese su puesto y su preponderancia! Y no obstante, indígenas y extranjeros claman contra el efecto, sin tener en cuenta las causas.

Pero, como ya dijimos, las naciones, como el sol, vuelven á brillar y á emprender su curso ascendente. Las imaginaciones, hartas de estériles y dañinas luchas, se sosiegan; paulatinamente se rehace y purifica el espíritu público, atrayendo á todos dulcemente alrededor

del trono, que aman, y al pie de la cruz, que adoran. Entonces al espíritu público, que siendo genuino es el amor al hogar y á la familia, ensanchado y exento de personalidad, le sucede como al que regresa de una excursión lejana á su hogar doméstico; quiere posesionarse de la herencia que dejaron en él sus venerados antecesores, para que fuese rico y honrado; busca con cariño los recuerdos de su niñez; y ¡cuál es su dolor si halla aquélla destruida, éstos profanados y otros, por su culpa, prontos á sufrir igual suerte! Su sentimiento es grande, pero estéril y tardío, porque destruir es fácil, siendo como es obra de niños y de palanqueta, de incuria y de ignorancia; pero no así el reconstruir, que es obra de oro y de poderosos, de ánimo y de cultura. Así, pues, al ver á sus pies las ruinas de su patrimonio exclama abatido:—¿Quién hace revivir cenizas? ¿Quién da vida á esqueletos?—é impotente desmaya. Pero no, que al modo que la estrella de la mañana anuncia la reaparición de un nuevo día, así anuncian una nueva era á la nación nuestros jóvenes y augustos Monarcas é Infantes con su amor al país, con su celo por las mejoras, con su adhesión á las glorias de la religión y de la historia, con su grande é inteligente aprecio de las artes, con su tolerancia, con su desvelo por los desgraciados, tomando la iniciativa en el renacimiento del legítimo espíritu público en medio de las unánimes simpatías y aplausos del país.

No es nuestro propósito referir aquí todas las señaladas muestras de la religiosa, patriótica é ilustrada munificencia que han dado SS. AA. RR. los serenísimos Infantes Duques de Montpensier á la provincia que tiene la dicha de ser habitada por ellos. Sólo de una, de la más reciente, nos ocuparemos, de aquella con la que SS. AA. RR. solemnizan y demuestran su gratitud al Todopoderoso, así como á la Virgen y á su invicto y santo ascendiente el rey Fernando III, por el nacimiento de un hijo, que será una gloria de España si hereda las virtudes de sus padres y si imita las de su santo y esforzado patrono y progenitor.

A una legua de Sevilla, en la misma dirección que sigue el río, termina el valle en que aquélla se sienta en una eminencia que lleva por adecuado nombre BUENA-VISTA. Vese desde allí extenderse en su llano la ciudad mora engarzada en sus almenadas murallas, tan erguidas y enteras como hace ocho siglos, sin que haya podido

clavar en ellas el tiempo su diente destructor; así es que el pueblo, que unas cosas sabe y otras adivina, cantaba y canta todavía:

Como Sevilla tiene
Fuerzas murallas,
No pueden mis suspiros
Atravesallas.

A la izquierda de Buena-Vista, algo apartado, corre el río, buscando ya de un lado, ya de otro, senda más florida que la que se le presenta entre las áridas marismas para llegar al mar; pero es en vano. Su destino, cual el suyo al hombre, le dice: «Sigue la senda que te tracé». El río prosigue resignado y tranquilo el sendero marcado, reflejando en sus aguas al cielo, ese cielo andaluz que sólo el pueblo ha sabido enaltecer en estos versos tan llenos de religiosa poesía:

La Virgen se subió al cielo
Y dejó su manto azul,
Que cambió por uno negro
Para el luto de Jesús.

En la orilla opuesta del río se acerca para cortar el paso un alto cerro, pero se detiene abruptamente, como obedeciendo á un gesto de su Creador: á sus pies se agrupa San Juan de Aznalfarache, modesto jardín de flores que se crían entre olivos, como brotan las alegrías á la sombra de la paz. Sobre su cresta le pusieron los moros un castillo como un yelmo, y los cristianos, que hicieron de éste una iglesia, le pusieron una cruz como una diadema.

A la derecha de Buena Vista el campo se viste de sembrados, olivares y huertas, entre las que se abre paso el acueducto que desde más allá de Alcalá trae un abundante caudal de aguas. Á la pulcra Sultana que desdeña las de su río.

Nada se oía en aquella altura una mañana de fin del verano de 1248, sino el dulce gorjeo de la alondra que se elevaba cantando en busca de luz, como si su vuelo fuera un canto ó su canto un vuelo. Los olivos que cubren al opuesto lado el descenso del cerro no movían sus ramas por temor de perder su maduro fruto, y sobre las torres de Sevilla brillaba al sol la media luna creciente que en breve debía sufrir su triste menguante.

A poco, y en dirección de Alcalá, vióse acercar un numeroso ejército, sobre el cual tremolaba el airoso pendón que en campo morado ostentaba las nobles armas de Castilla y de León, rematando su asta con la sacrosanta cruz de los cristianos. Acaudillaba este ejército un héroe, un Rey, un Santo. Fernando III, gloria de España, terror del moro.

Detúvose el Santo Rey en Buena Vista y consideró al mirar aquella poderosa y atrincherada ciudad, aquella coraza de argamasa que la ceñía, lo arduo de la empresa que proyectaba intentando su conquista, y lo desmayadas que estaban sus tropas por el cansancio y la sed; pero no por eso decayeron sus bríos, ni se abatieron sus esperanzas, antes levantando su fervoroso corazón á una efigie de nuestra Señora que siempre llevaba consigo, le prometió en solemne voto labrarle una capilla en el mismo sitio en que se hallaba, si, con su intercesión poderosa, alcanzaba hacerse dueño de la ciudad mora.

—¡Valme, Señora!—exclamó con piadoso fervor el Monarca—válme, Señora, que si te dignas hacerlo, en este lugar te labraré una Capilla, en la que á tus pies depositaré como ofrenda el pendón que á los enemigos de España y de nuestra Santa Fe conquiste (I).

Dice la piadosa tradición que entonces el Santo Rey, lleno de fe, exclamó:

Si Dios quisiere,
Agua aquí hubiere;

y dirigiéndose hacia el lado izquierdo de la bajada, en cuyo llano se hallaba con su hueste el valiente caudillo D. Pelayo Correa, Maestro de Santiago, le gritó: *Hinca, Pelayo!* Obedeció éste, y al punto brotó en los sitios en que hincó el Maestro su bastón de mando un surtidor de agua, por lo cual quedó á esta fuente el nombre de la *Fuente de Pelayo*, que lleva hoy (II). Conservóse desde entonces, y se veía en la capilla que el Rey labró más adelante un asta de buey, que fué de la que se sirvieron capitanes y soldados para beber, la que no existe ya, pero que recuerdan haber visto muchos habitantes de Dos Hermanas.

Refrigerados jinetes y caballos, entraron con nuevos bríos en el combate, del que salieron vencedores, y quedaron tan desanimados los sitiados, que poco después se rindieron.

Conquistada Sevilla, el Santo caudillo, fiel á su voto, labró en el sitio marcado la prometida capilla á la Virgen, cuyo auxilio imploró clamando: «¡Válme!» apóstrofe que desde entonces conservó por advocación la Señora que en ella quedó depositada, así como el pendón cogido al moro, que le ofreciera el Santo Rey (1).

Pasó el tiempo, ese lento pero seguro destructor, y el insigne, aunque modesto, monumento religioso é histórico, empezó á deteriorarse, sin que el sentimiento religioso, ni el respeto á la historia, ni el interés y amor propio local se moviesen á impedir que desapareciera aquel testimonio y recuerdo de un hecho inmortal. ¡Por las grietas de sus muros pedía auxilio el Santo monumento! Pero las flores de las parietarias vendaban, sin curarlas, las heridas del tiempo, quien, con la misma ininteligente indiferencia que tiene la desidia, redobla sus estragos, no hallando oposición á sus tristes efectos. Así fué que, cuando iba á desplomarse el venerado santuario, olvidado y desatendido de la gran ciudad de cuya regeneración era monumento, archivo de su mayor gloria, pila de su bautismo (1), herencia de su Santo conquistador, el pobre pueblo de Dos Hermanas, que se halla situado á una legua de distancia, determinó, para no verlas envueltas en los escombros de su santuario, llevarse á la iglesia de su lugar el pendón y la querida Señora, á quien tantas veces, á imitación del Santo Rey y con su mismo fervor, había clamado en sus aflicciones y necesidades: ¡Válme, Señora, válme!

Cuando la capilla no cobijaba ya á la Virgen, cayó derruida, no quedando de ella sino tristes ruinas, mengua de la ingrata era que las hizo y de la olvidadiza que las consentía. ¿Quién te dará razón, generación presente, y á vosotros, siglos venideros, de este hecho y de este monumento religioso é histórico? Los ancianos que lo conocieron y veneraron mueren uno á uno. El eco de Buena Vista, que repetía con el piadoso conquistador de Sevilla: ¡Señora, válme! ha enmudecido; las piedras que formaron el exvoto de un gran rey están esparcidas por el suelo, como lo están en el desierto los huesos del que pereció de cansado, sin que socorro ninguno llegase á él. Nadie sabrá en breve quién fué el fundador, ni cuál fué el origen de la construcción cuyos restos mira con indiferencia, y sólo algún aldeano de la vecina aldea cantará al pasar á su lado:

A la Virgen San Fernando
Esta capilla labró,
Y á los pies de la Señora
Su pendón depositó.

Dice la piadosa tradición que, en su huida á Egipto buscó amparo y descanso la Virgen á la sombra de un olivo. Agradecido el olivo Á tan dulce favor, que desde entonces reconoció, como lo dice el canto de Nochebuena:

La Virgen quiso sentarse
A la sombra de un olivo,
Y las hojas se volvieron
A ver al recién nacido,

ha brotado y crecido espontáneamente entre estas ruinas uno silvestre, como para ampararlas y custodiarlas; mudo é imponente santero, adecuado para serlo de las ruinas de un santuario, pero arraigado en sus cimientos, como lo están el amor y la veneración hacia él en los corazones de los pobres de Dos Hermanas. El suyo ha sido el solo amparo que las ruinas han hallado.

No nos ha sido dado averiguar con certeza la época en que tuvo lugar la traslación de la Virgen y del pendón á la iglesia del referido pueblo. Ateniéndonos á la tradición verbal de sus pobres vecinos creemos que, habiéndose traído á la Señora en procesión de rogativa al pueblo cuando la epidemia de 1800, denominada *la grande*, no volvió á salir de aquella iglesia (1).

Refieren que había treinta y seis agonizantes en el lugar cuando en él entró la Virgen, y que al pasar por las puertas de sus casas, clamando cada cual, lleno de fervor y de confianza: «¡Señora, valme!», instantáneamente se aliviaron, sanando todos á poco, como lo atestigua la devota copla que aun hoy día cantan los [moradores de aquel lugar:

En el día dos de Noviembre
Entró la Señora en su procesión,
Repartiendo de sí una fragancia
Que á todo el enfermo la salud le dió.

La Virgen es atendida, amada y reverenciada por fervorosos corazones en un pueblecito pobre y desconocido; sólo los buenos vecinos de aquel lugar os contarán con entusiasmo el egregio origen

de su Virgen del Valme y las mercedes y consuelos que de ella han recibido. Pero el pendón que conquistó Fernando III á los enemigos de su fe y de su reino, ¿dónde está? ¿Quién sabe siquiera que haya existido entre esas piedras esparcidas alrededor de aquel silvestre olivo? Desatendido, olvidado, desconocido, se preguntará «¿Fuí yo el pendón que conquistó un Rey invicto? ¿Soy la ofrenda de un santo admirable?»

No hace mucho tiempo que los sencillos aldeanos vieron llegar á su pueblo á un joven jinete. A pesar de la sencillez de su traje y de sus maneras, la librea de casa real que llevaban los criados que le seguían les dió á conocer á los pobres atónitos, quienes le rodearon con el interés, la adhesión, respeto y alegría que siente el pueblo por cuanto pertenece á la familia de sus monarcas. El Príncipe real, pues en efecto lo era como hijo del Rey de Francia, como yerno del de España, se apeó y entró en la iglesia precedido por el cura, que se apresuró á anticiparse á los deseos del noble Infante, cuyo nombre unido al de la Serma. Sra. Infanta D.^a María Luisa Fernanda, es tan conocido como bendecido por los pobres.

El augusto hijo de la Reina Amalia hizo que le enseñasen cuanto contenía la iglesia y la capilla de Santa Ana. Se informó y enteró de cuanto quería averiguar, y se despidió del cura y del alcalde, encargándoles de parte de la hermana de nuestra Reina (que quiso dirigir y trabajar con sus reales manos en su restauración), que con este objeto llevasen con las debidas precauciones al noble cautivo moro, al antiguo inválido pendón, á su palacio de San Telmo.

Es conocido y notorio cómo esto se efectuó: ninguno de los que presenciaron la solemne función religiosa que tuvo lugar en la iglesia de Dos Hermanas cuando fueron los Infantes de España á presentar á la Virgen su restaurada ofrenda y contempló aquel pendón consagrado, llevando S. A. R. el Infante asida la robusta asta, cubiertos con aros de plata los destrozos de la polilla y fortalecido por ellos contra los estragos del tiempo, y sosteniendo la augusta infanta en *sus* blancas y delicadas manos las puntas de la tela que tremolara en los combates de moros y cristianos hace seiscientos años, dejó de comprender que un espectáculo tan conmovedor en su esencia, tan bello en su forma, tan poético é ideal

por reunir ambas excelencias, no se borra mientras conserve el que lo presencié un corazón que sienta y una memoria que recuerde.

Pero no bastaba lo hecho al amor que profesan SS. AA. RR. á las glorias religiosas é históricas del país, ni tampoco satisfacía á la admiración v culto que consagran á la Virgen cuyo nombre sólo es una oración, y á su santo ascendiente San Fernando, digno primo de San Luis, rey de Francia.

Con motivo y en acción de gracias del nacimiento de un hijo, determinan hacer reaparecer la capilla, en su misma planta y con su misma sencillez, enhiesta sobre sus ruinas, tal cual estuvo en su origen. Vese en ella un altar, en que está la Señora, y la ofrenda, tan noble y significativa, de aquél que cual no otro alguno probó que el verdadero valor es tanto más sereno y constante cuanto más lo infunde y sostiene la religión.

Se traerá á la capilla la imagen del Santo héroe que la ofreció y erigió, uniendo así sus augustos nietos gloriosos recuerdos de familia á los sentimientos religiosos que los han llevado á reedificar á la Virgen su primitivo santuario.

¿Ha sido esta insigne y dispendiosa obra inspiración del Santo, ó es acaso que la sagrada imagen deseaba volver al santuario que le edificara su regio denoto, y que apareciéndose una noche en sueños á su nieta le dijese: «Yo te valdré, alcanzándote de Dios el feliz alumbramiento de un hijo que llamarás Fernando; pero tú á tu vez, hija querida, valme?»

Es lo cierto que la dulce invocación, la expresiva plegaria *valme*, que es lazo de unión de la tierra con el cielo, santa voz con la que implora la esperanza á la caridad, triste como la desgracia ó el temor, dulce como la humildad cristiana, como el precepto que dice: *píde*, conmovedora como la orfandad, es,, dirigida á la Virgen, tan familiar á los puros y piadosos labios de la Infanta, como lo es á sus benignos oídos cuando el afligido la busca para intercesora con su augusta y poderosa hermana nuestra amada Reina, ó ya cuando la implora el necesitado como espléndida y generosa expendedora de socorros y beneficios.

Ha sido preciso para reedificar la capilla arrancar el olivo silvestre, amparo de sus ruinas; pero no ha sido despedido como intruso, sino trasplantado á los regios jardines de San Telmo como bien

venido huésped. Los altos, frondosos y elegantes árboles que pueblan aquel, sobre toda ponderación, magnífico parque (1), hicieron gustoso lugar al pobre y rústico árbol de las santas ruinas, y las palmeras le saludaron como á antiguo conocido, pues eran vecinos en Jerusalén; y cuando los ángeles de aquel palacio que recorren alegres sus hermosos jardines se acercan al modesto campesino y le dicen con sus frescas y melodiosas voces: «No te pese el no custodiar ya las desamparadas ruinas; nuestros padres las han amparado, las han alzado del suelo y las han devuelto el culto; y pues ellas han recibido sus auxilios, admite tú, buen olivo, el cultivo y los cuidados que te daremos; no echarás de menos la calma que gozabas entre las olvidadas ruinas, porque aquí la hallarás lo mismo entre atendidas flores; no extrañarás nuestras alegres voces, pues acostumbrado estás al canto de los pájaros; consuélete el saber que en el puesto que ocupabas está el altar que han vuelto á erigir á la Virgen nuestros padres;» entonces el olivo les contesta con el grave susurro de sus austeras hojas: «Por eso yo, símbolo de la santa paz, he venido aquí á custodiar la de sus nobles, puras y piadosas almas. Tomad dos de mis ramas; entretejed la una, como genios benéficos, en la respetada corona de reina de la excelsa hermana de vuestra madre; enlazad la otra, cual ángeles del cielo, á la venerada palma de santa de la egregia madre de vuestro padre, y bellas y dulces demandantes de la capilla labrada por vuestro abuelo y reedificada por sus nietos, pedidles para esta obra la augusta aprobación de la Reina y la solemne bendición de la Santa.»

Sevilla, 1859.

LA CAMPANA DEL ROSARIO

Fragmento del diario de una señora, tomado de una novela inédita, y dedicado á su querido amigo el Sr. D. Fermín de la Puente y Apezechea.

Mi más querido amigo: Si he tomado siguiente trozo de entre otros, i que había reunido para completar una novela, ha sido porque he creído que el asunto de que trata simpatizaría á tan antiguo como íntimo amigo, con el que me vanaglorio de concordar, no sólo en sentimientos, sino en ideas; así es que entrego á usted este insignificante brote, como la rama de sauce cuyas raíces están en mi corazón. Admítalo usted con esa bondad tan sin límite de la que me tiene dada tantas pruebas, y con esa parcialidad que tantas veces me ha alentado en mis tareas, y la que siempre me ha llenado de una satisfacción profunda y de una gratitud que me complazco en sentir y en proclamar invariable y eterna.

Bienheureuse la cloche au gosier vigoureux,
Qui malgré sa vieillesse,
alerte et bien portante,
Jette fidèlement son cri religieux
Ainsi qu'un vieux soldat qui veille sous sa tente.
(*Charles Baudelaire.*)

Tal vez no comprendan este lenguaje los hombres, que, ocupados únicamente en los intereses materiales, no toman ya en cuenta las influencias superiores que moralizan á los pueblos y desarrollan la civilización.

(*Monseñor Donnet, Arzobispo de Burdeos.*)

Piensen los descreídos que las campanas son un sonido vano, y creen que sólo sirven de trompas al clero para interponerse en el

curso activo y distraído del hombre. ¿Qué misión, dicen, tienen esas estrepitosas importunas? Si es anunciar una agonía ó una muerte, ¡qué horror!—¿A qué ese intempestivo: *hermano, es preciso morir (I)*? ¿A qué ese MANE, TEZEL, PHARES (II) *jen* el alegre festín de la vida?— ¿Anuncian un bautismo?.. ¿Qué nos va ni nos viene— exclaman—de que nazca al mundo un semejante, ñique entre un alma en la grey cristiana?—Si anuncian las fiestas ó divinos oficios, ¿á qué—piensan—, si no queremos concurrir á ellos?

Sí, sí; así discurren aquellos que, empezando por las campanas hasta llegar á los cimientos, quieren destruir nuestro SANTO TEMPLO, pues ¿cuándo reinó más audaz la agresión, más acerba la hostilidad, más despótica la intolerancia que en el siglo que lleva por pompa vana en sus banderas *filantropía, tolerancia, libertad y derecho del hombre*? ¿Cuándo con más razón podrían exclamar los religiosos católicos, con alusión á sus contrarios: *amargos, amargos hasta que tornaron en hielo la más pura gota de la sangre de mi corazón (III)*?

Estas campanas que tanto molestan al descreído soberbio, son para el pobre humilde, que tan bien las comprende, su lazo espiritual con el mundo; son su consuelo, su guía, su avisador, su calendario y su reloj; son la voz que les habla, y que siempre les dice algo, porque ellas son el conducto por el que comunica la Iglesia con sus hijos, sobre todo con aquellos que, faltos de tiempo, de recursos y de otras comunicaciones, están ignorantes del curso del tiempo y desviados del de los eventos.

Ellas les dicen que hay quien vele sobre ellos y que no están solos ni desvalidos. Les dicen que acudan allí á orar con sus hermanos, según instituyó nuestro SALVADOR la oración, en comunidad. Les dicen que santifiquen allí el vínculo que da honor y posición á la compañera que aman, tranquilidad á su corazón y á su conciencia, estabilidad y respeto á sus amores, puesto y personalidad á sus hijos, formando así EL LAZO DE LA FAMILIA, tan santo como dulce, tan necesario ala vejez, tan útil á la juventud. Les dicen que allá vayan para hacer entrar á sus hijos en el gremio de la Iglesia y en la comunidad humana, dándoles legítimamente el nombre á que su sangre les da derecho, y que no pueden negarles sin hacerse reos de infanticidio moral, y les dicen que allí acudan si

á la hora de la .muerte desean consuelo para sus almas y sepultura para sus cuerpos.

Ellas les advierten al alba que es ya la hora del trabajo ó de la oración, esas dos vías por las que sin tropiezo se llega de esta vida pasajera á la bienaventuranza eterna. Les anuncian las festividades con anticipación, y cada festividad es una enseñanza; anuncian á mediodía las vísperas del siguiente; con ellas, la hora de descansar el trabajador; al caer el día tocan la oración en que, al saludar á la MADRE DE DIOS, dan de mano á su tarea. Les amonestan para que antee de entregarse al sueño y al descanso oren, á fin de que le obtenga eterno el hermano, conocido ó desconocido, que sucumbió. Les convidan á celebrar el bautismo de un recién nacido, así como á alegrarse del tránsito de un alma que al cielo sube sin haber perdido su pureza. Marcan el curso del tiempo, publicando (así como de la vida del hombre lo hacen) la hora que concluyó y la que comienza. Entonces el olvidado mundano exclama: «¡Pasó esta hora! Aprovechemos la que sigue; *el tiempo es un capital.*» Y el pueblo fiel, según el número de los toques, reza: ocho, ó diez.

Once mil veces te alabo
Y otras tantas te bendigo,
Y otras tantas me arrepiento,
Señor, de haberte ofendido.

Anuncian con poderosa y azorada voz la alarma para convocará todos al socorro. Tocan cinco graves campanadas, y el filósofo impío dice; «¡Una agonía!.. ¡qué tristeza, qué angustia! ¡qué importunidad! ¡esto se debía prohibir!» — Pero el bueno y cristiano pueblo dice: «Tocan á *buena muerte.* ¡Dios se la dé!» y reza el *Credo*.

Avisan que va á salir Dios, y el descreído da rodeo para evitar su encuentro que le obligaría á descubrir su cabeza, y el pobre y cristiano pueblo se arrodilla, y sin conocer la voz *filantropía*, reza por su hermano, concluyendo con esta hermosa jaculatoria:

¡En gracia te reciba
El alma que te desea!

¿Por qué, pues, y con qué derecho privaría el que se denomina *filántropo é ilustrado* al pueblo de sus santas misioneras, que algo mejor que sus doctrinas inculcan en él la ilustración y la filantropía verdaderas? ¿Con qué derecho, por qué razones mandarías callar y

prohibiría esas saetas, esos avisos, esas llamadas, esos consuelos, que esparcen desde su elevada altura, y que de tan pura atmósfera descienden á la nuestra? ¡No! no enmudezcas, dulce y poderosa voz que nos unes, nos enseñas, despiertas nuestra memoria, que nos consuelas en nuestras penas, nos acompañas en nuestras soledades y nos amparas en nuestros desamparos. ¿Con que la civilización, que no puede hacer callar el mortífero estallido del cañón, haría enmudecer tu santa y consoladora voz?

¡No, no! Si hay una fuerza vigorosa y razones de conveniencia social que conservan aquéllos, hay un suave, pero inderrocable poder moral que hace respetar esa voz de paz y de misericordia con la que la Iglesia, esto es, la Religión de Cristo, llama á sus hijos. Y así, á imitación del cristiano filósofo, Saint-Martín, que clamaba á Dios: «Padre! ¡Padre! Tantas veces te diré Padre, hasta que me respondas: ¡Hijo!», digamos nosotros á nuestra Santa Madre la Iglesia: «¡Madre! ¡Madre! llámanos por la voz de tus campanas y dinos tantas veces, ¡Hijos! ¡Hijos! hasta que te respondamos todos: ¡Madre!»

¿Mo tenéis en vuestro pueblo una campana que á la caída de la tarde os recuerda y llama á la oración? ¿No la habéis oído desde pequeños en las faldas de vuestras madres? Y cuando os habéis alejado del querido hogar de la casa paterna, «¿no habéis oído el eco suyo resonar en vuestro corazón? ¿No está el recuerdo de aquella dulce voz entretejido con el de vuestros padres, el de vuestra infancia y el de vuestro país natal? Hablo con los que tienen padres á quienes aman y honran, patria á quien quieren con entusiasmo y corazón que guarde recuerdos, como del sol los conserva el cielo en sus estrellas.

Recordad aquella voz inmutable como la de la conciencia, que se esparce y suena lo mismo por el tranquilo ambiente de una tarde de verano que por entre los mugidos del temporal de una tarde de invierno; ¿acaso no os dice nada? ¿Acaso esa voz que entre el bullicio alegre que bulle á sus pies es grave, y entre el estrépito amenazador es serena y ajena siempre á toda influencia inferior, no arrastra vuestra alma á su intangible atmósfera?

Cuando se ausenta el día, y en pos de sí deja el crepúsculo, en esa hora en que ya no deslumbra el sol la vista, y aún no la

entorpece la oscuridad, suena en mi pueblo una campana. Pertenece á una capilla, y su toque sonoro y claro llama cada día, hace siglos, á concurrir al Rosario, ese himno popular á la Virgen, simbolizado en una corona de rosas, de las que canta el devoto y poético pueblo:

¿Dónde está nuestro padre Domingo (I)?

Sus hijos llorosos le van á buscar

Y le hallaron en el Paraíso

Cogiendo las rosas del santo rosal.

Han pasado por el pueblo tiempos calamitosos y tiempos felices, y la campana, sin alterarse ni modificar su sonido, ha seguido llamando inalterablemente cada noche á la oración.

Han entrado en el pueblo enemigos y conquistadores; han imperado contrarios del culto; ha visto á muchas de sus compañeras enmudecer, y á otras bajadas de sus altos puestos y convertidas en monedas de poco valor; pero nada la ha arredrado ni la ha hecho desmayar, y cada noche ha vuelto con santa constancia á levantar su voz y á reunir á los fieles.

El oír su llamada querida es ya un hábito de mi corazón, cuyas angustias tantas veces ha calmado, á punto de equilibrar en mi recuerdo las dulzuras del consuelo con las amarguras de la angustia; y si llegase á faltar su elocuente voz, dejaría para mí, como para otros muchos moradores del pueblo, un vado en el alma, como lo dejaría la muerte de una persona querida.

No siempre han expresado para mí aquellos sonidos lo mismo, sino que en cada situación de mi vida me han dicho una cosa diferente, aunque todas análogas.

¡Cuántas veces pensativa, al ver desaparecer la luz del día, y aguardando la que encienden los hombres, formando un día ficticio, sin rocío, sin arreboles y sin canto de pájaros, frío y eventual como todo lo que es artificial, he oído á la campana, con melancolía y consuelo á la vez, recapacitando y resistiendo las pasadas emociones que me ha causado!

Cuando la oía de niña, es decir, en aquella edad en la que estarse quieta es una sujeción, y es el moverse una necesidad; en aquella época decía la campana, con la misma voz grave que usaba mi maestra: *¡Venid á rezar, venid á rezar!*

—Ya van—pensaba yo entonces—las buenas viejecitas á rezar el rosario.

Esto pensaba, porque siempre que me había llevado allí mi ama, había visto á una anciana pobre, tan aseada, tan devota y tan serena, que se había captado mis infantiles simpatías por ese temprano instinto que lleva á los niños á presentir más bien que no á discernir lo bueno y lo malo.

Algunos años después, cuando adornaba mi cabeza y entretejía mis pensamientos con flores, y cuando deshojaba una margarita profetisa, diciendo en queda voz, al arrancar la hoja: *¿Vendrá?... ¿vendrá tarde?... ¿no vendrá?* oía la campana que entonces decía: *¡Ven acá, ven acá!* y ya concebía yo que aquella llamada que me hacía latir el corazón me prometía más estable dicha que otra alguna. Tan cierto es que la felicidad estriste, porque le es adherente el presentimiento de su inestabilidad.

Tu dis vrai. Le bonheur, amie, est Chose grave; Il veut des coeurs de bronze, et lentements'y grave, Le plaisir l'effarouche en lui jettant des fleurs; Son sourire est moins prés du ríre que des pleurs.

Entonces no sabía definir, ni menos formular con voces lo que sentía, y mi corazón, cual el eco, repetía las de los poetas que á él llegaban.

¡Poco después fuí feliz... como á pocos es dado el serlo! Rodeada de todos los objetos de los más santos amores, oía con delicia la campana, que entonces me decía: «¡Da gracias á Dios, da gracias á Dios!...» Y yo se las daba, porque siempre respondía mi corazón á su llamada.

Pero en breve se realizaron los presentimientos que con invisibles é impalpables alas consigo trae la felicidad.

Llegó un día negro como la noche, angustioso como la duda, triste como una despedida, en el que en lugar de objetos de cariño me vi rodeada de sepulturas; ¡estaba sola y desesperada!

Entonces, cuando el sol se llevaba tras sí la alegría del cielo, como la muerte se había llevado tras sí la alegría de mi corazón, sonaba dulce y consoladora la campana, y me decía: «¡No estás sola, no estás sola!» Y al oirla, el grito se hacía lamento y el sollozo suspiro. Recordaba á la buena y paciente anciana que seguía concurriendo al Rosario en la capilla, y repetía con alusión á ella

esta estrofa de una composición de Mme. Valmore, titulada *La Mendiga*:

Toi que Pon píaint, toi que j'envie,
Pauvre errante de nos hameaux;
Toi qui n'atends plus des mortels
Ni ton bonheur ni ta souffrance;
¡Oh! donne-moi tes cheveux blancs,
Ta marche pesante et courvée,
Ta memoire enfin absorbée
Qui dort comme tes pas tremblants.

Cuando sobre mí cayeron las desgracias, se encarnizó la suerte y se cebó la cruel ingratitud; cuando la realidad no tenía alivio ni la esperanza promesas; cuando en la lucha sucumbía mi ánimo, tu pura y consoladora voz me decía: «¡Aquí hay amparo, aquí hay consuelo!» Y yo te creía.

Persuadióme la amistad á ausentarme de mi patria para aliviar mis males y distraer mi mente; pero mi dolor lo llevé conmigo, y cuando lloraba por mi país, mi sol, mis amigos y mis altares, oía la suave y lejana voz de la campana de mi pueblo que me decía: «¡Vuelve acá, vuelve acá!»

Cuando, embarcada y entregada la frágil embarcación al furor de las olas y del viento se echaba ya de un lado, ya del otro, como un enfermo en un parasismo de ardiente fiebre, temiendo yo que se rindiese por faltarle las fuerzas para seguir luchando; cuando el viento gemía entre las jarcias sus lúgubres quejas; cuando las olas asaltaban la nave y se retiraban para volver con más fuerza, al través de su estrépito fúnebre y aterrador cerraba mis ojos y mis oídos buscando mi mente un ánora de salvación y de esperanza, entonces oía la campana que me decía: «¡Vuelve acá! ¡Aquí hay calma, aquí hay seguridad!» Sí, dulce y serena campana, ¡tú me prometías doble puerto seguro!... y yo recordaba á la anciana pordiosera que, sin alejarse nunca de ti, tan sosegada, hacía la peregrinación del mortal.

Volví á mi pueblo y me apresuré en acudir á la llamada que de tan lejos había oído.

Allí estaba la anciana agobiada por los años, pero siempre puntual y fiel. Yo sollozaba, y vi que también estaba llorando. Las

lágrimas atraen entre sí á los que las vierten; me acerqué á ella, y como el amor es la causa más general y plausible del llanto, le pregunté si había perdido alguna persona querida.

—Sí, he perdido á mi santo bienhechor —me contestó,—y vengo á rogar á Dios por él.

—Hago lo que hace usted— repuse;—lloro y ruego por mi padre, que era también mi bienhechor; ¿quién era el de usted?

La anciana alzó sus apagados ojos al altar y nombró á mi padre.

Aquella campana nos había llamado á ambas á cumplir tan santo deber.

¡Gracias, mi benéfica amiga; gracias por los consuelos con que tu pura y santa voz ha llenado mi vida! Sigue, sigue esparciendo esos sonidos, á los que Dios dotó de tanto poder y de tanta atracción, que á nadie son extraños y á pocos dejan de ser simpáticos, como lo son el consuelo, como lo es la hermandad, como lo es la llamada al bien. No temas no ser oída, que yo te he oído á muchos cientos de leguas con el oído del corazón. Tu recuerdo ha sido para mí como una sonrisa, ya placentera, ya melancólica, y que siempre me recordaba á Dios. ¡RECORDAD Á Dios, RECORDAD Á Dios! Esto mismo dijiste á las pasadas generaciones, esto mismo dirás á las venideras, porque tu voz es imperecedera y tus consuelos son eternos. ¡Oh! que no llegue nunca á destronarte una mano profana y sacrílega, pues tu santa misión es la de llamar y reunir á tu grey, no para conspirar, divertirse, negociar ni desvanecerse, sino para orar, santo deber que puede hallar indiferentes, pero no se concibe que halle contrarios.

¡Campana piadosa, reclamo de la Iglesia de Cristo, voz de la confederación cristiana, único poder que, no de palabra, sino de *hecho*, nos hace, no iguales, sino más que iguales, esto es, hermanos!... No dejes, no, de convocar las ovejas al redil; no te retraiga la fría atmósfera que en el día te circunda, puesto que existen innumerables corazones ardientes y fervorosos cuyo calor abriga tus puras voces, cuya adhesión y profundo amor al culto de que formas parte, al proclamarlo, les sirve de distintivo, de dicha, de virtud, de lauro, de galardón y de magnífica é incontestable denominación, que es la de... ¡FIELES!

¡Madre! ¡Madre! Amonéstanos por la voz de tus campanas á perseverar en serlo, y dinos tantas veces: ¡Hijos! ¡Hijos! Hasta que te respondamos todos: ¡Madre!

SOBRE EL INFLUJO DEL INDIFERENTISMO RELIGIOSO EN LAS COSTUMBRES

ANTES de decir sobre este tema nuestro pobre parecer, creemos deber manifestar que por indiferentismo religioso no entendemos la falta absoluta de religión, sino el no estar apegado á ella, no practicar los preceptos que impone, no seguir sus ritos, no respetar sus usos.

Esto sentado, podremos comparar á la religión con indiferentismo á un árbol sin flores y sin frutos.

Los frutos del santo árbol de nuestra religión han sido siempre, entre otros muchos, el amor, el perdón, el respeto, la conformidad; sus flores han sido los cultos, las preces, los votos, las promesas, en fin, todas las muestras de nuestra devoción y de nuestra fe, ostentadas, veneradas por todas partes en retablos, en ofrendas y en emblemas sobre nuestras personas. ¿Ha concluido el indiferentismo con todas las mencionadas cosas? No necesita confirmación lo que tan á la vista se halla, mediante lo cual conoceremos que bastó sólo el indiferentismo, sin necesitar de la apostasia, para hacer desaparecer del santo árbol las flores y los frutos que diez y seis siglos de catolicismo civilizador habían producido en la religiosa España. Pues ¿de qué sirven las raíces si yacen flojas é inertes y no hacen penetrar su savia en el corazón del árbol para que de él broten flores y frutos? Del mismo modo el indiferentismo religioso, antes de influir en los sentimientos y en las costumbres, empieza por enfriar el corazón de que se posesiona,

como antes de secarse las ramas del árbol se paraliza la savia que las nutría. Es claro (¿quién puede dudarlo?) que este indiferentismo deplorable debe su origen á las máximas que el espíritu antirreligioso ha esparcido sin ambages ni cortapisas para combatir el espíritu religioso, objeto para cuya consecución no se ha perdonado medio, y á cuyo fin hasta se han elaborado ó traído términos exóticos, á los que se ha dado una acogida triunfal como á poderosos auxiliares. Uno de ellos es el de neocatólicos. Por nuestra parte confesamos con toda sinceridad que no alcanzamos á comprender el sentido que tiene esta voz *neo*, que significa *nuevo*, tratándose de la sola cosa inmutable que en el mundo existe, esto es, el catolicismo; no lo comprendemos, es un enigma sin solución. Si se aplica á los que del indiferentismo han pasado al aprecio y respeto debido á la religión, tampoco es exacto lo de *nuevo*, como no lo sería el llamar *nuevo hijo* á aquel que, aunque frío y descastado, al ver atacar y ofender á su madre, acudiese á su socorro, si no por cariño, por honor y por deber, manera que *neocatólico* es una palabra *cu-* De *ruscante*, como nombra el pueblo á los términos retumbantes, y muy sabiamente compuesta, pero muy impropriamente aplicada; un *coturno* modernizado que á nadie le viene, y que queda de muestra en el Ateneo anticatólico.

Cosa parecida ha sucedido con otra palabra francesa, á la que se ha dado aquí carta de vecindad sin que tenga en nuestro país aplicación, sentido, ni aun exactitud geográfica. Esta palabra, que tuvo su origen en disidencias que existieron en aquella iglesia, es *ultramontana*, que se aplicó en Francia á la parte del clero, estricta y rigurosamente adherida á Roma; mas ¿cuándo ha habido disidencias en nuestra iglesia para que aquellos que no han disentido necesiten una denominación que los distinga? En España no» hay más que católicos apostólicos romanos. Los que no lo son, no tienen más nombre que el de sectarios de tal ó cual nuevo sistema filosófico, alemán, escocés ó francés, en fin, de uno de los sistemas hijos de aquella de quien dice el P. Félix: «Entonces apareció una filosofía que no era en sentido riguroso más que la contradicción á Jesucristo.» Ahora bien; como el vulgo ignora el origende estas palabras que ve usadas con la satisfacción con que se estrena lo nuevo, cree cuando se dice *ultramontanos* que se trata

de afrancesados, y cuando *neocatólicos*, que: se habla de una secta que se separa de la unidad romana; y con esa teratología, como nombran los ingleses el uso de palabras retumbantes, lo que se logra es aumentar cada día más la espantosa confusión de ideas que ha introducido en las cabezas la prensa periodística.

Desde que ha faltado el espíritu religioso hemos visto, como decíamos, secarse los frutos del santo árbol, y en su lugar vemos lo que el pueblo en uno de sus refranes califica del mayor mal, que es el descontento de cada cual. En lugar del amor al prójimo vemos arder los ánimos en odios; en lugar de la sumisión, la rebeldía extendida por todo el cuerpo social, como gangrenada y contagiosa erupción; en lugar de la conformidad vemos hacerse endémico el anticristiano suicidio; el perdón, ajeno de los rencorosos corazones, está relegado á la Reina, con gran ostentación de filantropía en cosas que no nos atañen. En lugar de *respeto*, ese freno tan honroso porque es voluntario, ese digno hijo de la cristiana cultura, esa consecuencia hermosa de causas aún más hermosas, tales como la veneración á Dios, el acatamiento á la autoridad y el aprecio á nuestros semejantes, vemos el escéptico desprestigio, el insolente desdén, el osado libelo y dos cosas cuyo solo nombre espantaba como el trueno, y cuya perpetración hería y horrorizaba el ánimo, como hiere y horroriza á la vista el rayo; estas palabras son: *sacrilegio* y *blasfemia*, El indiferentismo religioso nos ha traído á que se oigan estas terríficas palabras sin escándalo y sin espanto, y á que, gradas á la impunidad, se haya hecho común y frecuente la primera, general y costumbre la segunda.

No ha mucho que atravesando un paraje público con una persona amiga, oímos á un niño de diez á doce años que jugaba con otro (¡ojalá no lo hubiésemos oído!), le oímos con el mayor descaro y aplomo maldecir... (¡Dios mío, perdónamelo referirlo!)... ¡tu santo nombre!—Confesamos, y lo tenemos á honra, que se apoderó de nosotros tal espanto y tal temblor, que nos dejó sin voz y sin movimiento; algo repuestos, dijimos en queda y azorada voz á la persona que nos acompañaba:

—¿He oído bien? —Sí—respondió ésta, que comprendió la pregunta;—pero ¿es acaso la primera vez que oye usted una cosa tan común y generalizada?

—Pues ¡qué—exclamamos,—ni la autoridad, ni la policía, ni un hombre cristiano se encuentra que haga retroceder en la boca infame ó ignorante que la pronuncia blasfemia tan espantosa, atrocidad tan horrible que no se oiría en país de cafres! ¡Dios del cielo! ¿Adónde nos conduce este inaudito indiferentismo religioso? ¡Con qué espantosa inercia miran los hombres que en las poltronas, en los escaños y con la pluma quieren todos gobernar y regir al país, este modo de retrogradar á la barbarie!

Todos los días aparecen en las gacetillas de los periódicos relaciones de sacrilegios, de robos en sagrado, que, gracias al indiferentismo religioso, han llegado á ser los más frecuentes de los delitos. Los criminales, para los que nada hay sagrado, aun dado el caso de que siempre hayan existido, ¿cómo es que antes no se atrevían á alargar su mano impía al Tabernáculo? Porque entonces no existía, ni en las altas regiones ni en las bajas, ese fatal indiferentismo religioso; porque entonces, severamente juzgado, perseguido y aborrecido el sacrílego, no hallaba amparo ni en la tierra ni en el cielo, y mancomunadas la justicia divina y la humana, echaban sobre el prevaricador con tal simultaneidad y energía la reprobación, con tal solemnidad el anatema, que llegaba el culpable á horrorizarse á sí mismo tanto como horrorizaba á los demás.

Pero más grata tarea es, teniendo el mismo objeto, la de demostrar la influencia de la religión en las costumbres antes de que el hielo del indiferentismo paralizase su acción.

Nuestros cuadros de costumbres populares han tenido esta demostración por principal objeto, y á ellos nos referimos. Creemos haber puesto en claro, á los ojos de quien los haya leído, la FE, en el *Ultimo consuelo*; el PERDÓN, en *Simón Verde*; la CARIDAD, en *Más honor que honores*; el RESPETO, en *Obrar bien; que Dios es Dios*. Mas, á pesar de eso, como nada es tan concluyente como un hecho, referiremos algunos sucedidos, *auténticos y conocidos*, que probarán cuán lozano estaba el santo árbol á que hemos aludido cuando tales frutos producía; frutos tan genuinamente católicos españoles, que sólo aquí se encontrarían.

EL PERDÓN. — Años atrás vivía en Chiclana una pobre viuda sin más que un hijo mozo, que era su solo tierno y apasionado cariño,

su consuelo, su gloria y su providencia. Una noche entró azorada en su casa una vecina.

—Tía Manuela—le grita,—ha habido pendencia, han matado á uno; el muerto es su hijo de usted; el matador es Fulano, la justicia anda ya tras de él.

Menos fulminante hubiera caído sobre la infeliz madre un rayo del cielo que lo que hicieron estas palabras.

—¡Hijo de mi alma!—exclama enloquecida arrojándose hacía la puerta; en ella es detenida por un hombre de lívido y desencajado semblante con las manos ensangrentadas, que se lanza en su habitación, diciendo en ahogada y trémula voz:

—Tía Manuela, ¡me persiguen, me van á prender, no tengo amparo! ¡Por María Santísima y por la Cruz de Cristo, escóndame usted, que aquí no me han de buscar!

Horrorizada, estremecida, convulsa y con ojos espantados, mira aquella mujer al asesino teñido en la sangre, aún caliente, de su hijo; titubea; se oye tropel de gentes que se acercan á la casa.

—¡Tía Manuela! — dice desalentado el reo,—¡por su salvación! ¡Haga bien y sin mirar á quién! ¡Si usted no me ampara soy perdido!

La madre de su víctima se acerca con vacilante paso á la cama, alza la colcha y hace seña al perseguido de que se esconda debajo de ella. En este momento entran el cuerpo de su hijo, que es puesto sobre la cama debajo de la cual ha hallado asilo su asesino.

La infeliz madre se abraza al sangriento y exánime cadáver loca de dolor.

—Tía Manuela—pregunta el alcalde que acompaña al cadáver,—dicen que ha entrado aquí un hombre, ¿es cierto?

—No lo es—contesta la sublime embustera.

—Ya decía yo que no podía ser— observa el alcalde saliendo de su habitación.

Cuando todos se hubieron ido, alzó la perfecta cristiana la colcha que ocultaba al asesino:

— ¡Sal y huye—le dice,—y Dios te perdone como en su nombre te he perdonado yo!

¿Qué son al lado de esta oscura heroína las que proclama la Fama y cuyo nombre estampa la Historia en sus páginas?

EL RESPETO AL SACERDOCIO. — En época no lejana, por más que lejana parezca á juzgar por su diferencia con la actual, cuando el pueblo (que es una fiera al amotinarse y desencadenar su ímpetu, aun cuando sea á impulsos de un móvil realmente patriótico) se levantó contra los franceses, y en su ira, siempre ciega y cruel, hizo muchas inocentes víctimas, fué una de ellas el bizarro y distinguido marqués de la Solana, por entonces capitán general de Andalucía, injustamente acusado de afrancesado. El pueblo, en su bárbaro é ilegal tribunal, le condenó, y arrastrado el noble prócer por las atroces y sanguinarias turbas entre insultos y vociferaciones hacia el lugar en que debía expirar en infamante suplicio, pero siempre hermoso, entero y erguido, contestando con serenas y desdeñosas miradas á las injurias y golpes que recibía, fué muerto antes de llegar al paraje del suplicio por un pistoletazo que le disparó un enmascarado que se dijo luego ser un amigo íntimo suyo. Dícese que el general le conoció, le apretó la mano en señal de gratitud y cayó desplomado.

Arrancada al sanguinario pueblo su venganza sobre un vivo, quiso, en su despecho, ejercerla sobre un cadáver. Se arremolina: embravecido, se estimula con furiosas vociferaciones, se embriaga con un pseudo-patriotismo inculcado por malvados, coma siempre sucede; pero en este momento atraviesa la compacta muchedumbre, que le abre paso, un hombre débil y pequeño de cuerpo, y acercándose á la víctima, aquel hombre animoso, que era un sacerdote, abre su manto y cubre con él al cuerpo que yacía en tierra, diciendo con firme y serena voz: «¡Apartaos!! este cadáver pertenece á la Iglesia;» y la furiosa turba se paró, y los gritos cesaron, y la compacta muchedumbre se dispersó en silencio, y solos quedaron el poderoso guerrero, vencido por el humano huracán, y el débil hombre de paz, cuya palabra llevada en nombre de la Iglesia había hecho á aquél abandonar su presa y retroceder, como la de Dios á las embravecidas olas del mar.

Recordemos con lágrimas de lástima y de dolor la iniquidad cometida en las barricadas de París en Junio de 1848. El pueblo de la capital de Francia era el pueblo ilustrado que, pasando por el indiferentismo, había llegado á la impiedad; el pueblo de que antes hemos hablado era el pueblo que en medio de sus furiosos

desbordamientos conservaba aún el respeto á la religión y á sus ministros. Desprestigiada la religión en sus ministros por el indiferentismo, ¿quién podrá volver á obrar semejantes admirables prodigios? ¿Dónde se hallará ese magnífico respeto al que habla en nombre de la religión, que hacía retroceder el crimen, callar á las malas pasiones y bajar la cabeza á la ira de todo un pueblo amotinado? ¿Dónde ese poder negado de la fuerza que apaga la tea con el ramo de oliva?

Muchos hechos parecidos podríamos referir; pero no lo haremos por temor de alargar este escrito; basta con los dos sucesos auténticos y conocidos que hemos citado para confirmación y muestra de la existencia y del influjo de los dos más bellos frutos del árbol santo: el perdón y el respeto. Así es que cuando consideramos los tesoros del buen sentido, de sabias y santas máximas, de buenas ideas y de mejores sentimientos que ha impreso la religión de generación en generación en el corazón de los hombres, y las joyas de paciencia, de amor, de abnegación, de compasión y de caridad que ha hecho brotar en el corazón de las mujeres de este católico pueblo, así en los palacios como en las chozas, así en la esfera moral como en la material, se convence uno de que un solo rayo del sol de Dios alumbra mas y mejor que todas las luces que han encendido ni podrán jamás encender los hombres. Ahora bien: si llega el progresivo indiferentismo religioso, hijo de mal padre, á negar, escarnecer y desprestigiar cuanto ha creído, amado y respetado hasta el día la nación que lleva por timbre el dictado de CATÓLICA, Y como resultado de esto pierde sus virtudes cristianas, y con ellas su cultura, su consuelo, su poesía, su conformidad temporal, sus esperanzas eternas, báculo la una, sol la otra de la penosa, senda da los mortales, ¡habrá hecho el siglo XIX una obra estupenda de civilización, de moralidad y de filantropía!

¡Pero no! Dios por medio de su Madre Santísima, augusta patrona de España, y merced á los ruegos de tantos millones de fieles católicos que no gritan, pero que oran, conservará á España en toda su integridad é influencia su religión católica, apostólica, romana, que tan grande, triunfante y noble la hizo le conservará esta religión, la sola que tiene el poder de elevar el alma; á la que únicamente es dado definir la vida del mortal; la sola que es capaz de ablandar el

corazón del hombre que se hace duro en la fortuna, y de fortalecerle en la desgracia en que desfallece; la sola que sabe refrenar las pasiones, ennoblecer la pobreza, y hacer de la sencillez y de las lágrimas *bienaventuranzas*; la que abrió dos puertas á la vida eterna para que todos sin excepción podamos entrar, puertas que son la inocencia y el arrepentimiento. La clemencia del que nos crió y redimió para salvarnos hará que desaparezca este inerte é idiota indiferentismo por su ley y por su culto, y que el santo árbol, vivo y lozano, vuelva á cubrirse de flores y frutos, que podamos presentarle en holocausto; porque, ¿qué otra cosa podemos ofrecerle? ¿un corazón helado que rechazaría?

Amemos, sí, amemos á esta religión en la que se nos ha revelado á sí mismo, pues no es dado al que fue creado crear á su criador; amemos á este catolicismo, directa herencia de Cristo; amémosle en todos sus cánones, sus costumbres, sus ritos, sus cultos, sus ceremonias, su santa comunión de los santos, su venerable cabeza y toda cosa anexa á él, porque todas son santas, significativas, meritorias, tiernas, consoladoras y bien guiadas; todas estrellas y destellos de aquel firmamento en que impera el sol de vida, de justicia y de verdad. Conservemos la santa egida de nuestra religión, la unidad católica, no sólo en la sabia ley que la impone, no sólo en la opinión general que la aclama, no sólo en la costumbre que la hace indígena, sino en nuestros corazones, en nuestra unánime voluntad. Que no crea alguno llegar tarde para afiliarse en esta unidad, que es el tronco del santo árbol, cuyas raíces tan profundamente arraigadas están en el suelo español, unidad que no pertenece á partido político alguno, sino que de ellos es admitida ó rechazada, y pertenece á todos los españoles como el sol que á todos los alumbró y el suelo que á todos los mantiene. Sacudamos todos los que de boca nos decimos católicos, para serlo de corazón, este frío indiferentismo, y como dice el P. Félix, unámonos alrededor del Verbo divino, iluminados por su luz, viviendo con su vida, recitando siempre ese armonioso símbolo, el Credo, cuya majestad va creciendo á medida que se amontonan á nuestros pies las ruinas de los sistemas filosóficos, sobre las cuales entonamos y entonaremos siempre el Credo de la verdad, y de pie, sobre el polvo de todas las filosofías, desechando el paralizador indiferentismo,

repitamos eternamente con la boca y el corazón nuestro glorioso é
inmutable símbolo.

LOS QUE CREYENTES LLAMAN MILAGROS Y LOS DESCREÍDOS LLAMAN CASUALIDADES

DESDE que la filosofía moderna se ha esforzado en hacer á la credulidad sinónimo de simpleza y señal de cortedad de alcances, ha arrastrado en su dañina senda de incredulidad general á la falanje de los necios (ésta forma la patulea de aquel ejército impío). Hay, pues, seres dudosos ó incrédulos de profesión.»

Esta aserción no es del católico autor de este artículo, es del escritor norteamericano Edgardo Poé (1). ¡Que tengan que servir de texto para combatir la incredulidad en nuestra católica España las opiniones de los hijos de un país del que dice Balzac «que en él está la verdadera religión en minoría, y al cual llama triste país de dinero y de intereses materiales, en el que tiene frío el alma!»

La facultad de creer, si otras cosas más sublimes no probase, probaría la *buena fe*, esa salud del corazón, ese buen instinto de la inteligencia, la que denota un hermoso terreno preparado para recibir y hacer fructificar lo que en él se siembre; no que la incredulidad, ese esceptismo que hoy día se ostenta neciamente como señal de ilustración, denota el asolado yermo en el que nada germina, como sucede á los terrenos que esterilizaron las frías y amargas aguas de la mar.

Las hemos citado ya en otras ocasiones, y no podemos menos de repetir aquí las cortas palabras con las que el sabio y tan celebrado autor francés Nodier ha reasumido cuanto sobre esto pudiésemos decir: «*Saber* es quizás engañarse, dice; *creer* es la sabiduría y es

la felicidad; *esperar* es el remedio y consuelo de todos nuestros males; *amar* es toda la virtud. No sé si el Juez soberano tendrá en cuenta la ciencia; pero aseguro y respondo de que los más preciosos tesoros de su gracia pertenecen al candor, á la piedad y á la caridad.»

La incredulidad, para entronizarse, necesita cegar las fuentes del corazón, arrancar sus doradas alas á la imaginación y encerrar de esta suerte los sentimientos como las ideas en el pequeño círculo de hierro de la humana comprensión. ¡Líbrenos el Dios de los cielos de esta prisión, de esta mazmorra, de este sótano subterráneo, sin luz, sin calor y sin espacio!

Estas reflexiones hacemos antes de referir algunos hechos muy conocidos y públicos allí donde han tenido lugar. No son, aunque innegables, artículos de fe, ni es religiosamente obligatorio el creerlos, á pesar de que racionalmente lo es, por ser estos hechos auténticos y constar á infinitas personas. Son cosas que en tiempos de fe se denominaron unánimemente *milagros*, esto es, *obras divinas superiores al orden natural* (1), y que en tiempos de fe pobre y vergonzante se llaman (cuando negar no se pueden) *casualidades*, esto es, *acontecimientos impensados* (1).

Conocida y respetada es la memoria de un varón sabio que murió ha pocos años en opinión de santo en Sevilla. En la época en que el rey Fernando VII restituyó los monjes á sus conventos, ya gozaba este venerable religioso de la fama que consolidó el tiempo, é hizo la apoteosis del pobre exclaustro en su féretro.

Las doctrinas antirreligiosas por aquel entonces ya habían cundido mucho y de prisa, como cunde y crece la mala simiente. Algunos jóvenes que, imbuidos por ellas, sentían la más acerba hostilidad contra los religiosos, se propusieron escarnecer y burlar á aquel *fraile*, á aquel *pancista*, á aquel *ignorante fanático*. A este intento propuso el más osado á sus compañeros el fingirse enfermo de gravedad, mientras ellos requerían al *Padre* para que viniese á auxiliarlo; proponiéndose, por fin de broma, contestar á sus santas palabras con otras que con ellas formasen contraste. Para esta grosera proeza de la impiedad fué escogida una tempestuosa noche de viento y lluvia. A las altas horas de ella llegaron al convento del monje; comunicaron al portero con hipócrita voz el objeto que los

traía, y avisado el Padre, que al punto bajó de su celda, con él se pusieron en marcha.

Después de pasear al respetable religioso mucho tiempo por las calles más enlodadas y extraviadas, llegaron, por fin, al lugar destinado á su impía farsa.

Subieron las escaleras de una pobre casa, é introdujeron al religioso en una habitación, en la que, tendido en su lecho, se quejaba lastimosamente el pretendido enfermo. Los compañeros se quedaron en la pieza inmediata ahogando su hilaridad, y aguardando impacientes el deseado desenlace y gracioso fin de fiesta. Pero la sesión se prolongaba.

—¡Pesado está nuestro compañero!— observó uno de ellos.—¿Si le divertirán los *miserere mei Deus*?

—Deja engolfarse al dómine para sorprenderle mejor—repuso el otro.

—Es que estoy deseando soltar el trapo —dijo el primero.

—Y yo cantarle el *trágala* al reverendo— añadió el segundo.

En este momento se presentó en el umbral de la puerta el religioso.

—¿Y el enfermo?—preguntaron ambos con risa burlona.

—Murió—contestó con serenidad el religioso.

—¿Qué dice usted?—exclamaron ambos— ¿Miente ó se quiere usted burlar?

El Ministro de Dios les miró sorprendido y contestó:—Ni lo uno ni lo otro señores; pero ¿cómo es que habiéndome llamado para auxiliarle en sus últimos momentos, extraña á ustedes su muerte?

Los dos compañeros se precipitaron á la alcoba, creyendo que fuese esto un fingimiento y una peripecia de la broma; pero en su lecho hallaron al que la había promovido, yertas ya sus carnes, inflexibles sus miembros, lívido el rostro, privado, en fin, de una vida impiadosa é inhumanamente profanada.

Esto no es, no, una *casualidad* ó acontecimiento impensado; es sí un *milagro*, esto es, obra divina, superior al orden natural.

Antes que existiese en Cádiz la moderna plaza de Mina, era el terreno que la forma una espaciosa y frondosa huerta que pertenecía al convento de San Francisco, la que, enclavada en las

uniformes y blancas casas de aquella bien labrada ciudad, parecía una esmeralda engarzada en perlas.

La pared de esta huerta formaba entonces con las casas que al frente tenía, una calle tan angosta, que en el mismo Cádiz, en donde todas las calles son angostas, se la denominaba el callejón del Tinte. Antes de concluir dicho callejón, en la plazuela de Loreto, se halla una puerta lateral del convento, de escaso uso y siempre cerrada, sobre la cual había colocada en un nicho una imagen, ante la cual, según piadosa costumbre, ardía de noche una luz, suave y vigilante cuido al que encarga el hombre de velar cuando se duerme, y de orar cuando él enmudece.

Cuatro jóvenes que llevaban una vida disoluta y escandalosa pasaban diariamente al retirarse de noche á sus casas por el mencionado callejón, separándose en la plazuela, para seguir cada cual las distintas direcciones que los conducían á sus respectivos domicilios.

Habían éstos notado por varias veces al pie de la portada y ante la imagen que alumbraba la luz, á una mujer arrodillada, profundamente recogida, silenciosa é inmóvil.

—¿Quién será? — preguntó una noche á sus amigos el más disoluto y más despreocupado.

— ¿Qué te importa?—contestó el más moderado de los cuatro; — será alguna devota que cumpla una promesa, ó una arrepentida que cumple una penitencia.

A la siguiente noche, la mujer se hallaba en el mismo lugar, y en su acostumbrada silenciosa inmovilidad.

—Tengo curiosidad de ver la cara de esa rezadora nocturna—dijo el que ya había demostrado su curiosidad la noche anterior.

—Sería, no sólo un atrevimiento el intentarlo, sería un desacato—repuso su amigo.

Los otros dos fueron de la misma opinión, porque en aquella todavía no muy lejana época, aun en medio de los vicios, conservaban casi todos los hombres el respeto, como en las barcas en deshechas borrascas todo se arroja al mar menos el áncoa de salvamento, que queda intacta en el fondo de la cala.

Pero á la tercera noche ni aun esto bastó á contener al pertinaz, pues, aunque al pasar fronterizo á la arrodillada mujer pudieron

contener sus amigos su osado empeño, cuando, parados en la plazuela, se despedían unos de otros, les dijo:

—No me voy de aquí esta noche sin ver la cara de esta mujer estatua.

—No hagas tal—repuso su amigo;— esa mujer me inspira un alejamiento que no sé si atribuir al respeto ó al temor.

—¿Temor dijiste?—exclamó su amigo— ¿temor dijiste, y te afeitas y gastas espada?

—Ahí verás—respondió su interlocutor,— cómo es á veces el temor de una esfera en la que nada supone la fuerza física.

—Esto aún es más absurdo—contestó el despreocupado—, diciendo lo cual volvió resueltamente la espalda á sus compañeros, desanduvo lo andado, y se entró en el mencionado callejón.

Sus amigos continuaron la poco edificante conversación que antes de este episodio tenían entablada, cuando, de repente, sonó en el silencio de la noche un fuerte golpe. Corrieron presurosos en la dirección que le oyeron, que era la del callejón. Hallaron á su compañero tendido en el suelo ante la portada en que había orado la mujer, la que había desaparecido. Estaba inerte; no tenía herida, señal de violencia, ni lesión alguna, y, no obstante, su pálido rostro estaba marcado por la muerte con su *estampilla real*.

De estos tres amigos, testigos de lo referido, uno murió, otro entró en religión, el tercero, convertido también, quedó toda su vida tétrico, grave y metido en Dios, y en su ancianidad comunicó lo referido al que lo traslada á este papel, no como un acontecimiento casual é impensado, sino como una obra ó disposición divina superior al orden natural.

Todo el mundo conoce, á lo menos de nombre, á Alhaurín, lindo pueblo que cerca de Málaga presenta la sierra como reclamo á los hijos de las áridas playas del mar. Su posición, sus abundantes aguas, que cobijadas en su nacimiento por magníficos sauces llorones se escurren por entre los verdes brazos que las retienen para correr alegres por las calles, comunicando á todo su pura frescura, como los niños comunican su inocente alegría; sus flores, que son como las arenas del mar y las estrellas del cielo, sin guarismo; los infinitos ruiseñores, que son sus trovadores; la multitud de árboles que lo rodean como aparentes cortesanos de tal

monarca; las huertas, que le ciñen como murallas propias de aquel sencillo y hospitalario recinto; la suprema limpieza de sus calles; la poco común bondad y honradez de sus habitantes; su religiosidad, que lo encumbra más que sus montes y lo enaltece más que todas sus otras excelencias, hacen de él uno de aquellos pueblos en el que toda clase de innovación sería como una empañadura en un cristal.

Pero como no existe lugar, por bello que sea, ni ojos, por inocentes que se conserven, que estén exentos de lágrimas, veíase hacia la caída de una tarde, en una de las casas del lugar, á una mujer que lloraba con imponderable desconsuelo.

Era la causa de su dolor el que su hija, niña de cinco años, se había ido aquella mañana con otras niñas á jugar; se habían insensiblemente alejado del pueblo; habían trepado intrépidas por aquellos vericuetos buscando flores silvestres; se habían perdido, y cuando se cercioraron de que lo estaban, pasando, como lo hace la infancia (y suelen hacerlo las mujeres), de un extremo á otro, de la más completa imprevisión pasaron de repente á la mayor angustia y terror. Emprendieron su regreso con desatinada precipitación, y por más que la pobre niña, que era la más pequeñita de todas, se esforzó en seguirlas, llorando y cruzando sus manilas, suplicándoles que no la dejaran sola, el egoísmo (tan incontrarrestable en la niñez) había ensordecido sus corazones, y el miedo puesto alas á sus pies, y la pobre quedó sola y abandonada entre las asperezas de la sierra.

La ausencia de las niñas había sido larga y las madres de todas ellas estaban ya inquietas, y más que ninguna otra lo estaba la madre de la niña chica. Pero, ¡cuál no sería su desconsuelo, cuando, al regresar las demás, notó que su hija faltaba!

Algunos hombres, movidos por el parentesco unos, por amistad otros, y los más por caridad, salieron en distintas direcciones á buscar á la perdida niña; pero la tarde caía y uno tras otro regresaban cabizbajos y sin consuelo para la pobre madre, la que parecía haber perdido el juicio, y que sólo á la fuerza conseguían las vecinas retener para que no saliese en aquel violento estado en busca de su niña.

—¡Hija de mi alma!—exclamaba;—la noche va cerrando y si no se ha despeñado ya, ni se la han comido los lobos, se morirá de angustia; ¡sola en la noche oscura, entre esos breñales! ¡*Madre mía de los Dolores!* —añadía cruzando las manos y dirigiendo su ferviente súplica á la hermosa efigie de esta Señora, que se halla en aquella iglesia y que con tanto ardor aman é imploran los habitantes del pueblo. ¡Apiádate, Señora, de mi niña, la que siempre puse bajo tu santo amparo! ¡Madre fuiste, y corazón de madre tienes para los desamparados! ¡Desamparadas estamos mi niña y yo, sin más esperanzas que en ti! ¡Señora, recuerda que uno de los puñales que á tu santo corazón atravesaron fué la pérdida de tu hijo! ¡Madre, apiádate del mismo dolor que sentiste! ¡Ampara á la hija... consuela á la madre!

—Todavía no han vuelto Juan ni Mateo, —le decían para consolarla y alentar sus esperanzas las compasivas vecinas; pero también regresaron Juan y Mateo sin traerla menor noticia de la niña.

Entonces el dolor de la madre no tuvo límites; aunque oscura la noche, quiso salir á internarse por las agrias y escabrosas sierras. Nada le disuadía de su intento, y habían llegado los esfuerzos de la madre para salir y los de las vecinas y parientas por retenerla hasta ser lucha, cuando se abrió la puerta y en su quicio se presentó con general asombro la niña. Arrojándose á ella con un penetrante grito de júbilo su madre, la cogió en sus brazos, sofocándola con lágrimas y cariños, y cuando la alegría le permitió hacer uso de la palabra, le gritó:

—¡Hija del alma! ¿Quién te ha traído?

—Una señora,—contestó la niña. —Y, ¿cómo fue eso? —Vino y me dijo: ¿Niña, qué haces aquí sola y llorando? Le dije que las otras se habían ido y me habían dejado allí perdida. Entonces me tomó por la mano y me trajo aquí.

—Pero, ¿quién era? —Yo no la conozco. —¿Cómo era? —Muy hermosa. —¿Quién podrá ser? — se preguntaban unos á otros.

—Yo quiero saberlo—exclama la madre— para darle las gracias, para besar mientras viva la tierra que pise.

La noticia de lo acaecido corrió de boca en boca, y todos los habitantes del pueblo acudieron á ver á la niña perdida y á dar la

enhorabuena á su madre. A medida que entraban las mujeres y hasta las señoras de Málaga que estaban allí de temporada, la madre iba preguntando á su hija:

—¿Fue la que te amparó y te trajo aquí esta señora?

Pero la niña, después de mirarlas, hacia cada vez con su cabecita una señal negativa.

A la mañana siguiente tenía la buena cristiana dispuesta en la iglesia una función de gracias por tamaño beneficio, á la que se apresuró á concurrir todo el devoto feliz pueblo. Llevaba la feliz madre á su niña de la mano. Al acercarse al altar en el que estaba la efigie de la VIRGEN DE LOS DOLORES, la niña, desprendiéndose de las manos de su madre, se arrojó al altar, gritando:

—¡Madre, madre, esta es la señora que me tomó de la mano y me trajo á casa!

El efecto producido por estas palabras en boca de la inocente niña fué eléctrico. Todo un pueblo postrado instantáneamente ante aquella Señora, que es el amparo del cristiano que la invoca, los sollozos de las mujeres; en medio de todas las niñas, en pie, alzando sus bracitos hacia su amparadora, y esta hermosa imagen, cual la que representa, dulce, serena, mansa y apacible así en sus triunfos como en sus dolores, así para los que fervientes la adoran, como para con sus desalmados verdugos y detractores, causaba una impresión que se siente, pero no se describe.

Este sucedido, que podrán los descreídos calificar de *acontecimiento impensado*, es una de esas obras divinas superior á lo natural, con la que suele Dios premiar á los que en alas de su fe se acercan á EL

Tocando á la parroquia de San Pedro, en Sevilla, se halla el convento de Santa Inés, fundado por la ilustre señora D.^a María Coronel, la que desfiguró su rostro con aceite hirviendo, no sólo para librarse de la pasión que había inspirado al rey D. Pedro, sino para extinguirla.

La iglesia, que es muy bonita, tiene dos puertas que abren á dos compases. El uno rara vez se abre; en el otro están las puertas del convento, del torno y de los libratorios de las monjas.

El que quisiera saber mejor que nosotros podemos contar el hecho que vamos á referir, que entre en el primero de los libratorios

y con algún motivo ó pretexto pida una entrevista á la madre abadesa. Entonces verá acercarse á la reja una señora anciana, pequeña y afable, en cuyo rostro, de finas y menudas facciones, se hermanan la naturalidad, la inocencia y la inteligencia, como sólo lo hacen en el rostro de las niñas. Allí verá la apacibilidad del ánimo, la ciega confianza en Dios, la verdad desnuda, la imaginación inmaculada, la encantadora benevolencia que por días marchita el amargo hálito del siglo y que allí halla seguro refugio; y entonces, cuando se sienta involuntariamente poseído del más profundo respeto ante la dignidad de la inocencia, se preguntará asombrado: ¿Cómo, por qué y con qué fin pudieron penetrar hasta allí la hostilidad, la violencia y la calumnia de esta antirreligiosa y antipacífica era?

En aquellas vidas, suave y piadosamente uniformes y tranquilas, en las que todo pequeño sucedido toma las proporciones de un acontecimiento, ¿qué efecto no produciría el oír una noche un espantoso estruendo, y cuando las azoradas monjas se reunieron alrededor de su madre abadesa para averiguar su origen, se cercioraron con espanto de que un corredor y el ala del tejado que lo cobijaba se habían desplomado? Sólo pudo este espanto compararse á su consternación. Las rentas que su grande y santa fundadora les había dejado les habían sido arrebatadas en tiempo de *legalidad y de respeto á los hechos consumados*; no podían, pues, poner remedio al mal, y tras de esta galería caerían las demás, y en poco tiempo yacería por tierra la venerable fundación de D.^a MARÍA CORONEL, nieta del rey San Fernando; enterrado bajo sus escombros el incorrupto cuerpo de aquella noble figura histórica, de aquella admirable heroína; desamparadas y sin albergue las pobres desvalidas á quienes ¡a caridad de su fundadora había dotado de un santo y tranquilo refugio.

—No os apuréis, hijas—dijo con sencilla y sostenida serenidad la madre abadesa;—el mal se remediará.

—¿Cómo y por quién? —exclamaron las desconsoladas monjas;—¡si no tenemos medios para ello, ni quien mire por nosotras!

—El cómo, no lo sé—contestó la abadesa;—pero sí sé por quién. Lo será, y en breve, por Dios, nuestro divino Esposo, y por intercesor para alcanzar esta gracia tomemos á nuestro padre San

Antonio, que no hay mejor abogado en el cielo. ASÍ es que hoy empezamos á hacerle una novena con la firme fe de que no se acabará sin que el Santo haya obtenido de Dios el que nos remedie.

Así se hizo; pero pasaban los días de la novena, se repetían las súplicas, se hacían cada vez más fervorosas y acongojadas las oraciones, y la arruinada galería yacía por tierra; las contiguas amenazaban seguirle en su caída y el implorado socorro no llegaba. Todas se afligían, muchas desmayaban; sólo la abadesa permanecía confiada y serena.

—Madre—decían las más acongojadas,— .¿cuando Dios no quiere... santos no pueden!

—¿Y quién os dice que Dios no quiere? concluido la novena de rogativa?

—No; pero concluye mañana. ¡Está vista la voluntad de Dios!

—Os equivocáis, hijas, aún no está vista.

A la mañana siguiente, último día de la novena, avisaron á la abadesa que unos caballeros deseaban hablarle.

Fueron éstos introducidos en el libratorio, y á poco se les presentó afable y serena como siempre la madre abadesa.

—Señora—dijo uno de los caballeros —, don *** ha muerto, y estamos encargados de comunicaros que en su testamento deja un legado de mil duros para este convento.

La cara de la abadesa no se inmutó, ni demostró sorpresa alguna.

—Señora, ¿no sorprende á usted esta nueva? — exclamaron con extrañeza los caballeros.

—No, señor—contestó la abadesa. —¿Cómo es — repusieron ellos—que un acontecimiento tan imprevisto como inesperado, no la sorprende?

—*Porque lo sabia*—respondió siempre serena aquel modelo de firme y primitiva fe.

A los pocos días fué traído el dinero. En el libratorio estaba la efigie del Santo intercesor para recibirlo. Lo primero que apartaron las madres de aquella cantidad, pedida y concedida por la Divina Providencia para la conservación del edificio, fué una pequeña suma destinada á hacer una función de gracias á su intercesor, que, con esa minuciosa y dulce complacencia de pormenores en que se

explayan las almas amantes y candorosas le fué colocada al Santo en la manga de su hábito.

Esto no es casualidad ni acontecimiento impensado: esto es *una obra divina superior á lo natural*, con que Dios sostiene y premia la fe que su Santo Evangelio nos recomienda, y de la que dijo á la mujer enferma que se afanaba por tocar su vestido: *Hija, tu fe te ha sanado*.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE LAS QUE EN LA CRUZ DIJO EL SEÑOR Á LOS NIÑOS

PUEDE que extrañéis, niños míos, el que intente escribir acerca de un asunto sobre el cual hace diez y nueve siglos han escrito tan altos ingenios y tan elocuentes santos. Razón lleváis en extrañarlo, y yo mismo lo extrañaría si otro móvil que el de los sentimientos de mi corazón impulsase mi pluma. Además, otra cosa habéis de tener presente, y es que cada época tiene su lenguaje propio adecuado á las circunstancias; así como el que nuestra religión ha tenido en cada época distintos enemigos de que defenderse, á los que, si bien siempre ha vencido, ha sido teniendo que variar la táctica de la defensa, según lo hacía necesario la táctica del ataque.

El sublime lenguaje de los primeros apóstoles que hablaban á aquellos neófitos de tan ciega fe, de tan ardiente fervor, de tan consagrada sumisión y sana sencillez, si bien en la esencia es el mismo, no es el mismo en la forma que sucesivamente gastaron San Agustín, Santa Teresa, Fr. Luis, Bossuet y Balmes. Este ejemplo en grande escala os patentizará la razón que en la humilde mía me hace tomar la pluma para dirigirme á vosotros en un asunto que, tratando de Dios, está al alcance de todas las inteligencias, así de las más sublimes como de las más simples.

Idea muy equivocada sería si la tuvieseis, niños míos, la de que la religión, como las ciencias, la política y otras materias graves, sea cosa que necesite el concurso de los años para saberse y sentirse debidamente. ¡Pobre del niño que así pensase y acudiese á la

disculpa de su poca edad para eludir ocuparse de ella! Por mí, niños míos, recuerdo el tiempo de mi sencilla infancia, en que me escandalizaba de que en los días de Semana Santa, y muy particularmente durante las tres horas en que agonizó el Señor en la cruz, se ocupasen las gentes de otra cosa alguna.

El conocimiento estaba entonces en mí tan postergado al sentimiento, que no concebía que el hombre hubiese llegado á crearse deberes, ocupaciones y necesidades que no puede desatender sin alterar el orden de cosas establecido, y sólo tenía presente la expresión que había oído decir á un predicador en el conmoviente ejercicio de las Tres Horas, que, para convocar á los fieles á asistir a él, exclamaba bañado en llanto: «[Acudid, acudid todos, que el Señor quiere morir en medio de sus hijos!]

Esta mi manera de ver y de sentir en mis primeros años os probará cuán profundo y exclusivo puede y debe ser el sentir religioso en la infancia, época en que el alma es tan sincera, tan ferviente, tan sensitiva, y en la que con la mayor facilidad se impresiona; la desgracia es que no se sabe sacar partido de estas vuestras encantadoras ventajas.

¡Qué efecto no causaban en mí las Siete Palabras que habló el Señor en la Cruz!

Con vosotros las quiero recordar, y sencilla y brevemente considerar cómo se nos presentan; lo primero, porque bastante objeto es éste; lo segundo, porque las interpretaciones del sentido místico y misterioso que tienen y definen los Santos Padres y los teólogos no están todas á vuestros alcances para entenderlas, ni á los míos para explicarlas. Estadme, pues, atentos, no tres horas, niños, sino un breve rato.

No os lo ruego con objeto de que aprovechéis la altísima enseñanza que de ella se desprende, y me ceñiría sólo á evocar los sentimientos de amor, de lástima, de reverencia y adoración que en esas Tres Horas debemos tributar al Sacrosanto Agonizante, si no tuviese esta enseñanza tan adherida á cuanto pertenece al Dios Hombre, que, aun sin buscarse, se halla, así como al buscar el calor del sol se halla adherida á él la luz.

Postrémonos, pues, al pie del patíbulo de nuestro Salvador, considerando los tormentos que sufrió, y así como al nacer le

trajeron los Reyes de Oriente, guiados por una estrella, oro como á Rey, mirra como á Sacerdote é incienso como á Dios, guiados nosotros por nuestro corazón, que es la estrella que siempre luce entre nuestros nublados sentidos, llevémosle al pie de la Cruz en que expira nuestro amor como á Rey, nuestra veneración como á Sacerdote, nuestra adoración como á Dios y nuestra gratitud como á Redentor. ¡Acudid, pues, acudid, que el Señor quiere morir entre sus hijos!

Antes de empezar este pequeño ejercicio, y con el fin de probaros cuánto mérito tiene á los ojos de Dios y de su Santa Madre el que íes acompañemos en sus tormentos, quiero referiros un ejemplo que patentizará cómo su infinita bondad da mérito á tan sencillo acto, y cómo lo remunera ampliamente.

Había una viuda, pobre y anciana, muy devota de los Dolores de María, que diariamente iba á la iglesia y se ponía ante el altar de la Señora de la Soledad, donde permanecía aun después que concluido el culto, quedaba la iglesia sola, de manera que para cerrarla tenía el sacristán que decirla que se fuese.

—Señora—le preguntó en una ocasión,— ¿qué hace usted ahí todos los días perenne al pie de ese altar después que el servicio divino ha concluido?

—Acompaño á la Señora en su soledad, —contestó la buena anciana.

Sucedió que el solo hijo que tenía la pobre viuda vino á morir, naufragando la nave en que volvía de América. ¡Cómo pintar el desconsuelo de aquella desamparada viuda que quedaba aislada, triste y solitaria con su dolor, como ciprés sobre una sepultura! ¡En vano querían consolarla algunas compasivas vecinas; nada lograban, sino que con más prontitud y más violencia se sucediesen unas á otras las congojas con las que respondía á sus consuelos. Fuéronse, pues, aquéllas, desanimadas, después de darle el pésame, y la infeliz quedó sola con su inmensa aflicción. Abrióse entonces la puerta, y entró una Señora muy hermosa, con manto y toca de luto, acompañada de un hombre bello y joven, con túnica morada, manto rojo y el pelo tendido sobre los hombros, que se quedó en pie apartado. La Señora con paso lento y blando se acercó, se sentó al lado de la desconsolada madre, y con dulces y

bondadosas palabras empezó á consolarla y á decirle tales cosas y con tanta unción, que el consuelo y la conformidad se iban infiltrando en el ánimo de la doliente á medida que las iba pronunciando.

—¿Quién sois, señora? — exclamó al fin asombrada de lo que le pasaba y llena de gratitud hacia la que tanto bien le hacía; — ¿quién sois que con tanta caridad me habéis acompañado en mi soledad y desamparo y tan maravillosamente me habéis consolado?

—Soy,—contestó levantándose la hermosa y digna Señora, soy María, á la que tanto has acompañado en su soledad, que viene á acompañarte en la tuya.

Por lo cual, niños míos, persuadíos que si al Señor acompañáis en su muerte, Él, si no visiblemente, como lo alcanzó el amor y la fe de la pobre viuda, invisiblemente os acompañará en la hora de la vuestra, que es la mayor de las mercedes que puede hacernos y por lo que debemos clamarle toda nuestra vida. Antes de ocuparnos de la agonía física del Dios Hombre, recordemos la agonía moral que antes de principiar su pasión padeció en el Huerto de las Olivas. Conociendo que se acercaba aquélla, el hombre se acongoja; cuanto va á padecer pasa ante su vista con todo su horror, y se estremece. Postrado, y cubierto su cuerpo por la angustia de un sudor de sangre, exclama: — «¡Padre, si puede ser, que pase de mí este cáliz!» y en seguida, volviendo á predominar su naturaleza divina, añade:—«Pero no mi voluntad se haga, sino la tuya.» Esta oración del Huerto, este angustioso combate entre la naturaleza humana y la divina, en que el sueño, símbolo de la indiferencia, se apodera de sus Apóstoles, es de lo más desgarrador entre los sufrimientos de Jesús, así como la expresión con que triunfa la Divina naturaleza es el apogeo de la sumisión.

La falta de sumisión, esto es, la rebeldía, es, niños míos, la causa de todos nuestros males.

Es ella hija del, orgullo, el que para encubrir su fealdad se reviste de un manto de púrpura, y ese vicio del alma que sedujo hasta á los espíritus celestes es el peor de todos los vicios, porque, como os dije, engendra la rebeldía y la falta de fe, formando así los tres una trinidad infernal tan dañina y arraigada, que consigo trae la impenitencia. Por eso, niños míos, es la ley de Dios, y á su ejemplo

la de la Iglesia (y tened eso muy presente, porque es cuestión muy trascendental), y por eso son estas leyes mucho más intolerantes y más severas con los vicios del espíritu que no con los de los sentidos, por lo cual se os perdonará más fácilmente un pecado de golosina que no una falta de caridad, un acto de pereza que no uno de orgullo.

Más entrados en años, sabréis á qué punto los enemigos de nuestra Religión católica han explotado esta sapientísima disposición superior para combatirla ó para profanarla: los primeros, diciendo que los católicos tenían esta intolerancia en los errores del espíritu, con el fin de tener una tolerancia laxa en las faltas de los sentidos; y los otros en sus libros profanos han osado hacer de la adorable benignidad de Jesús para con los arrepentidos una semi-autorización para los vicios, achacando al sacerdocio un espíritu intolerante que dicen en su alta sabiduría no ser el de nuestro Divino Maestro, cuyas palabras de misericordia citan sin rubor. Una de esas expresiones profanadas por la ignorancia ó por la mala fe se repite tan á menudo, que temo haya llegado á vuestros oídos; es la que dijo el Señor de la Magdalena, que sería perdonada porque había amado mucho, dando al amor en general la virtud de salvar. Ningún amor, por bello que sea, tiene esa virtud, niños míos, y así, por mucho que améis á vuestros padres, en ello agradaréis á Dios, pero este amor no bastará para salvaros. Si no lo logra este amor, menos lograrán el amor al oro del avaro, y el del que se embriaga á los licores fuertes, abrirles las puertas del Paraíso. Si Dios perdonó á la Magdalena porque amó mucho, fué porque amó mucho á Dios, á la penitencia, á las lágrimas, y porque aborreció, lloró é hizo penitencia de los amores reprobados que le hicieron, no santa, sino pecadora, porque no es el amor por sí, sino el objeto á que se dirige, lo que le hacen bueno ó malo. Aunque basta el buen sentido para conocer cuanto os llevo demostrado, como este modesto dón falta á muchos brillantes ingenios que os pueden extraviar, por eso me he extendido sobre este punto, para demostraros toda su falsedad, y por este ejemplo podréis graduar lo errado de otros muchos asertos de los que citan textos sagrados.

PRIMERA PALABRA

El mismo Señor, puesto ya en el afrentoso patíbulo, no se indigna, sino se estremece del espantoso deicidio cometido en su persona; pero esto no lo lleva á emplazar al Tribunal Supremo á los que vociferaron *Crucifícele*. No encarga al tiempo que aclare su inocencia; no protesta de la inicua sentencia; no hace alarde de valor, ni aun recuerda al hombre el beneficio que va á reportar la humanidad de su sacrificio; todo esto hubiera sido humano, y sus divinas palabras son: “¡Padre, perdónalos!” y como si no bastase rogar é interceder por tan inicuos enemigos, por tan crueles verdugos, la dulce Víctima los disculpa, añadiendo “que no saben lo que se hacen”; esto es, la inmensidad en la misericordia, la que, si no adorásemos á Jesús como á Dios, adorarlo nos haría como hombre. Si queréis en algo pagar al Salvador tanto amor, no sólo perdonad generosos, sino disculpad benévolos al que os hace mal, y grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón esta su primera palabra: *¡Padre, perdónalos!*

SEGUNDA PALABRA

Ve el Señor á su Santa Madre que le había seguido al Calvario. ¡Qué sentimientos de gratitud, de lástima y de amor no despedazarían entonces su corazón! Considera lo que sufre y lo abandonada que queda, y mirando á su lado al más querido y más culto de sus discípulos, joven y bello de persona cual él, expresa así su última amante voluntad: *Mujer, ve ahí á tu hijo*, esto es, el que hará mis veces. Considerad la sublime delicadeza de corazón que le hace decir: *mujer* y no *madre*, persuadido que el tierno dictado de

madre en aquellas circunstancias hubiese hecho morir á la suave y tierna criatura que mereció ser la suya. Después, como si esto no fuese bastante, añade dirigiéndose al amigo: ¡*Ve ahí á tu madre!* ¿Sublime testamento que enaltece los deberes filiales á virtudes divinas! Considerad, pues, niños míos, que el amor y solicitud filial son méritos de los que nos da el Señor ejemplo hasta en los momentos últimos de su vida; grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón que la segunda palabra del Señor en la Cruz es el más alto encumbramiento de la solicitud filial.

TERCERA PALABRA

“Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”, clama el criminal convertido en la Cruz. No tenía Dimas su alma tan pervertida que desconociese ú odiase lo bueno. Empieza por admirar la resignación y mansedumbre de Cristo; recapacita entonces que no había delito alguno que motivase el suplicio que sufre; reconoce los que él ha cometido, y los confiesa al reconvenir á su compañero que ultraja á Jesús. La luz entonces se derrama en su alma, comprende la divinidad del Salvador y que su reino no es de este mundo; le implora para que se acuerde de él cuando en su reino impere, y Jesús, que no puede negar la salvación del pecador en el momento que por ella se inmola, se la concede plena, completa, sin expiación (ó sirviéndole para ella el cruel martirio que sufre), y le responde estas dulces y enajenadoras palabras: *Hoy serás conmigo en el Paraíso*. Esta tercera palabra es el eterno consuelo del pecador, y ambos criminales son la muestra de la penitencia é impenitencia final. Pero no aguardemos á la última hora para clamar á Jesús nuestro Bien, que no sabemos si nos dará lugar, ni tenemos la disculpa que tenía Dimas, la de no haber conocido antes á nuestro Salvador; y grabad, niños míos, en vuestra memoria, é imprimid en vuestro corazón con la tercera palabra del Señor que absuelve, las

del buen ladrón que merecieron tanta gracia: *¡Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu reino!*

CUARTA PALABRA

Pero el martirio del Señor aumenta; sus fatigas redoblan, gravitando el peso de su cuerpo sobre las heridas de los clavos, que con eso se ensanchan; desangrado por ellas y por las que le han abierto los azotes en las espaldas, sus congojas le hacen agonizar; no puede ni vivir ni morir, y un clamor acongojado se lanza de su corazón hacia su eterno Padre: *¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?* ¡El desamparo fué el que arrancó al paciente héroe de la caridad su sola queja!

Cumplido por entero el sacrificio, al que no debió faltar para completarlo á este el más amargo de los desconsuelos, su dulce beneficio nos proporciona da sin par felicidad de que jamás nos veamos desamparados por El cuando le invoquemos. Para nunca dejar de hacerlo, grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón ese doloroso lamento del que nos rescató á tanta costa, y repetid siempre: *¡Señor, no me desampares!*

QUINTA PALABRA

Cuando en los campos de batalla agonizan los moribundos, desangrados por sus heridas, el tormento de una sed devoradora que sobrepuja á los de sus dolores y fatigas les hace clamar en el estertor de la muerte: “¡Agua!” Exhausta de sangre la sacrosanta

Víctima, con igual tormento y ansia gime: ¡*Sed tengo!* Si estos desgarradores detalles de un suplicio los oyésemos con referencia á un criminal odioso, ajusticiado en la actualidad y en nuestra cercanía, por cierto que nuestros ojos verterían copioso llanto de compasión, y nuestra justa indignación hacia sus verdugos no tendría límites ; y oímos y consideramos los de la Pasión de nuestro Salvador, el inocente, el justo, el manso Jesús, nuestro Dios encarnado, que la recibió por el hombre y sufrió por el hombre, ¿y no se nos parte el alma de compasión y no se nos quiebra el corazón de dolor? ¿Cómo le pediremos compasión para nosotros, si la negamos á El? Cuando os creáis, con razón ó sin ella, víctimas de la dureza, de la ingratitud ó de la indiferencia de los hombres, recordad que Jesús, que nada pidió á los hombres y tanto bien les hizo hasta dar la vida por ellos, tuvo sed, y que los hombres respondieron á este clamor dándole hiel y vinagre, y desaparecerá la irritación de vuestra alma. Con este fin, y con el de tener presente el exceso de sufrimiento que agotó vuestro Redentor en su suplicio, grabad en vuestra mente é imprimid en vuestro corazón esta quinta palabra: ¡*Sed tengo!*

SEXTA PALABRA

Siente acercarse el momento de expirar el Hombre Dios, en el que no ha perturbado la agonía el conocimiento, y dice con referencia á su sacrificio: ¡*Consumado está!* Ve millares de criaturas que á su imagen creó para el bien, y que el espíritu del mal sedujo para sí; que redimidas por este sacrificio y convertidas por su sublime doctrina, suben á su gloria y alcanzan la bienaventuranza, y halla consuelo en considerar que está consumado el sacrificio, con el cual, sin faltarse á sí mismo en su justicia, puede satisfacer su misericordia y abrir las puertas de las cárceles del pecado y las del cielo. ¡Consumado está el sacrificio, cumplida la inmutable ley de la

expiación! ¿Por dónde ha merecido el hombre tanto amor que tan mal paga, tanta clemencia que tan poco agradece? ¿Qué sacrificio hace en obsequio y retribución del que le ha dado la vida eterna, que, aunque pequeño, le diese causa á decirle á su vez: por amor tuyo, *consumado está?* Algunos mezquinos nos prescribe la heredera de su doctrina y enseñanza, la santa Iglesia, y el hombre, siempre soberbio y siempre insumiso, halla por lo regular excusa, cuando no rebeldía, para no hacerlo, y van muchos más allá y se burlan de ellos, y con ellos de Jesús, que autorizó, sometiéndose á él por cuarenta días, el ayuno. Si no es culto, si no es obediencia, si no es santa institución el ayuno, ¿por qué se sometió á él el Divino Maestro?

Una cosa ofrezcamos al Dios de amor y de clemencia, y sea la de no aborrecer á sus enemigos: sacrificio grande es, pero hagámoslo por amor á Jesús, que tanto les amó. En lugar de irritarnos contra estos enemigos que, como auxiliares suelen tener el insulto, el escarnio y el desdén, demostrémosles interés y mansedumbre, y cuanto más nos cueste el sacrificio, afanémonos más en hacerlo, para después poder decir al Señor: ¡Por Ti, consumado está!

SÉPTIMA PALABRA

Después de este acto de amor á la criatura vuelve el Señor hacia el cielo su corazón, y su última palabra es la mayor de las enseñanzas que nos deja: la de bien morir. *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu;* estos son los últimos acentos de aquella voz que del cielo bajó á la tierra; entonces, después de tres horas de la más cruel agonía, inclinó su soberana cabeza, coronada por el hombre de espinas, sobre su pecho, y expiró.

No vamos á reconvenir á la humanidad por haber dado lugar á este terrible sacrificio, ni al pueblo hebreo, siempre ingrato, por haber cometido su nefando deicidio; nos ceñiremos á reconvenir á

los cristianos por la frialdad con que lo recuerdan en su lúgubre y glorioso aniversario, el Viernes Santo. Verdad es que la Iglesia lo conmemora solemnemente; verdad es que enmudece la voz de sus campanas como si en este día sólo supiese gemir. Verdad es que la milicia, la institución humana más amante de la Religión, enluta sus banderas, pone sus armas á la funerala y ensordece sus trompetas y tambores. Verdad es que numerosas y ricas cofradías, que voluntariamente costean sus cofrades, sacan con pompa y solemnidad á la espectación y veneración de la inmensa muchedumbre la efigie del Crucificado; pero ¿es acaso con la piedad, el fervor y el respeto con que instituyeron éstas y concurrían á los cultos nuestros antepasados ? No. En vista de la frialdad y esparramiento con que á estos cultos se asiste, creería que se repiten por rutina, si no por peores causas, y es esto á punto de dar pábulo á los tibios ó religiosos para opinar por su abolición, movidos á ello por un respeto falso ó fingido. No se quiera, por Dios, abolir prácticas santas en su significado, venerables en su origen, por no coincidir con el espíritu del siglo; pero trabájese en hacer que armonice el espíritu del siglo con la devoción y recogimiento que deben acompañar á estas públicas y tiernas demostraciones, y hágaselas triunfar del espíritu del siglo, si se le opone.

No creáis, niños míos, que este espíritu sea el de la cultura, porque veis poseídos de él á los hombres elegantes; no os creo tan faltos del buen sentido que vayáis á buscar la fuente de la cultura en una sastrería, ni su esencia en los figurines de la moda. La cultura la forman unidas la elevación de las ideas, la nobleza del sentir y el buen sentido en el saber y en el pensar, y así su legítima y pura fuente es el Evangelio, y aquellos que le dan otro origen la degradan y bastardean.

Empecemos por dar ejemplo de compostura y veneración, honrando así á nuestro Dios, en cuyo recuerdo se hacen estos públicos cultos, é introduciendo por este medio las ideas y sentimientos religiosos en las masas ignorantes, lo que será más grato al Señor y más beneficioso para el pueblo, que no opinar y perorar en favor de su abolición. Que no se obstruyan (siempre por respeto) una después de otras todas las vías que han ingerido en este pueblo hasta en sus últimos y más recónditos asilos el

conocimiento de su Dios que ama el estar entre los humildes. A vosotros, jóvenes, para los que ya el siglo XIX y sus rancios errores son viejos, y ante cuyos no obcecados ojos aparece en la actualidad como una bella ninfa huyendo del espíritu volteriano como de un viejo sátiro, á vosotros, niños míos, está encomendada la bella y culta misión de regenerar la religión, tristemente entibiada por los errores de la filosofía anticristiana, que cual turbias aguas de impuras fuentes exhalan nocivos vapores en la pura atmósfera religiosa que enfrían y corrompen. Como las cosas de los hombres son perecederas cual ellos, estas ideas anticristianas que tanto daño han hecho á la humanidad habrán pasado desechadas por la sociedad, recuperada de su vértigo y anatematizadas por causa de los daños originados por ellas. Entonces, sin contrarío, podréis levantar unánimes y pacíficamente muy alto el pendón de nuestra santa Cofradía del Crucificado, y atentos, conmovidos y devotos, cuando después de las tres horas de su cruel agonía veáis pasar con toda su pompa y aparato el entierro del Mártir de la caridad, del Ungido del Señor, del Hombre Dios, podréis repetir, si las grabáis en vuestra mente é imprimís en vuestro corazón, aquellas palabras, últimas que pronunciaron sus sacrosantos labios; aquella amante súplica, siempre aplicable, siempre santa, siempre provechosa :

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

EL VIERNES SANTO

Nisi credideritis, non intelligetis.

Espíritu Santo.

Saludémoste ¡oh Cruz! firme esperanza,

En estos días tristes, dolorosos,

Acrecienta la gracia á los piadosos

Y el perdón de su culpa al reo alcanza.

(Himno que canta la Iglesia el Viernes Santo después de la adoración de la Cruz.)

LA FE

LA fe, Señor, es el mayor de tus soberanos dones. Por medio de la fe pones á tus criaturas en comunicación contigo, porque ella traspasa la prisión en que nuestros sentidos sujetan nuestra inteligencia, y salva el estrecho círculo de la razón humana; ella nos proporciona así tu santo conocimiento, nos explica nuestro ser y nuestro destino, esta vida y la otra.

La fe nos salva; es el triunfo de la santa sumisión de los ángeles sobre el orgullo de Luzbel.

En vano han querido los hombres en su orgullo crear una fe humana, práctica y soberbia. De aberración en aberración han llegado á la locura sin poder hallar aquellos que la desecharon ciega

y dócil, sin estas propiedades que forman su esencia, cosa que la sustituya.

El Viernes Santo empero es el día de la fe cristiana, de la fe divina.—Se respira en el aire, se siente en el silencio y en la solemnidad que, como unánime señal de veneración y respeto, llena el mundo que por galardón lleva el nombre de cristiano. En este agosto día enmudece el ateo; en este día solemne calla el descreído, y no osa unir su blasfema voz á la de los judíos en su clamor deicida: *Crucifige eum*, y en este día, aunque viste de luto la fe, es en traje de reina. Sí; viste de luto y llora, y con ella la Iglesia y todos sus hijos, y cuando al oír en los santos oficios del día estas sencillas palabras en la pasión referida por San Juan, el apóstol querido: *Habiendo Jesús tomado el vinagre, exclamó: TODO ESTÁ CONCLUÍDO, y bajando la cabeza rindió el espíritu*, póstranse sus redimidos con profundo dolor y respetuosa adoración al pie de la cruz, ¡glorioso patíbulo, trono de la fe, apogeo de la caridad, amparo de la esperanza!

En este día, el más propio para implorar la misericordia del Señor, ruega la Iglesia por ella misma, por su cabeza el Santo Padre, por el Rey, por los catecúmenos, por las viudas, por todas las necesidades, por los cismáticos, por los judíos, por los paganos; ¡á nadie olvida, á nadie excluye esta Santa Madre que tantos ingratos olvidan, de la que tantos ilusos se alejan!

Hay tres horas en este día más solemnes aún que las otras, que son aquellas tres en las que agonizó nuestro Salvador en la cruz y en las que pronunció la Víctima de expiación las siete palabras que resuenan hoy en todos los corazones cristianos. En ellas se quejó de la sed, pero no de sus verdugos; halló paliativo al espantoso deicidio, y no lo pidió para sus sufrimientos; buscó amparo para su Madre humana, y lo pidió para sí á su Padre divino; prometió su reino al pecador convertido, ansiando al derramarla que los hombres cogiesen el fruto de su sangre; fueron las últimas de suprema caridad y sublime satisfacción al sentirse morir: “Todo está cumplido”, dijo, y bajando su cabeza, coronada de espinas, sobre su pecho traspasado por una lanza, expiró, dejando al mundo redimido con su sangre, y regenerado con su enseñanza.

—¡Todo estaba cumplido! Inclúyanse entonces también nuestras cabezas como la de la sagrada Víctima, y un nuevo dolor parte nuestro corazón al ver al pie de la cruz la pálida Madre que no abandonó á su hijo. Del afrentoso patíbulo baja á los brazos que al nacer le sirvieron de cuna el cadáver del primer Mártir de la *Nueva Ley*, que al morir le sirven de féretro,—y después queda sola la pura Madre de Dios humanado, vestida de luto, clavada en su pecho una espada, símbolo del dolor que la traspasa, y así la apellida la religión *Virgen de la Soledad* y la acompañan en ella con el sentido himno:

Stábat mater dolorosa
Juxta crucem lacrimosa,
mientras la devoción popular escucha en la calle al pobre ciego, intérprete de sus sentimientos, que en este augusto día alza á intervalos tristemente su voz en las extrañas y lúgubres modulaciones de las conmovientes saetas con este y otros recuerdos de la Pasión del Señor:

Una corona le ponen
De espinas setenta y dos,
Que le atraviesan las sienes
Y á María el corazón.

¡Ángel de la tierra escogido para tanta gloria y para tanto padecer! ¡tan humilde en tu grandeza como mansa en tus sufrimientos! Tú que nunca te muestras severa ni desviada, sino que siempre amparas y consuelas, tú clemente, tú piadosa, tú misericordiosa, que estás al pie de la cruz dolorosa y llorosa, que tantas lágrimas derramaste, que por advocación te pusieron los fieles *Virgen de Lágrimas*, recibe las que en este día derramamos contigo y con la Iglesia, y preséntalas á tu Hijo unidas á las tuyas, como los granos de arena adheridos á las perlas sacadas del fondo de un mar de amor, é inclina su oído á esta nuestra súplica: Señor, pendiente en el árbol de la cruz, ¡oye nuestros ruegos! ¡Mira por la Iglesia nuestra Madre y por su santo Vicario nuestro padre! Ampara al pueblo cristiano, y para que no sea perdido para nosotros tu divino sacrificio y tu preciosa sangre, concede lo que con tu Iglesia te hemos pedido en el Domingo de Ramos.

Aléjanos del fuego de las contradicciones; modera en nosotros el exceso de pasión; danos la salud del cuerpo y la paz del alma ([I](#)).

UN DEVOTO DE LA INMACULADA

TRADICIÓN

I

Madre Virgen Soberana
De los hombres protectora
De los ángeles Señora
Fuente viva donde mana
Consuelo eterno al que llora.
FERNANDO DE GABRIEL.

Si no diciendo estas mismas palabras, animado por estos mismos sentimientos, veíase postrado, en un hermoso día del año 1484, ante una imagen de la Inmaculada Concepción, á un hombre, pobre y humildemente vestido, caída la cabeza sobre el pecho y llevando un niño de la mano.

La imagen ante la cual estaba arrodillado era una pintura al fresco de Antonio del Rincón, pintor de los Reyes Católicos, mandada hacer por éstos á la entrada del patio de banderas de su alcázar de Sevilla, en el mismo lugar en que hoy se encuentra un retablo con una preciosa imagen de bulto de la Señora que reemplaza á la pintura de Rincón, destruida hace largos años por el tiempo.

Postrado estaba aquel hombre ante la venerada imagen de la Madre de Dios, *Señora de los ángeles y fuente de consuelo al que llora*, representada allí con su celeste manto de pureza, alzado al cielo su divino y dulce rostro, cruzadas sus albas y benditas manos, en ademán de implorar á su Hijo del cielo por sus hermanos de la tierra en su advocación más propia, la de INMACULADA, la misma bajo la cual el más católico de los pueblos la aclamó Reina y Patrona de España, de España, cuyos hijos se han esforzado siempre en dar inequívocas muestras del entusiasta amor y culto que profesan á María. Tanto los reyes (I), que no han cesado en solicitar del Romano Pontífice la definición dogmática de su Concepción sin mancha, como las órdenes y Maestranzas de Caballería; tanto las Academias literarias como las hermandades, cuyos individuos juraban al recibirse en ellas en esta forma: *Diré, sentiré y confesaré que la Señora y Virgen Madre de Dios, Santa María Señora nuestra, fué concebida sin pecado original*; tanto las universidades como el pueblo que estereotipó su fe con sólo estas palabras, generalizadas como la luz: *Ave María Purísima, sin pecado concebida*, y que en todas sus aflicciones y necesidades acude á su Santa Patrona, cual no ha mucho lo hizo en aquella defensáveis su Patria, de su Rey y de su fe, que no hay corazón español que no recuerde con inmensa gloria, ni habrá generación futura que no escuche sin asombro, defensa en que repetía la siguiente décima compuesta por, él, y en la cual, como en toda poesía popular donde nada es el arte y todo el corazón, pintaba verídicamente sus sentimientos:

Bonaparte subió al cielo
De Dios á solicitar
Le dé reinos que mandar
En Europa, fértil suelo.
Dios condescendió á su anhelo
Dándole cuanto le cuadre,
Y al pedirle á España al Padre
El Hijo, le respondió:
“¿Cómo es eso? España no,
Que es el dote de mi Madre;”

tanto, en fin, los niños, que desde el Príncipe de Asturias á los de la clase más humilde han entonado siempre este cantar, tan cotidiano á nuestros oídos desde que nacimos :

Todo el mundo en general,
A voces, Reina escogida,
Diga que sois concebida
Sin pecado original,

como hasta los mismos individuos de esas infortunadas razas, habitadoras de los abrasados bosques de Guinea, que trasladados á nuestro suelo han tenido la suerte de abrir los ojos á la luz del Evangelio en esta su segunda y más benigna Patria. Prueba de esto es el rasgo verdaderamente admirable que ocurrió en Sevilla en el siglo XVII, y respecto á cuyo autor, á quien en esta enumeración hemos dejado para lo último, puede que se verifique en esta esfera como en tantas ocasiones se ha verificado respecto á otros, aquello de que *los últimos son los primeros*. Nos referimos á aquel pobre negro que viendo atacado el misterio de la Inmaculada Concepción de María, se vendió á sí mismo en el paraje donde no hace muchos años existía aún en esta ciudad una cruz, que en memoria de tan sublime abnegación conservaba el nombre de la *Cruz del Negro*, para costear con el producto de su venta una solemne función de desagravio á la Señora.

Pero volvamos á la época en que principia nuestro sencillo relato, época, aunque lejana, tan unida en su fe y en su devoción á María, con otras más recientes.

Algún destello de esperanza resplandecía en los inspirados aunque abatidos ojos de aquel hombre profundamente triste, á quien la desgracia parecía oprimir sin rendirlo, y cuyo ánimo luchaba contra ella, como luchan aquéllos á quienes sostiene una firme fe y alienta un altísimo pensamiento.

La causa que producía aquel rayo de esperanza que á veces brillaba entre las sombras que oscurecían su mirada, cual una estrella entre opacas nubes, era una carta que apretaba contra su corazón. Esta carta hallábase escrita por un humilde fraile y dirigida á otro; pero era el que le había escrito... FR. PÉREZ DE MARCHENA, guardián de la Rábida, y aquel á quien iba dirigida FR.

FERNANDO DE TALAVERA, confesor de la gran Reina ISABEL LA CATOLICA.

II

Sufrid con ánimo igual.
Alma, lo que más lastima,
Que la más áspera lima,
Limpia mejor el metal.
ANTIGUO.

Años después, en aquel mismo lugar y ante la misma imagen, velase de nuevo postrado al mismo devoto; pero esta vez el destello de esperanza que brillaba antes en sus ojos había desaparecido. Era su ánimo un cielo sin estrellas, y parecía ofrecer en una desconsolada, pero mansa resignación, sus ajadas ilusiones á la Señora, cual en un azafate de plata flores marchitas. “Señora—decía—á vos, ser puro y predestinado, ofrecí levantar vuestro estandarte al lado de la Cruz que la luz llevara á ignorados países. No puedo realizar mi intento, porque los hombres, unos me creen loco, otros desconfían de mí, y el único que favorecerme quiso no ha podido conseguirlo! Conforme está mi corazón con mi desgracia y con mi triste impotencia, contra la que se estrella mi larga perseverancia; pero ¡mi espíritu desfallece al ver que no puedo dar cima á una obra que habría asombrado al orbe y llevado la luz á perdidas generaciones ! ¡ Cúmplase la voluntad de Dios; pero intercede, Señora, para que sea algún día favorable al intento que bajo tus auspicios llevar quisiera á cabo!”

III

Inagotable fuente de consuelo,
Madre del Salvador y Madre mía,
Cuya mirada regocija al Cielo,
De cuya luz es somera la del día.
MANUEL CAÑETE.

¿Fué, acaso, oída su plegaria? Ello es que, no bien pasados quince meses, postrábase de nuevo aquel hombre ante la misma imagen, pero no ya abatido, triste y pobre: su cabeza estaba erguida; en sus ojos resplandecía la entusiasta expresión del mayor y más noble triunfo; de sus labios brotaban ardientes acciones de gracias al presentar á su Santa Patrona cuatro habitantes de otro hemisferio, súbditos ya de la Reina de Castilla y adoradores de su Dios, y traerle, cual otro Rey de Oriente, oro (el primer oro de remotas regiones), y que se destinó á una cruz que se ve hoy en el tesoro de la Catedral sevillana.

Poco después la Reina Católica decía enajenada y el mundo entero repetía asombrado: A CASTILLA Y A LEON NUEVO MUNDO DIO COLON.

UN LLAMAMIENTO

Si este relato contiene
Una lección singular,
No se le debe juzgar,
Creerlo, es lo que conviene
VÍCTOR HUGO.

CUÁNTO interesan los secretos de los claustros, si es que se presentan con el romántico nombre de tradición ó con la poética calificación de leyendas, al través de una transparente nube formada del polvo de los pasados siglos! Pero á ninguno de estos prestigios que presta la imaginación podemos acudir para lo que vamos á relatar, pues es demasiado verídico para apellidarse leyenda, y demasiado reciente para que la tradición le preste su romántico misticismo, ni la antigüedad el respeto y la paz de lo finado.

El estúpido nivel de las generalidades ha condenado sin excepción á los conventos y sus moradores á ser tipos de la vulgaridad; el finchado pigmeo NO LO CREO lo ha rebajado todo á su diminuto nivel, sometiéndolo al alma á la cabeza, que es la mayor degradación moral en que puede caer el hombre; ha querido hacer de la independencia de alma que no reconoce *imposibles*, una prueba de cortedad de alcances! ¡Pobre pigmeo! ¡Parapetado en un estrecho círculo, reta al poder del que le crió y pone límites á lo *posible* sin más autoridad que su orgullo! Nosotros, que no nos cuidamos del pigmeo, vamos á relatar uno de esos eventos del claustro, uno de esos misterios entre Dios y las criaturas que enaltecen al hombre, elevan la existencia humana, robustecen la fe, enternecen el corazón y patentizan la clemencia y la intervención

divina en la vida humana. Si acaso hemos sido inducidos en error (lo que de cierto no es), no nos pesa haber *creído*. La facultad de creer es en el hombre rústico la sola cultura posible; en el hombre culto es el triunfo del espíritu sobre la materia, la preponderancia del alma sobre los sentidos, la supremacía de la santa sumisión sobre la fatal y necia rebeldía. La fuente de todas las virtudes es la fe. No hay fuerza ni poder sin la convicción, ha dicho Chateaubriand, y Nodier exclama: “*Saber* es quizá engañarse; CREER es sabiduría y la felicidad.” Aún viven muchos que han conocido á un monje que, como modelo de la vida abstraída y retirada, existía en un convento y en una villa que no nombraremos. Al través de su mirada humilde, pero esquiva, se traslucía un desprendimiento de lo terreno y una incesante preocupación que le hacían casi extraño á cuanto le rodeaba. Para con la generalidad de las gentes pasaba por un monje austero y misántropo; pero para algunos era un hombre favorecido de Dios, esto es, para aquellos que, sin saber lo que vamos á referir, lo presentían, por esa rica fe *no exigida*, privilegio de almas fervientes y cándidas.

Rodrigo era un hombre valiente, atrevido, generoso, insolente, violento y franco, de aquellos que uniendo buenas y malas cualidades, ambas en alto grado, predominan siempre en su esfera; á los que se admira y se teme, á los que se les hace lado y que acaban por ponerse tan sobre sí, que pierden todo respeto humano y se entregan sin freno á sus malas pasiones. Una vez establecida esta supremacía, la sostienen á todo trance, espada ó navaja en mano, y son entonces denominados *matones*, como entre la tropa son los de la misma especie *barateros*.

Entre las maldades á que con cinismo se entregaba Rodrigo, ninguna era más punible, ninguna era más pública ni causaba más escándalo que la de sus amores con una mujer casada, á cuyo pobre marido había obligado á ausentarse á fuerza de vejámenes y amenazas.

Era, pues, Rodrigo, con privilegio exclusivo, el matón de la comarca, con la conocida divisa *Ni temo ni debo*, sin que nadie intentase hacerle concurrencia.

Por lo tanto, buscábanle con gran preferencia los labradores y hacendados para el cargo de guarda, en vista de que sólo su

nombre alejaba de las posesiones puestas á su cuidado á todo ladrón y ratero. Así sucedía que no necesitaba ejercer mayormente vigilancia, y que todas las noches se venía de un cortijo cuya guarda estaba á su cargo, á pasaría en sus vicios y devaneos.

Así vivía aquel hombre impávido, derribando obstáculos, despreciando leyes, retando la opinión ajena, olvidado de los preceptos de la Religión que inculcados le fueron en su infancia; en fin, divorciado de todo deber y freno. ¡A este punto había rebajado su noble primitivo ser!

Una noche venía Rodrigo montado sobre su caballo del cortijo para ver á su querida, según acostumbraba á hacerlo. Había entrado en un callejón en extremo angosto, encerrado entre dos altos y compactos vallados formados por espesas y agudas pitas. Hacía media luna, la suficiente para distinguir los objetos cercanos, pero no la necesaria para definir los distantes.

Es conocida la superioridad que tienen los sentidos corporales de los animales sobre los del hombre, la que explica el pueblo á su manera espiritual (!), siempre y siempre poética, diciendo que esta superioridad de los sentidos corporales en los animales consiste en que, siendo todos terrenos, se aventajan al hombre en lo corporal.

Sucedió, pues, que sin causa aparente, el caballo que montaba Rodrigo empinó ambas orejas, como para avisar á su amo que algo veía en la profundidad oscura del callejón. Rodrigo miró con cuidado, pero nada vio en aquella senda negra que formaban y estrechaban entre sí los altos vallados, la que inmutable, inflexible y recta como la conciencia, no dejaba más alternativa al transeúnte que la de seguir adelante ó retroceder. Rodrigo no era hombre que retrocediera, y así prosiguió impertérrito, fija siempre la vista hacia adelante para no ser sorprendido, y á los pocos pasos distinguió un bulto que se acercaba pausadamente.

—¿Quién va?—le gritó; mas no recibió respuesta, y el bulto siguió acercándose despacio, oyéndose distintamente entonces el ruido que produce una cosa de peso que se arrastra sobre las asperidades del suelo.

Como la senda era tan estrecha, Rodrigo se vió precisado á arrimar cuanto pudo su caballo al vallado para dejar paso al bulto,

que, sin interrumpirla ni variarla, seguía su pausada y silenciosa marcha.

Entonces pudo Rodrigo distinguir á un hombre vestido con una túnica morada, con el cabello suelto y caído sobre los hombros, llevando en las sienes una corona de espinas, el que, agobiado, bajo el peso de una cruz que sobre sus hombros gravitaba, se acercaba á paso lento.

Rodrigo se conmovió profundamente; paró su caballo y se quitó el sombrero al emparejar con él el caminante. Mas apenas hubo pasado, cuando, recobrando su audacia y su impavidez, y echando mano del escepticismo (que ese divorcio con la facultad de creer lo necesitan los vicios erguidos, así como la vergonzante impiedad),—algún penitente—dijo,—un devoto que ha hecho una promesa que está cumpliendo; ¡vaya en paz!

Rodrigo siguió su camino; pasó la noche, como acostumbraba, en vicios y devaneos, y no se volvió á acordar del encuentro que había tenido.

Pero á la noche siguiente se repitió á la misma hora y lugar el mismo encuentro. Rodrigo, menos sorprendido que la noche anterior, dejó acercarse al que llegaba y le preguntó en voz recia: “¿Quién va?”; á lo que contestó una voz suave, profunda y triste: “JESÚS NAZARENO.”

El efecto que esta voz produjo en Rodrigo le dejó por un instante absorto y abismado; saltó en seguida de su caballo, corrió tras del que había pasado... ¡mas todo había desaparecido! Recorre el callejón, trepa al vallado, examina las salidas y los llanos cercanos, nada ve! ¡La santa misión estaba cumplida!...

Rodrigo desapareció de aquel pueblo y no se volvió á saber de él.

Muchos años después llegó á uno de los conventos de la población el monje de que hablamos al principiar este relato. Algunos quisieron reconocer en el austero cenobita al desenfrenado Rodrigo, á pesar de las huellas con que los años y las penitencias habían trastornado su rostro y demudado su continente; pero el monje no se dió á conocer, y nadie supo la identidad de ambos ni los referidos hechos hasta después de su muerte.

LA BENDICION DE LAS AGUAS

EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA

MIENTRAS otros pueblos se agitaban y veían turbada su tranquilidad por los agitadores, el sosegado y sensato pueblo de Sanlúcar de Barrameda, libre de estos enemigos del sosiego público, atendía sereno y tranquilo á sus tareas, á sus faenas y á la magnífica novena que todos los años consagra á la Virgen del Carmen. A la novena debía suceder la procesión, en la que sacan los marineros á su protectora, llevándola á la playa para que bendiga al mar. Verificóse, pues, ayer tarde esta procesión y tierna ceremonia, lo que desde sesenta años no se hacía. Todo el pueblo acudió en masa á este solemne acto (y nunca, nunca se pudo aplicar más adecuadamente la palabra "solemne" que en esta ocasión), y al grandioso y conmovedor espectáculo que ofrecía la orilla del mar. Traída con tanta pompa como devoción la hermosa efigie de los marineros, los que aseadamente vestidos y ostentando sobre sus pechos su sagrado distintivo, el escapulario, la rodeaban para remudarse unos á otros, precedida por los sacerdotes ricamente vestidos, acompañada de una multitud de fieles con cirios encendidos en sus manos, cubierta la playa de todo el vecindario de la ciudad y de todos los trabajadores del campo, que por ser la gran fiesta de Santiago, patrón de España, habían venido á holgar, cerca de una tienda de campaña que había sido preparada en aquel lugar

para SS. AA. RR. los señores Duques de Montpensier, por acatamiento á su jerarquía, por respeto á sus virtudes y por gratitud á sus beneficios, se detuvo la procesión, y la santa imagen fué vuelta de cara al mar, para que en su nombre bendijese un sacerdote. Allí venían las olas del Océano mansamente como á besar los pies de aquella dulce Virgen, predestinada y digna por su humildad y pureza de ser el intermedio material entre Dios y los hombres, y el intermedio é intercesora moral entre los hombres y su Criador. ¡Cómo siente el pueblo estas excelencias! ¡Cómo acierta el corazón sencillo, cuando la fe lo guía, pues el fruto de la fe es la gracia!

Allí estaba la santa Madre á orillas del proceloso mar cual un faro del cielo; parecía mirarlo y prometer á los que á ella acuden, el renovar las milagrosas salvaciones tan públicas y notorias aquí y en todos los puertos de mar en los que se la invoca. Allí también estaban las madres y las mujeres de los marineros, fijando sus ojos llenos de lágrimas, ya en el mar, sin límites y sin piedad en sus iras, ya en aquella señora,, cuya piedad es también sin límites en sus consuelos. ¡Qué fervor y qué elocuencia en aquel unánime y entusiasta acatamiento religioso! No era el ficticio entusiasmo que ostentan las pasiones políticas, sino un entusiasmo de alma y de corazón; no era, no, el entusiasmo que incita, era el entusiasmo que conmueve y enternece; no era el entusiasmo que desune, sino el que nos hace hermanos; no era el entusiasmo que pone armas en las manos, sino el que pone lágrimas en los ojos; era el entusiasmo del pobre, del rico, del desvalido, del poderoso, de la mujer, del anciano y hasta de los niños; no el entusiasmo que grita *Muera!* sino el que clama *Viva! ¡ Viva la Virgen del Carmen!* Este grito, lanzado por miles de corazones, dominó la música militar, y hasta las salvas hechas por las lanchas empavesadas que con este objeto se habían traído cercanas del lugar donde pasaba esta santa y consoladora escena. Subió este grito del corazón hasta el cielo como una nube de incienso, y se esparció á larga distancia sobre el mar y ardientes rayos de un sol de amor.

La procesión, que duró_ desde las seis hasta las ocho y media, no vió un instante decaer la devoción y entusiasmo general, que se aumentó aún cuando, llegando á la plaza, bajaron desde las Casas

Capitulares con cirios encendidos en sus manos Sus Altezas Reales los señores Duques de Montpensier y todos los individuos del Ayuntamiento, que se agregaron al cortejo de la Señora y la acompañaron hasta su templo, en el que entró la venerada efigie al alegre són de las campanas, estrépito de los cohetes y fuegos de regocijo, y con los mismos entusiastas vivas. Ni una quimera, ni un ebrio, ni la más leve alarma enturbió por un momento el sosiego y la alegría de ánimo de esta inmensa concurrencia, y cada cual se retiró tranquilo, satisfecho y consolado, con el corazón conmovido y lleno de buenos y dulces sentimientos. ¿ No se quiere moralizar al pueblo? Estos son los medios de conseguirlo, pues la moral no se halla al alcance de todos sino en su pura fuente, la religión.

LOS ANGELITOS

EN LAS PROCESIONES DE SEVILLA

HACE algunos años veíamos profundamente conmovidos desde un balcón no lejano de la plaza de San Francisco pasar una de las más hermosas procesiones de Semana Santa. Era la del Cristo de la Expiración, así denominado, porque la magnífica efigie, obra del gran. Montañés, la más sublime de cuantas hemos visto, representa á nuestro Salvador en el momento de expirar.

Gracias al Cielo, se conservan las procesiones, ese credo, ese acto de fe público y puesto en acción, ese intacto legado de los tiempos en que la *Religión* era para el hombre *lo más*, y toda otra cosa *lo menos*; tiempos en los que, si había muchos que no eran buenos, *reconocían que no lo eran*, y de esta suerte dejaban la puerta abierta al arrepentimiento y á la enmienda, porque si la conducta era laxa, el espíritu era humilde.

Precedía al Paso una larga serie de penitentes cubiertos los rostros, ceñidas las cinturas con cuerdas, arrastrando tras sí las largas colas de sus túnicas moradas, y con gruesos cirios amarillos en las manos, marchando en dos filas á paso lento; el clero de la parroquia revestido de sus más ricos ornamentos; el capitán general con su estado mayor, al que seguían los hermanos mayores de las cofradías con sus estandartes y guiones. Las trompetas enronquecidas, los tambores ensordecidos al intento, la pausada

marcha fúnebre que ejecutaba la música militar, todo digno, solemne y majestuoso» preparaba el ánimo á considerar conmovido aquella magnífica representación del Dios crucificado, que elevada á gran altura era presentada á sus redimidos.—Visto desde el balcón aquel divino rostro alzado al cielo» aquellos ojos quebrados por el tormento y la muerte, pero aún dulces y misericordiosos, aquella boca entreabierta, de la que se ve exhalar su último suspiro, y se oye en su última palabra, esa gran enseñanza de bien morir: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, enternecen á un punto y causan tal impresión, que sólo se demuestra y sólo se pinta con un raudal de lágrimas.

Ante el *Paso*, y como lucientes y suaves estrellas en aquella noche de dolor que enluta el alma, van una porción de niños vestidos de angelitos, algunos tan pequeños, que tienen sus padres que llevarlos de la mano. Sobre un vestido de punto que les ciñe el cuerpo, llevan túnicas de gasa guarnecidas de oro ó de plata; en sus piecitos sandalias sujetas con cintas, igualmente de oro ó plata, y alas de plumas colocadas en sus hombros; ciñen sus frentes diademas de pedrería, ó coronan sus rizadas cabelleras guirnaldas de flores; algunos figuran los arcángeles llevando sus tributos; otros llevan en pequeño los instrumentos de la pasión. —En medio va una niña humildemente vestida de Verónica, que lleva extendido el paño en que se ve impreso el rostro del Señor.—Todos van serios, callados y graves, como si su mente infantil comprendiese en toda su extensión, cual la alta inteligencia de los espíritus que representan, toda la grandeza y sublimidad de la escena, ó bien como si estos altos espíritus que representan hubiesen penetrado en ellos para solemnizar, acompañándolo en esa forma, la exhibición del suplicio de su Señor.—Si todos miran con amor é interés á estos angelitos bellos y graves, muy en particular lo hacen las mujeres con su apasionada ternura hacia los ángeles y hacia los niños: así sucede que cada mirada femenina les envía una entusiasta bendición; cada sonrisa una caricia.

¿No se gusta, y en particular en la era presente, de emociones?
¿No se buscan en lecturas, en teatros, en diversiones populares, y hasta en la vida pública y privada? Pues ahí las tenéis; no crueles, descompuestas, violentas y de mala índole y de peores

consecuencias, sino que ahí las tenéis suaves, santas y dulces. Ved todos esos rostros de hombres sosegados, que la expresión de la bondad y del respeto ennoblece; ved los de las mujeres, en los que se mezclan con tanto encanto las sonrisas y las lágrimas: ¿hay, acaso, emociones más dulces y más bellas?

La procesión, atravesando el inmenso gentío, que refluía hasta en los balcones y ventanas en que se agolpaban las señoras, había llegado á la plaza de San Francisco. De repente suena un rumor confuso; las gentes se turban, se arremolinan, corren sin saber dónde ni por qué, y se atropellan en espantoso tumulto. Esa plaza, esas calles un momento antes tan silenciosas y sosegadas, á pesar de la apiñada muchedumbre que las llenaba, presentan de repente el más asombroso cuadro de confusión y alarma; los gritos de los que huyen, los gemidos de los atropellados, las puertas que se cierran, forman un estrépito aturdidor, y sobre todo esto penetra un grito de espanto y terror lanzado por miles de labios femeninos desde los balcones:

—¡Los angelitos! ¡Los angelitos! Las gentes en su insensato pánico han huido atropelladamente, y despejada aparece la plaza.

En ella ha formado la tropa un cuadro semejante á una fortaleza; en medio de este cuadro, tranquilos, sosegados y sonriendo, están los angelitos; sus flores no se han ajado, los plumeritos de sus cascos se mecen suavemente en la calmada atmósfera que los rodea, cual la inocencia escudada por el respeto; nada han notado del tropel, de la agitación y del terror exterior y ni han conocido el peligro que corrían. ¡Jamás se vió cuadro más conmovedor, espectáculo más encantador y simpático! ¿Para quién no lo es la noble fuerza, amparando á la desvalida inocencia?

Había sido una terrible pero falsa alarma» y poco después proseguía la procesión tranquilamente.

CONSIDERACION PARA EL DIA DE DIFUNTOS

DEDICADA Á LOS NIÑOS

SE acerca el mes de Noviembre, niños míos, mes que dedica nuestra madre y señora la Iglesia á hacer sufragios por los difuntos; esto es, á rogar á Dios (por indignos que seamos de que nos oiga) para que les conceda el eterno descanso.

Si todas las oraciones de la Iglesia son solemnes y tiernas, ningunas reúnen en mayor grado estas dos excelencias que las preces del mes de ánimas.

Por corto que sea el tiempo que en este mundo hayáis vivido, es probable que os faltó ya alguna persona de las que alrededor de vuestra cuna os sonreían. No la tengáis tan olvidada que vea á un tiempo vuelto á la nada su cuerpo en la tierra y su recuerdo en vuestros corazones.

Purificándose están las ánimas de nuestros hermanos para hacerse dignas de comparecer en la presencia de Dios, como el mineral que sale de la tierra se purifica para que aparezca puro el oro. El carecer de la presencia de Dios, el dolor de haberle ofendido, desconocido alguna vez y desatendido muchas, causan sus mayores tormentos; los que unidos al merecido é. inevitable castigo, constituyen un estado de sufrimiento y tormento acertadamente

puesto á nuestros alcances (que de otra suerte no podríamos comprenderlo), por la agonía y suplicio de unas llamas que queman sin consumir.

Pero si no podemos comprender tanto padecer, lo podemos aliviar por el inmenso poder que se dignó Dios conceder á la oración, como un salvavidas en este mar de quebrantos.

Para probar todo el poder de la oración y lo obligatorio que es que la hagan los vivos por los difuntos, os referiré un ejemplo de esos que tradicionalmente conservan paras y ortodoxas las ideas y verdades religiosas en el pueblo español.

Había una vez un obispo muy venerable, como todos lo son, pero que era algo tibio en recomendar á los fieles las oraciones por los difuntos. Sucedió que una noche tuvo un sueño tan vivo y singular, que bien podría tenerse por una visión; tanto se le asemejaba por lo claro y bien definido de los objetos que vió. Fueron éstos un ángel, que de la boca de una sima sacaba de aquella negra y terrible profundidad, con una sarta de rosas, encarnadas unas, blancas las más, á una hermosa mujer cubierta de un blanco velo, la que, salido que hubo, bendijo al ángel y se elevó suavemente, perdiéndose en las alturas celestiales, cual lo hace una blanca mariposa, con la que los antiguos simbolizaban tan acertadamente el alma.

Absorto quedó el obispo meditando sobre el sentido de aquel sueño singular y bello, pidiendo á Dios que si era un aviso, se dignase interpretárselo por medio de alguna señal más patente. Con esta fervorosa súplica entró en la iglesia, y lo primero que vió fué un devoto y religioso niño que, arrodillado sobre el sepulcro de su madre, tenía en sus cruzadas manos un rosario, que en sufragio de aquélla rezaba. Entonces tuvo, el obispo la explicación de su sueño, y comprendió era un aviso para hacerle conocer la omisión en que incurría.

Ved, pues, todo el mérito y todo el poder que otorgó el Señor á la oración; muchas veces la recomendó cuando bajó á la tierra; nos la enseñó en la sublime fórmula del Padrenuestro, y de hecho con el ejemplo orando á menudo, señaladamente en el Huerto, y á la hora de la muerte en la cruz, para enseñarnos á bien morir.

Pero no creáis que significa la voz religiosa *oración* sólo un recogimiento moral y un acto espiritual. La oración religiosa debe ser

además oral, y entonces los labios deben articular claramente nuestras preces. Así como cuando se remite una carta no basta para llenar su objeto el papel y la dirección, sino que debe el papel contener escrito los sentimientos que nos llevan á remitirla, por más que de ellos pueda tener conocimiento aquel á quien va dirigida.

¿Qué significan sufragios, flores, coronas y un paseo al cementerio? No son, por cierto, estas cosas reprobadas cuando se hacen con buena y piadosa intención, pero no son propias; son *recuerdos*, pero no *sufragios*, y en un cementerio son sólo éstos los adecuados, así como en un baile no es adecuada una mortaja. — Sufragios por las almas de nuestros difuntos son, niños míos, el Santo Sacrificio de la Misa, que representa el de la redención, aplicado por su descanso; el ayuno, pequeña penitencia que hacemos para que disminuya la de ellas, que aunque poco, merezca por sí, merece mucho por la intención con que nos unimos á la infalible Iglesia, á los santos é ilustres anacoretas que en tan gran escala lo hicieron, y aun al mismo Dios-Hombre, que lo autorizó y santificó sometiendo á él su humana naturaleza. Son sufragios las limosnas dadas con intención de que lo sean; las novenas apropiadas á esta devoción; los rosarios de ánimas, todas las oraciones que, con el corazón levantado á Dios, le dirigimos y ofrecemos con este objeto y santo fin; estos y otros actos religiosos son los sufragios, niños míos; todo lo demás, como suntuosos entierros y magníficos mausoleos, son actos de recuerdo y de reverencia, que, si bien honran los sentimientos de los que, á sus difuntos les hacen, de provecho alguno sirven á los que desde el otro mundo miran con lástima y hastío las cosas que únicamente á éste pertenecen. En las cosas que pertenecen á Dios no hay novedades ni elegancia, sólo hay solemnidad y estabilidad; no se pueden modernizar ni ilustrar, como al sol no se puede dar luces ni otra forma.

Los sufragios, niños míos, más propios á vuestra edad y facultades son las oraciones. Bien se me alcanza que no pueden ser largas, al menos que Dios desde temprano no os haya favorecido con una perseverancia y fuerza de atención que sería quizás una señal de predestinación; pero al menos debéis todo este mes (si no hacéis el ejercicio diario de devoción que le corresponde) recitar

después de vuestras oraciones *un* Padrenuestro como sufragio por las *Animas*, añadiendo esta corta jaculatoria:

Jesucristo, por tu Padre,
Por tu Madre y tu Pasión,
Ten de los fieles que expían
Compasión.

Alivia, Señor, sus penas;
Acorta su expiación;
Oye de los que te imploran
La oración.

LA CAPILLA DEL CARMEN

DE LA ALAMEDA DE SEVILLA

LA publicidad, más que para nada, debería servir para hacer sabidas y para enaltecer las cosas buenas, despertando así en el público sentimientos de admiración y de simpatía, que son nobles brotes del alma y estimulan al bien. Contra toda justicia y benevolencia sucede algunas veces lo contrario. La era de la filantropía, que un hombre de infinito talento llamaba la moneda falsa de la caridad, se ha inaugurado de una manera harto contradictoria á su programa y lema.

Nosotros que, á Dios gracias, vemos muchas cosas dignas de admiración, vamos á referir una de ellas con tanto placer como entusiasmo.

Una persona que pasaba hace poco de la Alameda á la Puerta de la Barqueta, notó que la abandonada é interiormente derruida capilla de la Virgen del Carmen, sita en aquel arenal, estaba abierta. Extrañándolo, se acercó curiosa y arrastrada por esa atracción instintiva y razonada á un tiempo que tienen para el hombre esos edificios dedicados al culto de su Dios, admirables si son suntuosos, enternecedores si son pobres y sencillos, dignos siempre, siempre respetables, y vio con sorpresa la capilla llena de hombres, la mayor parte jóvenes, que unos de carpintería, otros de albañilería, trabajaban afanosos en ella.

—¿Qué es esto?—preguntó;—¿qué se va á hacer aquí?

—Se restaura,—contestó uno de los trabajadores, con esa urbanidad y complacencia que caracteriza á nuestro pueblo.

—¡ Que se restaura!—preguntó asombrada la persona,—¿y quién la restaura?

—Nosotros,—contestó el joven menestral.

—¡ Ustedes!—tomó á preguntar cada vez más sorprendida la persona;— pero, ¿quién paga á ustedes su trabajo?

—Nadie. Trabajamos aquí todos los domingos de balde.

—¿Y los materiales? —Los costea la limosna. Una inmensa alegría llenó el corazón de la persona que preguntaba.

—¡Bien, señores, bien!—exclamó enternecida ;—¡ gracias á Dios estamos en la católica España! ¡Dios bendiga vuestro trabajo! ¡Dios bendiga á los trabajadores de tan santa obra!

—Señor,—dijo uno de ellos,—la mayor parte de los vecinos de este barrio se quedaban sin misa desde que se cerró esta capilla, pues tenían que ir á oír á *Omnium Sanctorum*, que está lejos; y ya no sucederá eso.

— Y la Señora del Carmen, — añadió otro,—tendrá el culto debido, pues sepa usted que en estos días á más de cuatro *que estaban extraviados* los ha llamado á sí esta Señora tan querida en nuestro barrio, y les ha abierto los ojos, haciéndoles distinguir la verdad de la mentira.

La persona que esto escuchaba estaba profundamente conmovida, y no recuerdo en qué términos demostró á aquellos religiosos menestrales su simpatía, su respeto y admiración.

Les prometió llevarles al domingo siguiente una limosna para contribuir por su parte á esta santa y costosa obra, que espontánea y desapercibidamente ejecutaban aquellos hombres en el domingo, día en que el trabajo de la semana hace tan dulce el descanso, y en ocasión en que afluía todo el mundo á su seductora diversión de los toros, y un hermoso día convidaba al paseo y á gozar del aire libre.

La persona se propuso entonces dar publicidad á este hecho admirable, esperando que encuentre las simpatías y el aplauso que merece, y que, movidos por estos sentimientos, hallen estos trabajadores de la viña del Señor personas que contribuyan con sus benditas limosnas á esta meritoria obra religiosa.

El Señor, que con tanto agrado recibe el maravedí de la viuda, ¿cómo no recibirá este trabajo del pobre empleado de la restauración de uno de sus templos? Y tu Virgen pura, dulce y santa, cuyo derruido santuario restauran los pobres con el sudor de su frente, ruega á tu divino Hijo por esta fiel ciudad y por sus moradores, y dile en favor de ellos el mote que el sabio rey Alonso la concedió por armas:—*No me han dejado*.

Hace algún tiempo que se publicaba en un periódico de Sevilla la relación que antecede. Su resultado inmediato fué afluir limosnas para aquella obra tan callada y humildemente emprendida. Muchas fueron remitidas al autor del artículo, que al siguiente domingo se apresuró á llevarlas á los restauradores, pobres, pero de buena voluntad, y que probaban una vez más, que más hace el que *quiere* que el que *puede*,

— Traigo,—les dijo,—las limosnas que me han remitido varias personas para cooperar á tan piadosa obra; que venga á recibirlas el recaudador.

Y así lo hizo con inmensa y expansiva satisfacción de todos.

—¿Lo veis?—dijo la mujer de uno de ellos;—¿veis cómo se cumple lo que os predije, que ya enviaría la Virgen Santísima medios para costear la obra?

—¡Toma! tan confiados estábamos en eso.—respondió el maestro,—que hemos tomado parte de los materiales fiados.

—¡Esta,—pensó la persona que llevaba el socorro,—esta es la fe que allana y traspone los montes!

Y dirigiéndose á los trabajadores, les dijo:

—Aún queda lo mejor. El maestro mandó que hubiese silencio, cosa poco fácil de conseguir en una reunión popular andaluza, y cuando lo obtuvo, dijo la persona mencionada:—Lo mejor es este papelito, que es un billete de Banco que importa mil reales, y que viene de parte de SS. AA. RR. los señores Infantes Duques de Montpensier, los que no hay cosa buena á que no se asocien con pensamientos, palabras y obras.

Fácil es comprender, pero no explicar, la explosión de júbilo y de gratitud que estalló y se formuló en alabanzas, acciones de gracia y bendiciones á tan piadosos, generosos y amados príncipes.

Ya se deducirá que la capilla fué, no ya modesta, sino lucidamente restaurada; porque otras muchas personas acudieron á llevar piadosas dádivas, y hoy se celebra en ella un devoto y sostenido culto.

En estos días que se empieza allí una concurrida novena á la Virgen, hemos recordado, no sólo lo que hemos acabado de manifestar á nuestros lectores, sino el antiguo origen de esta capilla, que vamos á referir, no tomado de la tradición oral, sino de documentos auténticos.

Parece que es Sevilla la verdadera y propia patria de los don Juanes. Empezando por el de Tenorio, que ha dado su nombre á ese tipo, se hallan varios en sus anales y romances, como el insigne convertido don Miguel de Manara y otros.

Entre éstos descollaba en los años de 1630 y tantos, D. Pedro Afán de Rivera, hijo de los Condes de la Torre.

Una noche, éste y otros aristocráticos calaveras, que eran D. Juan Hiestrosa, Conde de los Arenales, y D. Diego de Miranda, se unieron á unas mujeres tan locas como ellos, entreteniéndose escandalosamente en llamar á las puertas de las casas para despertar y hacer levantar asustados á sus moradores.

Llegaron sin discontinuar este vejamen al final de la calle del Amor de Dios (cuyo nombre le vino del hospital que había en ella) á la entrada de la alameda, donde vivía el Obispo auxiliar, el limo. D. Luis Camargo. Las mujeres amonestaron á los calaveras á que, vista la dignidad y carácter de su dueño, respetasen aquella casa; pero ellos, desatendiendo osadamente aquellas amonestaciones, llamaron estrepitosamente, gritando que acudiese el respetable prelado para auxiliar á un moribundo.

El Obispo se apresuró con santo celo á vestirse y bajar á la calle; pero allí á nadie vió, y sólo oyó la risa insolente y escandalosa de los temerarios burladores.

A poco D. Diego Miranda fué muerto en aquella misma alameda por accidente, cabalgando al estribo de un coche, y poco después lo fué á mano airada en el mismo pataje D. Pedro Afán de Rivera con las siguientes circunstancias:

Habíase propuesto D. Pedro seducir á la hija de un panadero, cuyo horno se hallaba al final de la alameda en la planicie

denominada de la Cruz del Rodeo, ó vulgarmente de la Tinaja, por la conformación de su base, y erigida en aquel sitio en memoria de haber sido quemada allí, por mandato del Rey D. Pedro, en el año de 1367, doña Urraca Osorio, madre de D. Juan Alonso de Guzmán, señor de Sanlúcar, por haber participado de la traición del Infante don Enrique.

Una noche en la que con más insistencia y obstinación rondaba el osado D. Pedro la casa de la que pretendía, fué amonestado por el padre y hermanos de aquélla á que desistiese de su ofensivo empeño. Pero habiendo D. Pedro desatendido sus intimaciones, se armaron los agraviados y acometieron á él y á sus criados. Defendióse el caballero bizarramente y largo tiempo contra ellos; pero habiendo acudido hasta veinte vecinos en ayuda y favor de los agresores, sucumbió al número, siendo muerto en el sitio en que después labraron sus deudos, en sufragio de su alma, la mencionada capilla del Carmen.

Queda que referir que el tercer temerario que cometió el desacato en la persona del Obispo, que lo fue el Conde de los Arenales, sobrecogido y asombrado con las catástrofes acaecidas en poco tiempo á sus compañeros, se echó á los pies del venerable prelado pidiéndole perdón, el que benigno se lo concedió.

La Cruz del Rodeo ha sido derribada; la capilla de la Virgen del Carmen subsiste por la piedad de los pobres.

Previa la autorización que con su nunca desmentida benevolencia nos han concedido sus Altezas Reales los Serenísimos Infantes Duques de Montpensier, damos cabida en este tomo de asuntos religiosos á la relación que entonces hicimos de la solemnidad con que se efectuó en el palacio de San Telmo la primera comunión y la confirmación de su hija primogénita Su Alteza la Infanta doña Isabel. Lo hacemos, porque todo lo que en aquel palacio bendito se realiza, no sólo simpatiza y edifica, sino que enseña.

El celo tiene dos maneras de ejercerse: es la una, la prisa y la prontitud, y es la otra, la perfección y lo completo en el desempeño de las cosas. En cuanto á las religiosas, nos parece preferible lo segundo. Pero algunas madres, con el laudable deseo de ver acercarse á sus hijos al imponente Sacramento, fuente de gracias para el cristiano que no ha desechado ni de hecho ni do espíritu la

herencia que en la noche de la Cena nos legó el Señor, como vivo, latente y efectivo lazo de unión y recuerdo de su Encarnación y de su venida al mundo; con ese laudable deseo, repetimos, llevan i sus hijos á esta Sagrada Mesa en una edad en que no pueden cumplidamente penetrarse de toda la solemnidad de este acto, y con una preparación, si bien devota y esmerada, proporcionada á su corta edad y ligereza de atención.

Cuándo y cómo se debe hacer esta gran preparación, más que estériles palabras nuestras, podrá manifestarlo el admirable ejemplo que en esta ocasión, como en todas, han presentado sus Altezas Reales los Serenísimos Infantes, que demuestran al que de ello pudiese dudar, cómo todas las virtudes cristianas se pueden unir al saber, la cultura y los adelantos del espíritu humano, y aun enaltecerlos y completarlos.

CONFIRMACION Y PRIMERA COMUNION DE LA INFANTA DOÑA ISABEL DE ORLEANS EN EL DÍA 1.º DE ENERO DE 1861

EL día primero de este año ha sido un día que, no sólo ha reasumido en el palacio de San Telmo la atención, sino la admiración y simpatías de Sevilla, y del que vamos á dar cuenta á nuestros lectores para hacerles participar de los gratos y dulces sentimientos que en el público ha despertado, y, sobre todo, en nosotros. Muchas veces lo hemos dicho, porque gozamos en decir la verdad, y tanto más, á medida que es la verdad que exponemos bella, útil y laudatoria; no es con su oro con lo que hacen Sus Altezas Reales los serenísimos Infantes Duques de Montpensier sus mayores beneficios, sino con su ejemplo.

En el día primero de Enero, previa una preparación admirable en todos los conceptos, ha hecho Su Alteza la Infanta D.^a Isabel su primera comunión, y ha sido confirmada en la santa fe que profesa.

Como queriendo presenciar este hermoso acto, rompió el sol su mortaja de nubes y resucitó radiante, esparciendo luz y alegría. A las ocho principió en la iglesia de San Telmo la misa, que dijo Su Eminentísima el Sr. Cardenal Arzobispo. En el presbiterio, al lado de sus augustos padres, estaba, vestida de blanco y cubierta con un diáfano velo, sujeto sobre su cabeza con una corona de rosas blancas, la Infanta D.^a Isabel, á la que la emoción había robado el habitual sonrosado de su rostro, y que aparecía blanca como su

blanco traje, y estaba bella de tal manera, que realizaba, no el tipo ideal de la Pery oriental, de la Wilis escandinava, de la Hurí del paraíso de Mahoma, ni de la ninfa del Olimpo griego, sino la pura y modesta Virgen del Cielo de Dios.

Con devoto recogimiento recibió la bien preparada católica el Santo Sacramento de la Eucaristía de las venerables manos del celebrante, y, concluida la misa, el de Confirmación. Uníase allí la belleza exterior á la sublime belleza del acto, pues eran suministrados aquéllos por el acabado modelo del sacerdote que reunía en sí todas las dignidades, las de la iglesia, las de las virtudes, las del saber, la de la ancianidad, que coronaba su cabeza de blancos cabellos, y eran recibidos por una joven princesa que reasumía en sí todas las idealidades, la juventud, la hermosura, la alcornia, el candor, la inocencia y la devoción, que inclinaba su cabeza coronada de rosas.

Concluido el acto religioso, pasaron Sus Altezas Reales con todos sus hijos á distribuir 2.500 hogazas de pan á los pobres, haciendo así que la recién confirmada ejerciese, al salir del templo, uno de los primeros preceptos de la religión en que se había confirmado, el de la caridad.

A las diez empezó la función de iglesia, cuya misa fue dicha por dignidades de la Catedral, y en la que predicó el Dr. P. Medina, tan justamente admirado y respetado en Sevilla.

Concluida, subieron SS. AA. RR. á almorzar, habiendo honrado, convidándolos para que los acompañasen, no sólo al señor Cardenal Arzobispo, sino .al señor Capitán general, Gobernador civil, Regente de la Audiencia, Alcalde, de la ciudad y otras personas dignísimas que componían la Junta que debía decidir la distribución de premios de virtud, de 2.000 reales cada uno, concedidos por Sus Altezas Reales.

Tuvo este acto lugar en uno de los magníficos salones del piso bajo del Palacio, y fué lleno de interés; pero donde más se fijaba éste era en el testero, donde sobre una estrada habían tomado asiento Sus Altezas Reales con toda su joven familia.

Al lado de la Infanta estaba sentada, en el mismo traje que tenía en la Iglesia, pero ya animado su semblante con las rosas de la primavera de la vida, doña Isabel, pareciendo la primera, no madre,

sino hermana de su hija, no notándose diferencia sino en la santa é inequívocable mirada del amor maternal que brillaba en los hermosos ojos de la hija de nuestros Reyes. Al lado de doña Isabel estaba la preciosa D.^a Amalia. Cerca de su Alteza Real el Infante estaba la señora de Vallejo, aya de sus hijos, teniendo dormido en sus brazos á D. Fernando, cuyos rubios cabellos caían sobre su vestido de terciopelo morado. ¡Dulce sueño de la inocencia que nada ahuyentaba, porque puede que así dormido viera á sus hermanos los Angeles venir á tomar parte en una solemnidad digna de su presencia! A su lado estaba D.^a Cristina, cuya hermosura no hallaba competidora sino en la de su hermana doña Regla, que une á ella una gracia especial y encantadora. Algo aburrida su formalidad de cuatro años, y comprimida su viveza por la admirable educación que recibe, que, como todo principio de orden y decoro, estriba en la obediencia, sin levantarse de su asiento cambiaba disimuladamente de postura de cuerpo y cabeza.

En cuanto á la hermosísima D.^a Mercedes, apareció en los brazos de su ama para dejarse admirar por aquella brillante y numerosa reunión; pero luego dio muestras de que la obediencia en un punto silencioso no estaba aún á su alcance, y su augusta madre dió la triste orden de que se la llevarsen.

Este cuadro encantador tenía á un lado la brillante mesa de la Comisión, presidida por el señor Cardenal, y al otro un banco en el que estaban sentados los pobres cuyas virtudes los colocaban en tan alto puesto con unánime aprobación. ¡Qué cosa tan bella, y qué conmovidos se hallaban los corazones!

La lectura de los actos que consignaban las virtudes que se iban á premiar, aunque brevemente expuesta, fué larga por ser muchos los premiados (humildes violetas que del suelo y de entre sus hojas habían Sus Altezas levantado para ser admiradas en la palestra de la publicidad), y sólo anotaremos estos nombres que honran la humanidad, en contraposición á tantos otros de reos y malvados que la deshonoran, y que se apresura á publicar la Prensa.

Francisca Ponce, que por espacio de treinta y un años mantuvo á su ama, que había quedado sin recursos, con trabajo y pidiendo limosna.

Antonio Allora, de oficio peinero, que, á causa de un incesante trabajo, ha enfermado.

José Payan, joven de diez y siete años, que todos los días, sin faltar uno, viene á pie desde Camas á la Universidad, donde pasa el día entero estudiando, hasta la noche que vuelve á su pueblo.

Manuela Aguila, que lleva treinta y cinco años de asistencia á la Fábrica de Tabacos, y con su trabajo mantiene á tres hijos, á su madre y á una hermana demente.

Manuel Ortega, que recibió dos heridas en la gloriosa guerra de Africa, y mantiene á su madre viuda.

Además, habiéndose presentado en el ramo de criados muchos admirables ejemplos de abnegación y lealtad, Sus Altezas Reales dispusieron que se repartiesen otros 2.000 reales más entre las cuatro sirvientes más dignas de recibirlos.

Eran las tres cuando concluyó este acto conmovedor: en seguida fué servida una abundante comida á treinta niñas pobres, que la Infanta D.^a Isabel había vestido, y que habían asistido á su Comunión y Confirmación, como para que se grabase bien en sus corazones toda la grandeza de estos actos religiosos.

Fueron servidas en la mesa por las cuatro hijas de nuestros Príncipes con el mayor apresuramiento y la mayor alegría, y ésta, se aumentaba y se tornaba en inocente y gozosa sonrisa cuando, al servirles helados,, decían las pobrecitas que les quemaban la lengua, y al darles Champagne decían que les picaba la boca.

Aquella mesa en que estaban sentadas treinta niñas, quizás las más pobres de Sevilla, servidas por otras cuatro que eran Princesas y nietas de dos poderosos Reyes; aquella mesa en que se reunían treinta y cuatro corazones, en aquel instante los más felices y alegres de la tierra, probaba patentemente que no es sólo compatible con nuestra religión la pura é inocente alegría, sino que de ella dimana.

Siguió á este feliz é infantil banquete de caridad la procesión del Santísimo, que había quedado expuesto en la iglesia á la pública adoración. Se hizo por las galenas que circundan el patio principal y que estaban brillantemente iluminadas por gas, y fue seguida de la bendición pontifical á los fieles, que dió el señor Cardenal, y á la cual debió ciertamente unirse la de la augusta madrina de la

confirmada, la Santa Reina Amalia, mas grande en el destierro que sobre el trono, y ante la cual el mundo entero inclina su cabeza con veneración y respeto.

Tanto las augustas personas que han dado los premios á la virtud, como los que los han recibido, nos demuestran una verdad tan dulce como consoladora, y es: que por más que el vicio, el desenfreno y las malas pasiones se desencadenen en el mundo, le quedan á la virtud muchos santos albergues, ya en gentes humildes que la ejercen, ya en Grandes, que, no contentos con ejercerla por sí, la premian en otros, y el sentimiento general que ambas cosas enternecido admira y aplaude.

En San Telmo está, no sólo el centro, sino el manantial, no de una, sino de todas las virtudes, que desde allí esparcen su benéfico ejemplo para mejorar la atmósfera que le rodea, como esparcen las flores su perfume para embalsamar el ambiente que las circunda. Por lo tanto, estos augustos Príncipes son también acreedores i un premio de virtud que sólo puede concederles el público, como .se lo ofrece en la admiración, respeto y gratitud que les tributa.

Con el mayor gusto insertamos la siguiente composición que hizo entonces con entusiasmo la autora:

Á SS. AA. RR. LOS SERMOS. INFANTES DUQUES DE
MOXTFKNSIER, POR SUS PREMIOS Á LA VIRTUD.

No canto la grandeza de tu cuna;
celebro la grandeza de tu alma.

JOSÉ VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ.

Vuestra santa misión en este suelo
es aliviar del hombre los dolores...

plegue al Eterno que tan noble celo
halle en el triste mundo imitadores.

Feliz la hermosa y oriental Sevilla,
porque en ella tenéis los ojos fijos;
quiera el Señor, Infantes de Castilla,
que fieles os imiten vuestros hijos.

Vosotros por doquiera vais sembrando
de caridad semilla productora,
y el reconocimiento va brotando
regado por un pueblo que os adora.

Ese riego es el llanto de ternura,
santa ofrenda de un alma agradecida,
ovación celestial, sencilla y pura,
que contemplé gozosa y conmovida.
¿Qué corazón no late entusiasmado
al ver que la virtud su trono tiene?
Diosel, que por vosotros levantado
la *Caridad Cristiana* lo sostiene.
¡Pensamiento sublime y generoso;
premiar á la virtud que oculta vive!.,.
¡Es tan dulce, tan santo y tan hermoso
el contemplar que el galardón recibe!
Iniciadores sois, nobles Infantes,
de tan divina y religiosa idea,
y los ecos repiten murmurantes
que vuestro nombre bendecido sea.
¡Oh padres y tutores, siempre fija
tened en los Infantes la mirada!
La comunión primera de su hija
por siempre en vuestra mente esté grabada.
Fijaron de *Isabel* en la memoria,
al comprender de Dios la omnipotencia,
que el justo consagrar debe su gloria
á embellecer del pobre la existencia.
Seguid la noble senda que os trazaron
de consolar al mísero que gime:
la Religión Cristiana os enseñaron
del modo más grandioso y más sublime.
Feliz la hermosa y oriental Sevilla,
porque guarda en sus bosques de laureles
á los nobles Infantes de Castilla,
que son de caridad modelos fieles.
AMALIA DOMINGO.

EJEMPLOS RECOGIDOS DE BOCA DEL PUEBLO

EJEMPLO PRIMERO

LA CONFIANZA EN LOS SANTOS

Si dais por ciertos los misterios, ¿por qué negáis los milagros? Ya que Dios es para vosotros lo desconocido, ¿cómo puede competiros juzgar sus vías?

NETTEMENT.

NIÑOS míos, os voy á referir un ejemplo. Un ejemplo es un caso que no ha sucedido (aunque posible y muy posible es que sucedido hubiese), pero que se ha transmitido de unos en otros desde muchos años, porque el espíritu que lo dictó y la enseñanza que contiene son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime, no sólo en la memoria, sino era el espíritu y en el corazón, estos ejemplos,, aunque confiados en su mayor parte sólo á la tradición verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones

que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial.. Estad atentos.

Había un hombre muy de bien, de oficio carpintero, que, como tal, era muy devoto del Santo Patrono de los de su oficio, que es el bendito Patriarca señor San José,, quien, como ustedes no ignoran, era carpintero, por lo que dice la copla de Nochebuena :

Él niño de María
No tiene cuna;
Su padre es carpintero
Y le hará una.

Habíale hecho al Santo un altar muy primoroso en un convento de Capuchinos, y había distribuido el camarín en ochavas y compartimientos, esculpiendo en cada cual, con mucho primor y esmero, una de las herramientas de su oficio, lo que le adornaba de una manera tan apropiada, que cuantos lo miraban se enternecían al recordar todo el amor y predilección que había demostrado Dios, al hacerse hombre, al trabajo y á la pobreza, puesto que todas las cosas que vemos nos impresionan más que las que oímos. Por eso nuestra santa Religión católica nos hace de mil maneras tan palpables sus sagrados misterios. Pero sucedió que el buen carpintero fué por la desgracia visitado; perdió á su mujer y á sus hijos, no quedándole sino una niña; se puso enfermo al entrar en años, y, por último... cegó. Mas todas sus desgracias las llevaba con suma paciencia, y siempre se le veía sereno y confiado en la protección de su Santo Patrono.

Como no podía trabajar, y su pobre hija, que había de atender á su asistencia, ganaba muy poco en su costura, fueron vendiendo cuanto tenían, y cayeron en la más completa desnudez y miseria.

Cuando el buen cristiano sintió acercarse su muerte, quiso prepararse á bien morir, y dijo á su hija que avisase á un escribano, porque quería hacer testamento.

—Testamento... ¡padre!—exclamó llorosa y asombrada su hija—. ¿Acaso tiene su merced algo que testar?

—Sí, hija—contestó su padre—; así, haz lo que te mando y avisa al escribano.

La, hija, aunque presumió que las palabras de su padre eran debidas al delirio de la calentura, como era muy obediente, hizo lo

que su padre le mandaba. Al recibir el escribano el recado del moribundo, sospechó que sería éste un avariento que, aparentando miseria, tendría algún caudal oculto, y se apresuró á acudir á la cabecera del enfermo.

Cuando todo lo tuvo preparado, y encabezado el testamento en EL NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, como es costumbre, le dijo al enfermo que dictase su última voluntad, lo que éste hizo en los siguientes términos:

"Doy mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra y nombro por mi ejecutor testamentario y por tutor de mi hija Á MI SANTO PATRONO SEÑOR SAN JOSÉ"

Dicho lo cual, se durmió en el Señor con aquella tranquilidad que tienen en este trance los que creen en Dios y tienen una buena conciencia.

El escribano se fué de mal talante, y la pobre hija del difunto se quedó en el mayor dolor y desamparo, no teniendo nada en este mundo para procurar al padre de su alma mortaja ni caja, y sin poder costear su entierro.

Estando en esta tribulación y congoja, oyó que llamaban á la puerta; abrió y vió entrar á un venerable anciano, con modesto y suave semblante, con túnica y manto de color oscuro y un báculo en la mano. Entonces el anciano le dijo que no se apurase, que él cuidaría de todo; y así lo hizo, saliendo y volviendo al poco rato con la mortaja, la caja y el clero de la parroquia, y se le hizo al pobre carpintero un entierro muy decente, yendo de cabeza de duelo aquel venerable anciano.

Cuando volvió del Campo Santo le dijo á la pobre huérfana que se iba, pero que volvería al día siguiente.

Fuese el anciano á una ciudad inmediata y llegóse á una casa en la que vivía un caballero muy bien acomodado y de muy buenas prendas. Hízose anunciar como persona que tenía que tratar con él un asunto importante, y cuando estuvo en su presencia le dijo:

—¿Se acuerda usted, cuando volvía embarcado con todo su caudal de las Indias, del temporal que sufrió en alta mar, y que le puso á punto de perecer?

—Sí, recuerdo—contestó admirado el caballero—; pero ¿cómo lo sabe usted?...

—¿Recuerda usted también— prosiguió el anciano—que hizo una promesa, y que fué la de casarse con la niña más pobre y más honrada que encontrase, si Dios le libraba de aquel peligro?

—Sí, recuerdo—respondió asombrado el caballero—; pero ¿cómo sabe usted también esto, cuando á nadie se lo he dicho?

—¿Está usted en cumplir su promesa? —preguntó el anciano.

—Sí que lo estoy—exclamó el caballero—, y lo que me pesa es haber sido tan remiso y moroso en hacerlo.

—¿ Quiere usted que le haga yo conocer á la niña más pobre y más virtuosa que podrá hallar?—tomó á preguntar el anciano.

—Sí que me place—respondió el caballero—; me ha inspirado usted tanta confianza, me siento tan inclinado á su venerable persona, que estoy pronto á seguirle.

Pusiéronse en camino, y en breve llegaron á la humilde casa de la pobre huérfana.

Estaba ésta tan afligida por la muerte de su buen padre como acongojada por no saber qué sería de ella, porque hasta el casero, viéndola tan desvalida, y temiendo que no pudiera pagar la casa, la quería echar á la calle. El anciano le dijo que no se afligiese, puesto que aquel caballero que le acompañaba, y que era muy cristiano y muy bueno, estaba bien acomodado y la quería amparar casándose con ella.

El anciano hizo en poco tiempo todas las diligencias y aprestos para el casamiento, y después que se efectuó, estando los tres sentados á la mesa de la comida de boda, le rogaron los desposados con mucho cariño que les dijese quién era, á quién debían tantos favores y mercedes; á lo que el anciano, poniéndose de pie, contestó con mucha bondad y compostura:

—Yo soy José, al que cupo la dicha de ser compañero de la Sagrada VIRGEN MARÍA, y custodio del divino NIÑO JESÚS. TU cristiano padre fué siempre un ferviente devoto mío, y á la hora de su muerte me encargó que cumplierse su testamento; esto he hecho: llevé su buen alma á Dios, di su cuerpo á la tierra, y como tutor tuyo he cumplido también dejándote amparada y dichosa.

Entonces el techo del aposento se entreabrió como una granada; apareció una luz sonrosada como la de la aurora y brillante como la del mediodía. En aquella Gloria apareció un divino Niño, que dijo al

anciano: "Venid, padre, que mi madre os está echando de menos"; y el anciano, bendiciendo á los desposados, que con las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas habían caído postrados en tierra, se alzó suavemente, cogiendo la mano que el Niño le alargaba, y desapareció en las alturas.

De estos prodigiosos favores, debidos á la mediación de los Santos, vemos todos los días, niños míos; sólo que éstos no se revelan materialmente sino raras veces y en determinadas ocasiones y personas, y tristísimo sería el pensar que estamos incomunicados con aquellos que fueron nuestros hermanos y maestros, y que nuestras relaciones .con ellos no sobreviviesen á esta vida corporal y transitoria. Las ideas antirreligiosas, en su necio y acerbo afán de combatir nuestra santa fe, llaman *fanatismo* al exceso de creencia que hay en atribuir, con demasiada facilidad, á divinas influencias sucesos comunes. No os dejéis perturbar por dichos que, á fuerza de repetidos, han tomado cierta consistencia, y que muchos repiten, sin pararse á considerar toda la falsedad y veneno que encierran. Fanatismo, niños míos, *es defender con tenacidad y furor opiniones erradas* (1), lo que, como veis, nada absolutamente tiene que ver, ni nada tiene de común con un exceso de fe, que, si bien puede alguna vez caer en lo trivial y simple, nunca es irreverente ni lleva mala tendencia, y no puede ofender á un Dios que nos prescribía la fe y el amor como las dos primeras virtudes del Cristianismo. ¿Qué mal habría acaso en que creyeseis este ejemplo? No habría, ninguno; y sólo probaría la buena fe de vuestra mente y sanidad de vuestro corazón.

EJEMPLO SEGUNDO

PODER DEL ARREPENTIMIENTO

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu con que fueron escritas. Si os falta la fe, dejad de leerlas; vuestra escéptica sonrisa es demasiado fácil y vulgar para ser de buen gusto ni de buen tono.

Jules Jannin.

No tiene el corazón peor enemigo que la cabeza.

Alexandre de Lavergne.

HABÍA un señor rico y poderoso que vivía en su castillo, del cual no salía sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar á los viajeros. Era tan malvado y cruel, que nada humano le había quedado en su corazón más que el amor á su mujer, apacible y bella criatura que pasaba los días y las noches llorando las maldades de su marido y pidiendo á Dios que se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutábala humilde señora, nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira;

los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos; todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El señor del castillo aún no había vuelto de su correría, y su angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco después un criado entró en la estancia y dijo á su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frío y de necesidad, perdidos en aquel país agreste, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabía que su marido odiaba á los religiosos, y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde ?

—El señor no lo sabrá—dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos—, y al rayar el día se irán.

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese en la caballeriza más apartada.

No bien hubo salido, cuando sonó una trompa, y el galope de los caballos anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y después de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su mujer á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bujías blancas, finas, suaves como vírgenes, esparcían su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un traje de terciopelo verde bordado de oro y pedrería, no comía; el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrían su frente y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno más, porque eran de aquellas con que el corazón hermo sea el rostro.

—¿Qué tenéis?—le dijo su marido con cariño?

No respondió. —¿Temáis por mi en esta noche de espantoso temporal ? Pues fuera temores; ya me tenéis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana no respondía y seguía llorando, porque las lágrimas son hermanas bien avenidas; á una sigue otra; en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno había guardado en su corazón el amor á su mujer como una án cora de salvación, se afligió de verla

llorar, y le dijo:

—Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi espada enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

—Señor—respondió su mujer—, lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envía su calor como una caricia, otros tiritan de frío; mientras estos manjares excitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, señor, tienen hambre... y por eso se anuda mi garganta y no puedo comer...

—Pero, señora — la dijo su marido — , ¿quién sabéis que se esté muriendo de frío y de hambre?—Dos pobres religiosos, señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño. —¡Frailes!—dijo—holgazanes, pancistas, petardistas, que querrían regalarse á mis expensas.

—No han pedido más que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á un criado. —¡Oh, señor, señor!—dijo sollozando la castellana,—no los echéis fuera; acordaos de vuestra promesa.

—Perded cuidado—contestó el marido—; comerán, se calentarán y además me servirán de diversión. ¡Ya veréis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano como la fría y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol. Cuando se presentaron á su vista los religiosos, por un impulso involuntario se puso en pie, y la impía chanza que asomaba á sus labios retrocedió como una serpiente que se encoge y se vuelve á su cueva. Ello era que había en el rostro del más anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponía, una mansedumbre que atraía, un poder capaz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandólos el Señor sentar á la mesa, y guardaron todos silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su misión, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde había sido desterrada, quedando encerrada en el corazón de la castellana como en un

santuario. Callaba el señor y escuchaba mirando á su mujer, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvación, mientras que sus labios murmuran : “¡ Bendito es el que escucha !”

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y alumbró y llevó él mismo á sus huéspedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas diciendo que jamás descansaban sino ¡sobre paja.

Entonces el señor bajó él mismo á la caballeriza y volvió cargado de paja que extendió en el suelo.

—Padre—dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazón—, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis iniquidades.

—Aunque vuestros pecados — repuso el misionero—excedan en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraría el arrepentimiento y las perdonaría la clemencia de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperación.

Entonces el castellano, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos sobre la paja en que se había arrodillado.

Cuando el misionero, después de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino Tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien y el mal; una alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasión. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oración en los labios; traía algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó. Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente halló d castillo en consternación.

Preguntó la causa. El castellano había muerto aquella noche.

EJEMPLO TERCERO

LA BUENA FAMA

EJEMPLO DEDICADO Y ESCRITO PARA FELICIANITA DE LA PUENTE Y DE LA PUENTE

La mala llaga sana, y mata la mala fama.

(*Refrán.*)

Mi querida Felicianita: Al querer complacerte escribiendo algo exclusivamente para, ti, considero que, para que lo escrito tenga algún valor y alguna utilidad, debe encerrar una enseñanza; lo primero, porque darla es obligación de toda persona mayor en sus comunicaciones con la infancia, obligación natural, como lo es para d que ve, indicar la buena senda al que aún no la distingue; lo segundo, porque toda persona que publica lo que escribe, si con sus escritos no ha logrado más que hacer pasar el tiempo á sus lectores, sin haber hecho brotar en ellos un sentimiento dulce y

bueno, ni un pensamiento elevado y noble, sin haber dado dirección á sus ideas sobre los puntos de que trata, ni comunicádoles enseñanza ó noticias sobre cualquiera materia, aunque sea humilde y sencilla, ese escritor, no sólo ha malgastado su tiempo, sino que se lo ha hecho malgastar á sus lectores.

Pero es el caso, mi querida Feliciano, que tú has alcanzado la ventaja de haber tenido enseñanzas muy superiores á las que yo puedo darte. Es la principal la que mana del recuerdo que conservas de una madre cuya vida fue siempre un acabado modelo de las más exquisitas virtudes de tu sexo, así como de la más escogida cultura. Tienes un padre amante y sabio que dedica á tu educación y á la de tu hermano todos sus cuidados como todos sus afectos, y un tío tan superior á juicios vulgares y profanos, que no se atrevería mi insignificante fallo á calificarle de una de las lumbreras de nuestro respetable episcopado y de una de las glorias de nuestra Iglesia, si no me autorizase á ello el hacerlo todo el mundo (1).

Estas poco comunes ventajas que constituyen endémicos en tu familia el saber y la virtud, harán ocioso é inútil para ti cuanto en estas páginas pudiera decirte para formar tu juicio y tus sentimientos. A pesar de ello, tú has creído que sería una prueba de cariño el que escribiese algo para ti, y esto basta para que me apresure á hacerlo.

Empezaré por emitir algunas ideas sobre la educación, de la cual tanto se habla y escribe hoy día, lo que, como suele suceder, ha acabado por embrollar las ideas de las gentes que tantos y tan distintos pareceres oyen, y entre éstos muy muchos desautorizados. El objeto, el fin y el apogeo de la educación, es, ha sido siempre y debe ser, empezando por la reina y acabando por la más humilde aldeana, el enseñar é ingerir á cada cual el cumplir con sus respectivos deberes. El delicado tacto, el instintivo buen sentido, el sentimiento religioso, que son propios de la mujer y la distinguen, la han hecho comprender y sentir esta realidad; así es que las mujeres son las mejores ayas y maestras de la infancia, y las que con más acierto han escrito sobre la educación.

Para lograr este objeto se debe llevar á cabo una buena educación como se construye un edificio, empezando por darle buenos cimientos para que sea sólida, duradera y útil. Pero se ven

hoy día muchas educaciones parecidas en su confección á esos kioscos ó templetes caprichosos, labrados sin cimientos ni solidez, sin idea de utilidad ni de duración, colocados en los jardines para recreo, y en los cuales se mezclan sin criterio todos los órdenes de arquitectura, formando un conjunto sin filiación, sin armonía y sin utilidad ni resistencia á los rigores de las estaciones; del mismo modo que carecen de poder para resistir á los rigores de la suerte las educaciones superficiales y sin sólidos cimientos. A estos vistosos y ligeros edificios se asemeja, pues, la educación en que se enseña un poco de todo, de inglés, de francés, de dibujo, de música, y hasta de equitación; cosas muy lucidas, pero de poquísima utilidad para el destino de la mujer, que es el de ser esposa y madre en la esfera de la vida doméstica, para lo cual lo que antes de todo debe aprender es el gobierno de una casa que se compone de muchos ramos, que, unidos, forman el bienestar, el orden y el encanto del hogar doméstico, haciéndole así dulce y apetecible á su dueño, y contribuyendo eficazmente á retener á éste en él con placer y alegría, lo cual constituye la piedra fundamental, no sólo de la felicidad conyugal, sino también de la moral social.

La gran maestra que nos enseña y hace amar nuestros deberes es la Religión, que es lo primero que se debe saber y sentir, no sólo por ser el más seguro guía de la conducta, el regulador del sentimiento y el blanco de las aspiraciones de los hijos de Dios, sino porque es también lo primero que la mujer cristiana tiene que enseñar á sus hijos. Así es, Felicianita mía, que he visto mujeres que, sin haber aprendido y practicado más que la Religión, las utilísimas labores de mano, el gobierno de una casa y la crianza de sus hijos, han sido mujeres modelos, mujeres como se ven en la Escritura, mujeres como las quiere Dios y las desean los hombres de bien para presidir el hogar doméstico. Hay más: estas mujeres eran amables, cultas, finas y distinguidas en su trato, porque estas dotes son efectos de la benevolencia, esa dulce aura del cielo, hija de aquellas virtudes y hermana de la buena conciencia.

No creas, niña mía, por lo antedicho que sea yo enemigo de una educación perfilada y esmerada, sobre todo para las jóvenes que pertenecen á las primeras jerarquías y á las clases más pudientes de la sociedad, pero creo que la educación debe tener otras bases

mas solidas y útiles. Los perfiles y primores se pueden comparar á un bello barniz que se debe extender sobre un objeto ya modelado y trabajado, y no sobre uno informe y sin destino; es decir, que lo primero es educar el corazón, y lo segundo, la cabeza.

Una de las consecuencias de no educar el corazón que hallarás más extendida á tu entrada en la sociedad y que verás primero con asombro, y que después, á fuerza de ser cosa tan general y repetida, la presenciarás sin que te llame la atención, es la maledicencia y la calumnia que en esta época acerba y hostil se ostenta con osadía y cinismo.

El cinismo, niña mía, es la falta de vergüenza, y la vergüenza es un velo que, al partir la inocencia, deja en mano de los hombres, para que, siquiera por respeto humano, encubran sus maldades; pero cuando en el hombre ha desaparecido toda clase de respeto, menosprecia la vergüenza, aquel velo púdico que le dejara la inocencia. Hallarás que unas veces por rencor, otras por envidia ó por malas miras, otras por sólo malevolencia, hasta por costumbre, hasta por tono, se escarnecen, se critican, se difaman y calumnian las gentes unas á otras, sin cuidarse á veces, aun sin reflexionar en todo el mal que pueden producir sus palabras, destruyendo la buena fama ajena que *no* pueden restituir, y sin tener presente que *la mala llaga sana, pero mata la mala fama*.

Esto lo define admirablemente el pueblo en uno de sus bellísimos ejemplos, que son la expresión así como la inspiración de las más puras y genuinas convicciones religiosas y morales.

Hácenme algunos el insigne favor de creer que invento estos ejemplos que avaloran mis modestos escritos. ¡Ojalá fuera así que no lo negaría! Pero, lejos de dar pábulo á que esto se crea, he repetido muchas veces, y vuelvo á repetir cuál es su procedencia, en confirmación de lo cual te referiré de la manera que llegó á mi noticia el que voy á contarte, que tan bellísima enseñanza, contiene respecto al asunto de que te hablaba.

Pasando en una ocasión ante el preciosa retablo que se halla en el patio de las Banderas del Alcázar de esta ciudad, detúveme á su frente, como tengo costumbre de hacerlo. Detrás de mí, en el poyo de una casa, estaba sentado un ayo de escuela pequeño y anciano, sin perder de vista á unos cuantos niños que debajo de los árboles

de aquel patio o plazuela jugaban. En el suelo, tendidas á lo largo las piernas y apocada su espalda en la pared, estaba sentado un pordiosero anciano, alto y enjuto, que ejercía la más que modesta industria de pilcar en una tablilla puntas de cigarros puros desechadas, recogiendo lo picado en una lata vieja, para confeccionar cigarros de papel que encuentran compradores. (¡Oh vicio de fumar á lo que obligas!) Ambas figuras me interesaron. Eran tipos de sus respectivas condiciones, eran dos palabras, aunque humildes, que aún no estaban borradas y repuestas con otras en la hoja de la era presente, gran maestra en el arte de borrar y rectificar. *Platicaban* pacíficamente apoyados en aquel muro de siete á ocho siglos, «ante aquel retablo en que rodean á la Virgen purísima y al Niño, San José, Santa Ana, San Joaquín, San Pedro con sus llaves y San Fernando con su espada. Los paraísos estaban en flor, la fuente reflejaba en su mar un cielo de Mayo de Sevilla. Los chiquillos jugaban y los pájaros cantaban; yo permanecía parado. ¿Era acaso fácil .arrancarse de allí, en donde nada recordaba la acerba é intranquila actualidad?

Si complacido observaba cuanto veía, no dejaba de atender y de admirar el profundo buen sentido de que daban muestras en cuanto decían aquellos dos hombres, en particular el pordiosero, de quien recogí muchas ideas originales, máximas buenas y agudas observaciones. Recayó su coloquio sobre el presente descaro de la crítica y la calumnia; y omito las reflexiones y sentencias, .todas excelentes y religiosas, para referirte el ejemplo con que confirmó y acabó de explayar sus ideas él moralista popular, sin que yo perdiese ni una palabra de su relato.

Había una niña muy hermosa, criada por sus padres con mucho recato y temor de Dios, que muy jovencita tuvo la desgracia de perderlos. Vivía retirada, y no salía más que á la iglesia por las mañanas temprano, ni iba á parte alguna, sino á casa de una buena vecina, mujer muy honrada, que le proporcionaba costura con que mantenerse,

Pero las miradas de los hombres corrompidos y disolutos penetran mucho, y dañan, cuanto alcanzan como la de los basiliscos. Así fué que varios de estos inicuos, que abundan en todas partes, se propusieron enamorar á la hermosa niña, y sacarla

de la buena senda; pero todo lo que hicieron al intento fué en vano: su corazón, sus oídos y su casa permanecieron cerrados á toda seducción, como el Paraíso cuando lo guardaba el Angel.

Exasperado el más audaz y más malo de todos, la amenazó con que se vengaría, si se mantenía en no darle oídos; y cuando vió que ni por temor á sus amenazas accedía la niña á sus ruegos, púsolas por obra, publicando por todas partes que era una hipócrita y que él había sido en secreto, y sin gran resistencia de su parte, su correspondido amante.

Como el mundo está siempre predispuesto á creer todo lo malo que del prójimo se dice, la pobre niña quedó en poco tiempo completamente difamada.

Veía la inocente que los mismos que antes la querían bien y la saludaban, la miraban ahora con desvío y con sonrisa burlona; que las gentes honradas que antes la hablaban, ahora le volvían la espalda, y no podía atinar con la causa de estas mudanzas, hasta que, por último, su buena vecina se lo manifestó, añadiendo que sentía, porque la quería bien, tener que decirle que en adelante no podía permitir la intimidad que con sus hijas tenía, porque, aunque no fuera cierto lo que sobre ella decían, era el hecho que había perdido su buena fama, y que la de sus hijas padecería si se trataban con ella. ¡ Un rayo no hubiera podido herir y anonadar en mayor grado á la pobre niña de lo que lo hicieron estas palabras! Retiróse á su aposento llena de dolor y de vergüenza, y cayendo de rodillas, suplicó al Señor la llevase á sí, sacándola de un mundo en el que, como flor marchita por el hálito de una serpiente, no había ya lugar para ella en el verjel de las gentes honradas. Y como si Dios hubiera accedido á la plegaria tan honesta y justamente motivada, desde aquel día empezó á enfermar aquella flor marchita por el vil gusano de la calumnia que roía su corazón.

Vamos ahora á que el mal alma que había robado á esta inocente su único bien, su buena fama, andaba tan descuidado viajando por esos mundos, y siguiendo su viciosa vida, como aquel que cree que no se ha de morir nunca. Sucedió que la capital en que á la sazón se encontraba fue súbitamente invadida por una espantosa epidemia.

Las epidemias, cuyas causas y orígenes no ha podido averiguar el hombre, que tanto sabe y tan comprensivo se cree que quiere explicar á Dios y no explica la causa de una dolencia de su cuerpo que á la vista tiene, las epidemias, digo, los terremotos, las tempestades y otras calamidades, son avisos que Dios envía al hombre para que éntre en sí y retroceda en la senda del mal. Muchos desatienden estos avisos, pero también á otros les sirven de gran provecho, haciéndoles entrar en sí y echarse en brazos del solo que socorre y salva.

Uno de estos afortunados fue el calumniador, cuya conciencia despertó cuando se vio cerca de la muerte, y le puso patente ante los ojos, como un santo juez, la enormidad de su culpa, lo que le aterró tanto que, estando cercano á la corte de Roma, marchó á ella, se echó á los pies del Sumo Pontífice y le confesó su pecado. Su Santidad le puso por condición para absolverle que remediase del modo que pudiese el daño que había causado, y le dio por penitencia que entrase á orar en las iglesias que en su viaje de vuelta hallara á su paso.

Así lo efectuó sumiso el penitente. Llegó á su pueblo en una hermosa noche de luna, y al pasar frontero á su iglesia, extrañó notar la puerta entreabierta y su interior alumbrado. Iba á entrar en cumplimiento de la penitencia impuesta, cuando vió en medio de la nave un féretro que alumbraban y custodiaban cuatro blandones, cuya luz grave, clara y serena cuando posa solemne sobre un cadáver, parece el alba del resplandeciente día sin noche de la eternidad.

—¡Infeliz!—pensó al divisar aquel abandonado cadáver, que no tuvo casa en que quedar depositado, y pidió á Dios la suya que presta Su Divina. Majestad á todos los desamparados! ¡Desdichado, que no tuvo parientes, deudos ni amigos que le velasen, y acudió á que lo hicieran estas luces de la Iglesia, que del mismo modo honran y alumbran el cadáver de los poderosos que el de los míseros!

Acercóse al féretro y retrocedió aterrado. En él yacía el cadáver de la flor que su vil calumnia ajó, y que mataron dos roedores gusanos, el dolor y la vergüenza.

Huyó despavorido, pero encontró las puertas de la iglesia cerradas. Cada vez más asombrado, trató de esconderse; pero ¿dónde, que ante los ojos no tuviese aquel féretro colocado en medio del templo, en el centro del foco de luz que esparcían los blandones?

Sus ojos, fijos y espantados, no podían desviarse de aquel cuadro de terror y de irresistible atracción.

Entonces vió que la muerta levantó su escuálida cabeza, y que, como si le faltasen las fuerzas, la volvió á dejar caer.

El infeliz, extraviado por el espanto, huyó á otro lado; pero ninguno estaba tan desviado que no llegase á él la luz de los cirios, ni tan apartado que no alcanzaran sus miradas al centro.

Vió entonces que la muerta se incorporó y se sentó en su ataúd; pero también esta vez parecieron faltarle las fuerzas, y volvió á caer en la caja. Finalmente: por tercera vez se incorporó, y saliendo del féretro, dirigióse con paso lento hacia él, que postrado de rodillas, las manos cruzadas, los ojos extraviados, empezó á decirle:

—¡Perdona, perdóname piadosa! ¡Sabe que he reconocido mi enorme delito; que me pesa, me pesa, me pesa!... y que peregrinando venia con el cargo y la firme intención de restituirte da buena fama que en mal hora te quité.

La muerta con un gesto le mandó que le siguiese. Encaminóse, seguida por él, á la pila del agua bendita, y llegado que hubieron á ella, le hizo seña de que la vaciase. Trémulo y desatentado, apresuróse él á cumplir con lo mandado. Cuando la pila estuvo vacía, le dijo la muerta con voz grave y severa:.

—Recoge ahora el agua vertida y vuelve á llenar la pila.

Asombrado se quedó el penitente de tan extraño mandato.

—¿No ves—exclamó—que no existe ya el agua... que el suelo la ha absorbido y que es imposible volver á recoger ni una sola gota?

A lo que la muerta repuso en tono solemne :

—La buena fama en el hombre es como el agua bendita en la pila: si una vez se derrama, no podrá el que la derramó recogerla y restituirla.

A la mañana siguiente halló el sacristán cuando entró en la iglesia á un hombre accidentado junto á la pila del agua bendita. Vuelto en si de su accidente, no pudo hablar ni dar noticias acerca de su

presencia en aquel lugar, porque su lengua se había secado. Entró de lego en un convento, en que hizo una vida ejemplar y penitente, y donde murió en opinión de santo.

Si Lamartine, Worthswood ó Bürger hubiesen estado cual yo escuchando al pordiosero, hubiesen escrito sobre lo referido una de esas románticas baladas que conoce y admira el mundo entero; en cuanto á mí, Felicianita mía, no. he podido hacer más que referírtelo tal cual se lo oí al pordiosero, consolándome la idea de que si la forma nada ha ganado al pasar por mi pobre pluma, su hermosísimo espíritu espero que nada habrá perdido.

EJEMPLO CUARTO

LA LIMOSNA

SEÑOR :

Riega lo que es seco,
Pon lo enfermo sano,
Todo lo que es duro
Doblegue tu mano.

HEMOS definido ya otra vez la compasión, calificándola del más puro de los amores. Es engendrada en el corazón humano, como Nuestro Señor Jesucristo en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Ni los vínculos de la sangre, ni la gratitud, ni la simpatía, ni el cariño que engendra el trato, ni aquella inclinación poética y dulce que arrastra á dos jóvenes á unirse para formar una nueva familia según el orden establecido por la superior sabiduría, entran en la existencia de este divino amor que es el que tuvo y tiene Dios á los hombres.

De todos los amores que antes hemos enumerado participan los seres irracionales, lo que demuestra que son en parte debidos al instinto, aunque los purifique y ennoblezca y les dé consistencia el alma; pero la compasión, sólo el hombre entre los seres creados la comprende y la siente. Es el sentimiento humano más exento del preponderante egoísmo; ninguno existe en que más desaparezca la inevitable personalidad, en que sean más espontáneos la

abnegación y el sacrificio y estén más exentos de ulteriores miras. Dios la elevó á precepto con su divina doctrina y la sublimó á medio de salvación, y tanto la amó que dijo que á ÉL daba el que daba á los pobres. Por eso dice el buen sentido del cristiano pueblo, que Jesucristo sabía que siempre habría en el mundo pobres y ricos.

Embebido en esas sublimes máximas, tiene el pueblo en su mente, en que se conservan por tradición, esos *Ejemplos* sencillos y cándidos en su forma, profundos y ascéticos en su idea, que llamaríamos, si no fuese irreverencia, fábulas religiosas, tomando esta palabra en el primer sentido que le da el Diccionario de la Academia, esto es: *Narración inventada para deleitar con enseñanza*, ó bien práctica demostración de un punto de doctrina.

Vamos á referir uno de estos ejemplos, recogidos de los labios de una pobre anciana campesina, ejemplo que es tan ingenioso como Cándido y tierno, y que patentiza admirablemente la manera de ver y de sentir del pueblo en la materia de que venimos tratando.

Había dos hermanos—refirió la anciana— que habían heredado de sus padres un buen pasar; el mayor se casó con una mujer que tenía hacienda, y el otro con una pobre; ayudó la fortuna al mayor, que se enriqueció, y faltóle al segundo, que, por mucho que trabajó, empobreció.

Sucedió que el mayor y su mujer con sus riquezas se llenaron de codicia, se les endureció el corazón y se alejaron de Dios.

Por el contrario los otros, que con su pobreza se mantuvieron mansos y humildes, y tan compasivos á las necesidades ajenas, que partían con otros más pobres que ellos un pedazo de pan que tuviesen. Manteníanse asimismo muy buenos cristianos y devotos, y éranlo en particular de un Jesús Nazareno que, no lejos de su casa, coronado de espinas y cargado con la cruz, decía por medio de un letrero: *El que me ame, tome su cruz y sígame*, y cada vez que lo leían se abrazaban gustosos con la cruz que el Señor les había enviado como un reclamo.

Cayó malo el infeliz, y después que hubo agotado todos sus recursos y vendido cuanto tenía para costear la enfermedad, le dijo á su mujer que fuese á pedirle un socorro á su hermano. Fué ésta, como se lo había mandado su marido; pero los cuñados la recibieron mala y desabridamente y le echaron en cara la pérdida de

su hacienda, pérdida que, como siempre acontece, achacaron á su mal manejo, contentándose con darle por socorro una miseria.

La mujer se volvió á su casa afrentada y atribulada. Contóle al marido cuanto había acontecido con su mal hermano; pero el marido lo disculpó, y á los pocos días, habiéndose podido levantar de la cama, fué él mismo á hacerle presente sus apuros y quebrantos.

Su hermano, que tenía ya el corazón acorchado, al verlo se incomodó, no quiso oírlo y le tiró una moneda á la cara, intimándole que estando ya capaz de trabajar, lo hiciese y no volviese á molestarlo ni á aportar por su casa.

El pobre, que era humilde, no contestó, tomó la moneda, se volvió á su casa y le dijo á su mujer:

—Toma ese dinero que será el último que le pida á mi hermano; compra pan y lo que fuese menester para poner una ollita, y como será la última que comamos, voy á convidar á Nuestro Padre Jesús Nazareno á que la venga á comer con nosotros.

En seguida se fué, se arrodilló ante el Señor y le dijo: “Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada, y á pesar de eso os vengo á rogar que á ella vengáis para santificarla. Bien poco tengo que ofreceros, Señor, pero os convidó á mi pobre mesa, ya que tantas veces habéis admitido á este miserable á la vuestra. Señor, que no despreciáis á los humildes, recibid esto poco que con tanta voluntad se os ofrece.”

Al oír estas razones, el Cristo inclinó la cabeza en seña! de que accedía á la súplica, y el pobre se volvió á su casa con un gozo tan grande en su corazón, que se le ahogábanlas palabras en la garganta, y sólo podía llorar por su cara abajo como si cada uno de sus ojos hubiese sido una fuente.

Finalmente, prorrumpió en estas palabras que dijo á su mujer:

—Jesús, mi dulce Jesús vendrá á la mesa del pobre; el Rey de los reyes entrará en casa del humilde; prepárala, pues, mujer mía; sobre todo que esté aseada; encalalá, que esté blanca y limpia para agradar al Señor

La mujer se puso sobre la marcha á arreglarlo todo, de manera que aunque la casa era chica y pobre, parecía bien y relumbraba de aseo.

Antes de mediodía llamaron á la puerta. Era un pobre que pedía limosna con mucha necesidad.

—Nada tengo—dijo la buena mujer—pero la comida está guisada, y aunque es muy poca la cantidad le daré mi parte á este desvalido y no comeré.

Agarró en seguida el pan, le cortó un canto, sacó un plato de comida de la olla y se lo dió al pobre, quien se lo comió y bendijo la casa de los caritativos que le habían socorrido.

Pero pasaba el mediodía y Jesús Nazareno no venía, viendo lo cual se fue el marido á la efigie, se arrodilló y recordó al Señor su promesa.

—Fui á tu casa—respondió Jesús Nazareno—, en ella me acogisteis y me disteis de comer, por lo cual la he bendecido.

El pobre se volvió tan contento y tan glorioso á su casa, que no le cabía el corazón en el pecho, y le contó á su mujer lo que el Señor le había dicho.

Desde aquel día, en la casa en que con tanta mansedumbre y resignación se habían sobrellevado las adversidades, donde de la boca se lo habían quitado para dárselo á los pobres, todo prosperó y todo fueron felicidades.

La cuñada, que era muy envidiosa, tenía gran afán por saber la causa de tanto bienestar del buen matrimonio, por lo que fué á visitarlos y, haciéndoles mil carantoñas, acabó por preguntarles lo que saber quería.

Como sus cuñados tenían buena fe y sencillez de corazón, le contaron cómo habían convidado á Jesús Nazareno á su casa, y *cómo* este Señor tan accesible y tan bueno había venido á ella y la había bendecido.

Apresuróse esta codiciosa mujer á referir al marido lo que indagado había, y concertaron que fuese éste á convidar á su casa á Jesús. Jesús no rehusó, porque á nadie que lo llama desatiende su clemencia. No bien lo supo la mujer cuando adornó la casa de gran manera, preparando en ella un espléndido banquete.

El día señalado y estando aguardando tan regocijados á su convidado, llegó un pobre á la puerta pidiendo una limosna con mucha necesidad; pero se la negaron, y como insistiese en pedirla

una y otra vez, cogió la mujer una vara y le asestó con ella tan [fuerte golpe que le hizo una herida en la cabeza.

Viendo que Jesús no venía, fue el marido y se arrodilló ante la efigie, notando que tenía una herida más en la cabeza, y le dijo:

—Señor, ¿no habéis prometido venir á mi casa?

—Y fui—contestó el Señor—; pero no me habéis querido recibir, me habéis echado de ella y me habéis herido.

El hombre se fué desesperado; al llegar á su casa no halló sino escombros, á la casa se había prendido fuego y en un momento había reducido á polvo y ceniza todas sus riquezas.

NO HAY BUENA ACCION SIN PREMIO

HABÍA una vez un Conde que quedó muy temprano huérfano y dueño de un gran caudal. Como le faltó la autoridad y sujeción de sus padres, que tan necesaria es á los hijos, se rodeó de viciosos y corrompidos amigos, que le arrastraron á imitar todos sus desmanes y le imbuyeron todas sus perversidades.

En una ocasión en que había ido con todos ellos á cazar á una de sus propiedades, hallábanse después de una divertida cacería cenando opíparamente á una mesa cubierta de ricos manjares y exquisitos vinos. Malos dichos, impías proposiciones, groseras chanzas amenizaban el escandaloso banquete, cuando se abrió la puerta dando entrada á una hermosísima doncella. Acercóse llorando, pero serena, al Conde y le dijo que era hija del jardinero de aquella posesión, fiel servidor que había sido toda su vida de sus padres, y que acababa de morir dejándola sola, pobre y desvalida, por lo que venía á pedir al señor Conde que, por caridad, y en premio de los buenos y largos servicios de su padre, le diese un dote para entrar en un convento, lo que había sido siempre su mayor deseo, y si le otorgaba su súplica, la haría feliz, y amparando al desvalido haría una obra grata á los ojos de Dios.

Apenas hubieron oído aquellos corrompidos y descreídos la petición de la doncella, cuando se pusieron á reir y á mofarse de ella, calificando su deseo de locura, insensatez y aberración fanática, y repitiendo en coro que una mujer tan joven y tan bella debía disfrutar del mundo y de sus placeres, como de los goces del amor, y que hallaría desde luego en cada uno de ellos el más apasionado amante.

Con estas razones depravadas, y con bromas audaces, hicieron lugar en la mesa á la doncella para que se sentase, y al ver que escandalizada se negaba á sentarse al banquete, intentaron hacerla ocupar aquel puesto por violencia.

—¡Señor—gritó acongojada la doncella acercándose al Conde:— en nombre de vuestra madre, que fué una santa, os imploro para que me protejáis! ¡ Impedid que sea ultrajada la inocencia bajo el techo de la noble mansión de vuestros respetados padres!

Entonces el Conde se levantó, y poniéndose entre ella y sus convidados, les dijo;

—Apartaos; y tú vete en paz y amparada, pues te concedo el dote que me pides.

—¡Señor,—exclamó la doncella enajenada:—mientras se muevan mis labios y lata mi corazón rogaré á Dios que os premie tan santa y generosa obra!

El Conde siguió en su mala vida, y algunos años después volvió con sus mismos viciosos amigos á cazar á aquella misma posesión.

Una noche, después de haber cenado de la misma manera escandalosa que antes hemos descrito, se durmió rendido y tuvo una extraña visión en sueños. Veía al Señor en su gloria, sentado sobre un trono resplandeciente; vio traídos á la augusta presencia del Supremo Juez, por las gíarras de los espíritus del mal, á las mancilladas almas de sus amigos, que fueron condenadas. Vió después que traían á la suya, manchada y ulcerada cual aquéllas; pero en aquel instante una mano blanca y pura la arrancó de las negras garras que sujeta la tenían, que en seguida se cruzó con la otra hermana, y que así cruzadas se alzaron á Dios.

Despertóse sobrecogido y oyó en el castillo un ruido espantoso.

—¿Qué es eso?—preguntó á un criado que acudía despavorido.

—Señor,—contestó el criado,—el Palacio ha ardido sin que esfuerzos humanos hayan bastado á contener las llamas, que todo lo han consumido sin dejar ni aun tiempo de salvarse á vuestros amigos, hasta llegar a vuestras habitaciones, donde milagrosamente se han apagado.

El Conde, asombrado, comprendió que los ruegos de la doncella, á quien él salvó y amparó, habían alcanzado del Señor le concediese tiempo en esta vida para convertirse, y se convirtió.

POBRE DE ESPIRITU

Y RICO DE CORAZÓN

HABÍA una pobre viuda que tenía un hijo, al que amaba, después de á Dios, sobre tocio en este mundo; era el niño tan inocente, tan bueno, tan sumiso, que preciso era quererle, aun sin ser su madre; pero al mismo tiempo ena tan limitado de alcances, que imposible se hacía enseñarle nada, faltándole comprensión y memoria. Su madre lo puso en la escuela, pero nada aprendió; quiso ponerle á un oficio, pero sucedió otro tanto, y sus maestros, después de haberlo maltraído con burlas y vilipendios, lo despidieron.

Entonces su pobre y afligida madre habló y buscó consuelo en su confesor, que era un respetable religioso, y le suplicó que se empeñase con efl prior del convento á fin de que recibiese á su hijo de lego en el monasterio.

Así lo hizo el buen padre, y el muchacho entró en el convento.

El buen religioso trató de instruir á su protegido en la religión cuyas primeras nociones le había inculcado su piadosa madre, pero jamás pudo hacerle aprender de memoria ni acordarse sino de estas expresiones de la fe, de la esperanza y de la caridad: “Creo en Dios, espero en Dios y amo á Dios.”

Cuando pasó el año de noviciado se determinó desahuciarlo por inepto, pero como era tan servicial, dulce y humilde que todos los religiosos le querían, y que vieron con lástima el desconsuelo de su

pobre madre, determinaron que se quedase en el convento para trabajar en la huerta.

Después de largas y penosas tareas que le imponía el hortelano, se le veía, en vez de dormir y descansar, ir á la iglesia y pasar horas enteras en ella de rodillas.

—¿Qué hará allí?—decían los novicios:— no sabe leer ni rezar, ni comprende el rito ni las oraciones de la iglesia.

Llenos de impertinente curiosidad se ocultaron un día para ver y oír en qué pasaba el tiempo, y vieron que no hacía más que repetir incesantemente con gran fervor:

—Creo en Dios, espero en Dios y amo á Dios. Al «cabo de algunos años murió el pobre lego, con da misma tranquilidad con que había vivido; lo hallaron con el rostro sereno y las manos cruzadas muerto en su jergón de paja. Lo enterraron como á inocente sin oficio de difuntos y sin que doblasen las campanas. A poco no se conocía el rincón de tierra en que estaba enterrado, sino por las lágrimas con que lo regaba su madre.

Pero algún tiempo después vieron que espontáneamente había crecido sobre aquella sepultura una hermosa azucena; se acercaron á ella y vieron con admiración que las blancas hojas de la flor tenían cada cual un letrero con caracteres de oro que decían: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios!

Escarbaron la tierra y vieron que la flor tenía su raíz en el corazón del hijo de la pobre viuda.

LEYENDA DEL JUDIO ERRANTE

Juan, espera en Dios

LA leyenda del Judío errante que nombran Ashaveros, es universal en todos los pueblos cristianos, aunque en cada cual difiere, si no en su esencia, en sus versiones. El eminente literato D. Fernando Wolf, al hacerse cargo de la versión popular española que hemos dado al público en la relación denominada *La Estrella de Vandalia*, la compara á otras y la prefiere por el dulce espíritu católico que reina en ella, que es el espíritu del perdón que á nadie excluye, pero del que todos sin excepción necesitamos, espíritu del que las demás carecen. Y, efectivamente: ¡cuán bella es la versión popular española del Judío errante, de esa tradición universal que es apócrifa y que puede que parecerlo sea parte del destino de aquel ser excepcional! Nos dice que sufre este Judío la expiación de su maldad en este mundo en que pasa desconocido; nada obliga á creer esta tradición cierta; pero nada tampoco se opone á que por cierta se tenga, y se desea que fuese comprobada, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redención. Esta tradición, profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiación con el premio, la guarda el pueblo en el archivo de su fe, fe ciega, como debe ser, pues así se simboliza la religiosa.

Era este Judío un zapatero que vivía en Jerusalén en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz á cuestas, al llegar á la puerta de la casa del zapatero, iba tan destrozado y tan exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño:

—Juan, déjame descansar aquí, que sufro mucho.

El despiadado zapatero le contestó:

—Anda, anda, que yo también sufro aquí cosido al remo del trabajo—y le cerró la puerta.

Entonces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, repuso:

—¡Anda tú, anda, y que sea hasta la consumación de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andabansus pies sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entonces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumación de los siglos, para que se cumpla la maldición de Dios que sobre sí se atrajo.

Conoció aquel despiadado que sufría un castigo dd cielo por su dureza y por aquella palabra tan cruel de *anda, anda*, que arrojara á la íaz del maltraído inocente que le pidió descanso, y se arrepintió con el alma de lo que había hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse. Así anduvo hasta que al año, el Viernes Santo, á las tres de la tarde, se le apareció en lo más lejano de los horizontes, entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pie de la más alta, que era la de enmedio, hallábase una Señora tan hermosa como afligida, tan afligida como mansa. Esta Señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hacia él y le dijo:

—Juan, espera en Dios.

Entonces el infeliz sintió un consuelo muy grande, y con más ánimo siguió andando y anda sin pararse desde diez y ocho siglos; y cuando se ve tan solo y desconocido de las generaciones que ve surgir y caer, ve sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra, que fué la del Dios de Israel, en poder de moros; su pueblo, maldecido, desparramado, despreciado, con una señal en el rostro como Caín, se acongoja y desfallece su corazón. Pero vuelve el tiempo de la Pasión, y con él el Viernes Santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes y la Señora que con su dulce voz le dice; *Juanj espera en Dios*; entonces recobra la esperanza y con ella ánimo para cumplir su condena, y entonces vuelve á andar sin nunca pararse, por lo cual le nombran *Juan, espera en Dios, el Judío errante*.

¡Cuántos hay, Señor, que te cierran hoy día sus puertas con la misma crueldad que lo hizo este judío! Puedan algún día lograr con su arrepentimiento la intercesión de tu piadosa Madre y que envíe á los corazones que la imploran por consuelo la esperanza!

PARENTESCO ESPIRITUAL

PADRINO Y AHIJADO

ERASE una vez un pobre, tan pobre, que no tenia con qué vestir al octavo hijo que iba á nacerle, ni qué dar de comer á los otros siete. Un día se salió de su casa porque le partía el corazón oírlos llorar y pedirle pan.

Echó á andar sin saber adonde, y después de haber estado andando todo el día, se encontró á ta caída de la tarde á la entrada de una cueva de ladrones.

El capitán de la banda le salió al encuentro, y le preguntó qué era lo que quería.

—Señor—respondió el pobre hombre hincándose de rodillas,— soy un infeliz que no hago daño á nadie, y que me he salido de mi casa por no oír á mis pobres hijos pedirme pan que no puedo darles, ni presenciar el parto de mi mujer, que no tiene en qué envolver lo que nazca.

El capitán tuvo compasión del pobrecito, le dio .de comer, le regaló un bolsillo con dinero y un caballo, y le dijo que cuando naciese su hijo le avisase, porque quería ser el padrino del niño.

El pobre se volvió á su casa, que más que andar parecía volar, y con tanto contento que no le cabía en el corazón.

Cuando llegó, ya la criatura había nacido; entregó á su mujer el dinero que traía, y en seguida se volvió á la cueva y dijo al

bandolero lo ocurrido, y el bandolero prometió que aquella noche iría á la iglesia y cumpliría su palabra.

Así lo hizo, tuvo el niño en la pila y le regaló un bolso lleno de oro.

Poco tiempo después el niño se murió y se fué al cielo. San Pedro, que estaba en la puerta, le dijo que entrase; pero el niño le contestó:

—Yo no entro si mi padrino no entra conmigo.

—¿Y quién es tu padrino?—preguntó el Santo.

—Un capitán de bandoleros— contestó el niño.

—Pues, hijo—repuso el Santo—tu, inocente mío, puedes entrar, pero tu padrino no.

El niño se sentó muy triste con la mano puesta en la mejilla, pero sin entrar.

Acertó á pasar por allí la Virgen, y al verlo tan afligido le dijo:

—¿Por qué no entras, ángel mío? El niño le respondió que no quería entrar si no entraba su padrino, y San Pedro le dijo á la Señora quién era el padrino del niño, y cómo era cosa imposible que entrase en la mansión de los justos.

El niño se puso entonces de rodillas, cruzó sus manecitas, y lloró tanto, que la Virgen, que es madre de misericordia, se compadeció de su dolor. Se alejó y volvió á poco con una copa de oro en la mano.

Toma, le dijo al niño entregándosela; vete á buscar á tu padrino y dile que llene esta copa de lágrimas de contrición, y que si así la trae, podrá entrar contigo en el cielo. Ponte estas alas de plata y echa á volar.

El ladrón estaba durmiendo en una peña con el trabuco en una mano y un puñal en la otra: al despertar vio enfrente de sí sentado en una mata de alhucema á un hermoso niño desnudo, con unas alas de plata que relumbraban al sol, y una copa de oro en su manita.

El ladrón se refregó los ojos, creyendo que estaba soñando; pero el niño le dijo:

—No creas que estás soñando; yo soy tu ahijado que vengo por ti para llevarte al cielo y pagarte el beneficio que me hiciste llevándome á cristianar.

Y en seguida le refirió cuanto había ocurrido.

Entonces el corazón del pecador se abrió como una granada, y sus ojos vertieron agua como fuentes. El dolor que por sus culpas sintió fué tan agudo, y tan vivo y penetrante su arrepentimiento de haberlas cometido, que le atravesaron el pecho como dos puñales, y murió. Entonces el niño que había recogido aquellas lágrimas en la copa de oro, voló con ella y el alma de su padrino al cielo, en que entraron ambas, pues Dios quiere, no la perdición, sino la salvación del hombre, y se la concede con el perdón, de que todos necesitamos; pero ese perdón quiere el Señor que se *le pida* humilde, y no que se desatienda orgulloso.

Entonces el corazón del pecador se abrió como una granada, y sus ojos vertieron agua como fuentes. El dolor que por sus culpas sintió fué tan agudo, y tan vivo y penetrante su arrepentimiento de haberlas cometido, que le atravesaron el pecho como dos puñales, y murió. Entonces el niño que había recogido aquellas lágrimas en la copa de oro, voló con ella y el alma de su padrino al cielo, en que entraron ambas, pues Dios quiere, no la perdición, sino la salvación del hombre, y se la concede con el perdón, de que todos necesitamos; pero ese perdón quiere el Señor que se *le pida* humilde, y no que se desatienda orgulloso.

NO HAY PASO PERDIDO SI SE DA CON BUENA INTENCIÓN

HABÍA una vez un anacoreta que había fabricado su ermita en un valle, cerca de un monte, sobre el que había un hospital. Hubo una gran epidemia y el hospital se llenó tanto de enfermos, que no había manos que bastasen para asistirlos, por lo cual acudieron al ermitaño para que fuese á prestarles auxilio. El buen ermitaño se apresuró en acudir, y todas las mañanas, apenas echaba el sol sus luces, tomaba su báculo y trepaba la empinada cuesta para tomar su puesto en la enfermería.

¿No sería mejor, pensó un día, en el que el calor le fatigaba mucho al subir aquella cuesta tan pendiente, no sería mejor que latíase yo mi ermita aquí arriba con lo que me ahorraría tanta molestia?

Oyó entonces una voz que contaba detrás de él: “Uno, dos, tres, cuatro.” Se volvió, pero no vio á nadie.

¡Que no hubiese yo discurrido esto antes, siguió pensando, qué de fatigas y cansancio me habría ahorrado!

Oyó entonces de nuevo la voz que á sus espaldas seguía contando. Volvió atónito la cabeza, pero, como la vez primera, no vió á nadie.

Cerca de la cumbre ya, tendió la vista para buscar un sitio á propósito en que situarse, cuando de nuevo oyó la voz que siempre seguía contando.

Volvióse con presteza y vió con asombro á un ángel, el que le dijo: —Soy el ángel de tu guarda, y cuento tus pasos.

Así veis, niños míos, de que nada de lo que se hace con buena intención hay perdido para el cielo, y que para ser meritoria una acción no es preciso que lleve consigo una utilidad palpable ([1](#)).

LA VIRGEN DE LAS RUINAS

HABÍA una vez una pástorcita tan buena, tan bonita y tan cristiana que era un hechizo. Guardando un día sus ovejas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito fresco y verde como una maceta de albahaca. En medio de muchas florecitas silvestres notó unas ruinas cuyos paredones estaban tan tristes como el que no puede ni vivir ni morir. En aquel que más descollaba y aún se mantenía entero, gracias á un ciprés que había crecido á sus espaldas como para sostenerlo, vió en un nicho á una imagen de la Señora; sus vestidos, que habían sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hechos jirones. Nada adornaba al nicho sino unos pabellones de telarañas y una rama de hiedra que entreponía sus hojitas entre el temporal y la Santa Imagen como para guarecerla. Entonces la pastorcita se puso á llorar amargamente, diciendo: —¡ Ay Madre mia! ¡ Madre mía! qué sola y qué abandonada estás! ¡ Qué dolor, qué dolor de que la Reina de los Cielos esté tan desatendida en la tierra! ¡ Quién fuera rica para volver á levantar esta capilla y restablecer en ella tu culto! ¡ Quién tuviese siquiera lo que se necesitase para mercaros, madre mía, un vestido nuevo!

Y la pastorcita, no pudiendo hacer otra cosa, se puso á limpiar el nicho y lo rodeó con guiraldas que hizo con tas florecitas del campo, y todos los días, mientras sus ovejitas pastaban, ella hacía guiraldas frescas para adornar el nicho de la Virgén, y enseñaba a los corderitos á doblar la rodilla ante la imagen.

Una noche oyeron unos cabreros que pasaban por allí gemidos, se acercaron y vieron que salían de una chocita que estaba entre las ruinas. Entraron y vieron á la pastórcita tendida sôbre la paja

mojada, porque había llovido; su cabecita caía sobre la tierra húmeda y dura; ella era la que se quejaba y llamaba á María en auxilio suyo.

Al verla tan enferma, corrieron los cabreros á un convento cercano á dar aviso, y salieron al punto dos religiosos á socorrer y auxiliar á la pastorcita.

Cuando se acercaron á la choza, vieron una claridad muy grande y se figuraron que estaría ardiendo, por lo cual apresuraron el paso; pero cuando entraron en ella, no vieron fuego, sino unos mancebos cuyas túnicas blancas resplandecían tanto que causaban aquella claridad. Cerca de la pastorcita estaba una Señora muy hermosa reclinando la cabeza de aquélla sobre su pecho, y cuando se acercaron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar y morir. Entonces la Señora hizo seña á los bellos mancebos, que se acercaron, tomaron en sus brazos á la pastorcita, que aún muerta conservaba su sonrisa, y se la llevaron al cielo, porque aquellos mancebos eran ángeles, y la Señora, la Virgen de las Ruinas; y ésta se volvió á su nicho para ganar más almas al cielo.

LA CONFESION DEL SIMPLE

Había una madre que tenía un hijo muy bien inclinado, pero muy simple. Era tan falto de memoria que no le había podido enseñar la palabra de la doctrina, ni las oraciones de la confesión, ni recordar y expresar sus culpas. Sólo la siguiente oración sabía y repetía fervorosamente todas las noches:

Señor mío Jesucristo,
Padre de mi corazón,
Perdonadme mis pecados
Que vos sabéis lo que son;
Pues me veis arrepentido,
Echadme la absolución.

Siendo ya crecido, lo llevó su madre á confesar; pero, examinado por el confesor, como á nada de lo que le preguntó de la doctrina pudo contestar adecuadamente, le dijo á la madre que no podía confesarlo y absolverlo, por ignorante y simple. Madre é hijo se echaron á llorar amargamente clamando :

—¡ Señor, no rechaces á los pobres de espíritu, que con su corazón te aman y buscan!

Mientras, el religioso se había revestido y salió á decir Misa; sobre el altar halló un papel en que estaba escrito: “Absuelve á ese penitente cuya confesión he oído yo cada noche.”

LA MEDITACION DE LA VIRGEN

HABÍA una vez una pobre viuda que no tenía más que un hijo, y era éste un malvado facineroso, por lo cual la pobre madre, que era una bendita, se moría de pena, y no comía un pedazo de pan que no estuviese empapado con sus lágrimas. No tenía la infeliz más consuelo, más esperanzas ni más refugio que sus oraciones á la Virgen, suplicándola que se apiadase de aquel perdido sin fe ni ley, y lo volviese á traer al santo redil del Buen Pastor.

Entre tanto aquel desgraciado seguía en su mala vida, asumiendo iniquidades, hasta que llegó el caso que, perseguido y acosado por la justicia, no hallase albergue en que hospedarse ni guarida en que refugiarse.

Huyendo, pues, en una ocasión, sin saber dónde esconderse, se internó en unos andurriales y llegó á un yermo solitario en que había una capilla. Viola abierta, y como estaba rendido de cansancio y fatigado por el calor, entró en ella para descansar.

Apoyóse en una columna y alzó los ojos hacia el altar, sobre el que se veía una hermosa imagen de bulto de la Señora con el niño en brazos.

Mirábala el facineroso, apartaba la vista y volvía á mirar. Considerándola así con el niño en brazos, se acordaba de su madre, y una pena y angustia amarga nació y fue creciendo en su corazón y subiendo más y más como la marea del amargo mar. ¡Quería sacudir aquel pesar y desasosiego, y no podía; quería irse y se volvía! Y era porque aquella Señora le miraba á él con tanta dulzura y compasión, que parecía rogarle que no se fuese, hasta que brotando copiosas lágrimas de sus ojos y doblándose sus rodillas, cayó postrado clamando:

—¡Misericordia, madre mía, misericordia!

Al verle postrado y derramando muchas lágrimas, >la Virgen le dijo al niño;

—Hijo mío, perdona á este pecador arrepentido.

Pero Jesús respondió: —No puede ser; sus maldades superan toda clemencia.

El pecador que esto oía, sollozaba, se golpeaba el pecho y exclamaba:

—Madre de desamparados, mírame desamparado de Dios y de los hombres por mis maldades. No me desampares tú también, tú, refugio de pecadores] que así me enseñó mi madre á llamarte, aquella madre que tanto confiaba en tu poderosa intercesión.

—Hijo—tornó á decir la Señora á su hijo,—por su madre que fué tan devota de la tuya, por la preciosa sangre que derramaste para redimir al pecador, por las lágrimas de dolor que vierte el que está postrado á tus pies, perdónalo.

—No puedo hacerlo sin faltar á la justicia, contestó el Señor.

El pecador al oírlo se echó al suelo y empezó á golpearse la frente contra las losas del pavimento, gritando acongojado:

—Madre mía, madre mía, ¿ me he de condenar? ¿Serán para siempre cerradas las puertas del cielo para mí, que aunque tarde, abro los ojos á la luz y detesto mis culpas ?

—Hijo mío, ¿ desde cuándo eres sordo á la voz del arrepentimiento?— dijo la Virgen—.¿ No pusiste en las santas enseñanzas de tus parábolas al hijo pródigo en él lugar preferente en la mesa de su padre? ¿Qué más que otros ha hecho este pecador ?

—Se ha emancipado en su soberbia de su Dios.

—Ahora se le humilla y le adora postrado.

—Hia profanado mi (templó. —Ahora lo consagra con sus lágrimas de dolor y contrición.

—Ha faltado á mis mandamientos. —Ahora los acata pidiéndote perdón y misericordia.

—Ha causado graves, daños con sus escándalos y, mal ejemplo.

—Ahora edificará con su conversión. —día sido mal hijo. —Su madre le ha perdonado. —Sus crímenes son muchos. —Más son sus lágrimas de dolor y arrepentimiento.

Y bajando la piadosa Señora dd altar, colocó en él á su hijo que tenía en brazos, se hincó de rodillas y le dijo:

—¡ Hijo, aquí postrada te pido la gracia de este pecador!

—¿Qué hacéis, qué hacéis, Madre mía? —dijo el Dios niño alzando á la Señora.— ¿Quién vió nunca á una madre arrodillarse ante el hijo que parió ? Alzad, madre mía, y séale perdonado á aquel que tanto en vuestra misericordia y valimiento confió.

Al oír esta clemente sentencia, el pecador alzó los ojos, abrió enajenado sus brazos, dio una voz de júbilo supremo, y murió, pues su dolor había sido tal, que le había: partido el corazón en d pecho.

No hay caso en que esté proscrita la esperanza, ni negada la misericordia al arrepentido que muere cristiano y contrito.

LA CARIDAD MAS MERITORIA

HABÍA una reina tan buena y tan sumisa, y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono y con su ejemplo una gran lección á sus vasallos.

Estableció esta gran reina un premio para aquel que en el año transcurrido hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad,, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado por ella, y estaba reunido un inmenso concurso presidido por la reina en su tronó, se acercó uno y dijo que habia labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazón de la buena reina se llenó de gozo al oír esto y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido.

—Sí, señora —contestó el interrogado;— sólo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro en que conste en qué fécha y por quién fué construido el edificio.

La reina le dio las gracias, y se presentó otro.

Este dijo que había costeadó á sus expensas un cementerio en su pueblo que de éste carecía. Alegróse la virtuosa reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que sólo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia.

Dióle gracias la reina, y en seguida se presentó una señora que dijo que había recogido una pobre niña huérf ana que se moría de hambre, y Ja había criado dándole Jugar de hija que no tenía.

—Y la tienes contigo?—preguntó la reina.

—Sí, señora,—contestó la interrogada—; es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrían calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacía esfuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar concurrido.

—¿Qué quiere ese bello niño?— preguntó la reina que no cerraba sus oídos, que eran más de madre que de soberana, á ninguno que deseaba hablarle.

—Quiero—contestó el niño con mucha gravedad y dulzura—, traer á vuestra majestad á la que ha merecido el santo premio que habéis instituido para la mayor y la mejor obra de caridad.

—Y ¿quién es?—preguntó la reina. —Es esta pobre andana— contestó el niño.

—Señora—dijo toda cortada y confusa la anciana—nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante has merecido el premio —dijo en tono suave, pero decidido, el niño.

—Pues ¿qué ha hecho?—preguntó la noble reina que antes de todo quería ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan— respondió el niño.

—Ya veis, señora—exclamó apurada la anciana—, ya veis, un mendrugo de pan!

—Es verdad—repuso el niño—que no fué más que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenía.

La reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el Niño Dios, se elevó á las alturas bendiciendo á la gran y virtuosa reina que daba premio á la caridad, y á la buena y humilde anciana que lo había merecido.

LA INTENCION

HABÍA en una huerta un pobre niño huérfano que por caridad habían criado en ella.

Todas las madrugadas venía al pueblo á traer la berza, y después de entregarla al revendedor, se iba á la iglesia de un convento; allí con mucho amor y fe se ponía de rodillas ante la imagen de la Madre de Dios, y no pudiendo traerle otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de la berza que criaba.

Los padres, que notaron esta extrañeza parecida á un desacato, llamaron un día al niño y le preguntaron que por qué hacía aquello. El niño contestó que lo hacía por el grande y tierno amor que tenía á la Santa Madre de Dios, que miraba como madre suya también por no tener otra.

—Y qué,—le preguntaron los padres—: ¿ no sabes demostrarle tu amor de otra manera? ¿No sabes rezar?

El niño contestó que no sabía oración alguna.

Entonces le dijeron los padres que todas las mañanas al volver de la plaza entrase en el convento y que ellos le enseñarían.

Así sucedió, y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras cosas, y ya no llevaba las hojas de las berzas á la Señora porque le daba vergüenza.

Pero sucedió que el niño cada vez se fué poniendo más triste. Los padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza y se la preguntaron, á cuya pregunta contestó el niño que era porque la Virgen no le quería ya como antes.

—¿Y cómo sabes eso?—preguntaron los padres.

—Lo sé, lo sé—contestó el niño. —Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como antes?—tornó á preguntar el Prior.

—Desde que tanto he aprendido— contestó el niño.

—Pues qué—prosiguió el Prior,—¿te mira mal la Señora ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas?

—No, no; eso no—respondió el niño. —Pues entonces—dijo el Prior,— ¿por qué dices que no te quiere como antes?

—Porque antes—contestó el niño— cuando la traía las hojitas de mis berzas se sonreía, y ya no sonrío.

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**

(1) Ratonpérez es un bichito gris muy inofensivo, tímido, que no hace ruido y sólo sabe huir.

(1) Si bien la etimología de este nombre no encierra en sí ningún devoto sentimiento religioso ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al menos una cosa, y es que los españoles, á quienes califican las sociedades bíblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, saben de memoria el Santo Evangelio y podrían ir á enseñárselo de viva voz á los que les acusan de ignorantes.

(1) El objeto de este cuento es patentizar con hechos que el incesante anhelo que excitan en el hombre sus continuos deseos, que son á veces contrarios á su felicidad, lo hacen á menudo desgraciado cuando llega á verlos realizados, por las consecuencias que han traído, haciéndole desear que nunca se hubiesen cumplido.

(1) El Carlanco pertenece á la familia de los pavorosos y fantásticos monstruos del Cancón, del Bú y del Coco.

(1) En este cuento está representada la codicia en el afán con que repite el molinero su *pico, pico*, y la fortuna ó suerte en el Rey, que ayuda al codicioso á veces en sus afanes; al fin aparece la divina intervención en la muerte, la que con un soplo frío anula los cálculos de los hombres y desvanece los dones de la fortuna.

(1) El añadir cuando hablamos de las cosas que pensamos hacer, y de que tan poca certeza tenemos de llevar á cabo, el *si Dios quiere*, es una señal de sumisión y reverencia á su divina voluntad, de las que nunca le podremos dar bastantes; es como santificar nuestros propósitos poniéndolos bajo el beneplácito de Dios, lo que no se puede hacer, es claro, sino con las cosas inofensivas é inocentes.

(1) Hemos titubeado si insertar ó no esta composición en esta colección, por poderle parecer á muchos demasiado vulgar y sencilla; pero luego nos hemos arrepentido de ceder á esta consideración de respeto humano. No le faltarán simpatías al hombre rústico, que rústicamente, pero con tanta fe y de tan buena fe va esculpiendo los pasos de la Pasión del Señor, no en mármol ni en bronce, sino en su humilde arado.

(1) La tradición popular llama á este pendón *el de San Fernando*, y hasta ahora se ha creído generalmente que lo era, no existiendo

documento alguno que acredite lo contrario. Pero examinado detenidamente por S. A. R. el Sermo. Sr. Infante, es su ilustrada y competente opinión que, á pesar de haber sido su asta rematada por el Santo Rey con un Crucifijo de metal, es el pendón de origen moro, por atestiguarlo así su conformación, labores y adornos, muy semejantes á las de los que S. A. R. vió recientemente conquistados á los moros por las tropas francesas en Argelia.

(II) Llámamla también la *Fuente del Rey*. Preguntando á un habitante de Dos Hermanas cuál de los dos era el nombre de la fuente, contestó textualmente: «ambos se le dan: *las dos memorias tiene.*»

(I) Dice D. Diego Ortiz de Zúñiga: «Asentóse de nuevo el real donde ahora está U ermita de nuestra Señora de Valme, en que es tradición que estaba el pabellón real y el oratorio de San Fernando, en que negociaba con Dios en oración y penitencia las victorias que sólo deseaba á honra de su nombre, donde tenía una imagen de nuestra Señora.»

(I) Había sido cristiana, pero era entonces mora.

(I) Otros dicen que volvió después á su santuario, hasta 18C2, que fué traída definitivamente. Entre los infinitos cuadritos de ex votos representando milagros que cubrían las paredes de la capilla, y de los cuales, aunque hoy perdidos, dan noticias aquellos que aún los vieron, merece notarse uno puesto con el siguiente motivo: Caminaba hacia Sevilla un hombre á caballo que traía á su mujer á ancas, cuando les dijeron que de un encierro se había desbandado un toro, y á poco lo vieron venir y dirigirse hacia ellos en su veloz carrera; ya á punto de embestirlos gritó la mujer: «¡Madre mía del Valme!», y al oír este nombre se arrodilló el toro, y así aparecía pintado en el cuadrito.

(I) Parque, terreno ó sitio creado para plantas ó para caza inmediato á algún palacio. (Diccionario de ja Academia.)

(I) Saludo de los trapenses.

(II) Conté, pasé, segregué.

(III) *Goethe*, Torcuato Tasso.

(I) El que instituyó esta santa y popular devoción.

(I) Histoires extraordinaires.

(I) Diccionario de la Academia.

(↓) Idem.

(↓) Extingue flammam litium,

Aufer calorem noxium,

Confer salutem corporum

Veramque pacem cordium.

(↓) Entre ellos Felipe V, que en este mismo alcázar escribía en 1732 al deán del cabildo catedral, después de haberlo hecho al Pontífice, con el fin de que se interesase *con nuevas instancias para la definición de este sagrado misterio, haciendo por vuestra parte á Su Santidad la más humilde y reverente súplica para que se digne concluir y terminar esta causa tan deseada de los fieles.*

(↓) La palabra *espiritual* no está traída aquí en el sentido en que la usan los modernos traductores del francés, en el sentido que tiene en francés, sino en su verdadero sentido, que es la antítesis de material, lo que pertenece al espíritu.

(↓) Diccionario de la Academia.

(↓) El Emmo. Sr. Cardenal D. Fernando Puente y Primo de Rivera.

(↓) Véase lo más ascético de las doctrinas católicas comprendido y sencillamente expresado al alcance del pueblo y de los niños, recogido en la boca de aquel por quien aquí lo publica.